REFERENCIAS EN LA OBRA DE LACAN 27

ISSN 1514-0768

Escuela de la Orientación Lacaniana
BIBLIOTECA
Nº 8853

Referencias en la obra de Lacan

"Referencias en la Obra de Lacan" es una publicación cuatrimestral, propiedad de la Fundación Casa del Campo Freudiano.

ISSN 1514-0768

Directora Responsable
Verónica E. Carbone

Directora Editorial
Diana Etinger de Alvarez

Comité Editorial y de Redacción
Alicia Bendersky (Coordinación General)
Martha Cabuccio
Diana V. de Indart
Ana Meyer
Delfín Leguizamón (Coordinación Operativa)

Diseño:
Horacio Wainhaus

Producción Editorial
Factoría Sur
N. Repetto 818
1405 Buenos Aires, República Argentina
T.E. 431-3757
e-mail: wainhaus@interlink.com.ar

Correspondencia
Riobamba 911 PB
Buenos Aires
República Argentina
e-mail: etinger@sinectis.com.ar
http://www.russell.com.ar/referlac.htm

"Referencias en la Obra de Lacan", Año VIII, Número 27, marzo 2000.
Hecho el depósito de la Ley 11.723. Registro de la propiedad intelectual Nº 939824
Permitida la reproducción parcial del contenido, previa autorización por escrito de la dirección de la publicación. Siendo de interés el intercambio con publicaciones periódicas de carácter científico, rogamos a las instituciones o personas interesadas dirigirse a la dirección de la publicación.

Tapa: Diego Velázquez, *Los Borrachos* (detalle), lienzo, 1.65 x 2,25, (c. 1629). Museo del Prado, Madrid.

Para el analista, el estudioso o simplemente el lector de la obra de Lacan, la consulta de los textos que cita en sus Escritos y Seminarios es una parte ineludible de ese ejercicio, apasionante, que es trabajar con la teoría lacaniana.

Lacan toma todo lo que la obra cultural y científica del hombre le ofrece, no sólo para ejemplificar o proporcionar modelos, sino también para construir distintos tramos de su teoría, y suele suceder que sólo una vez localizada la referencia puede uno darle su justo valor. Esta búsqueda no es tarea sencilla (por supuesto, tampoco es imposible). El Campo Freudiano en la Argentina, a través de esta publicación, ha abordado, como una de sus tareas, la recolección de textos que a veces, muy pocas, son inhallables, y otras, la mayoría, nos obligan a largos y complicados recorridos. Cada referencia va acompañada de una nota que ubica el lugar de la obra de Lacan en que es mencionada, pero no siempre hemos podido localizar todos los lugares en que éstas son utilizadas.

En alguna ocasión incluiremos textos que no siendo referencias de Lacan constituyen una guía para la ubicación de ciertos conceptos.

En este número, bajo el título "De las mujeres", se encuentra el fragmento de Así hablaba Zarathustra, *citado por Lacan. Fue ubicado por Horacio Valla Ingenieros quien nos lo envió desde Madrid. A él, nuestro agradecimiento y saludo.*

27

Indice

Las manzanas *11*
Paul Cézanne

Dionisio *13*
Sófocles, Homero, Heráclito

Instituciones Oratorias *91*
Quintiliano

De las mujeres *111*
Federico Nietzsche

El duro deseo de durar *121*
Paul Eluard

Las manzanas

Paul Cézanne

"...en el momento en que Cézanne hace manzanas, es muy evidente que haciendo manzanas hace algo totalmente diferente de imitar manzanas...(...) Pero, cuanto más presentificado está el objeto en tanto que imitado, más nos abre esa dimensión en la cual la ilusión se quiebra y apunta a otra cosa. Todos saben que hay un misterio en el modo que tiene Cézanne de hacer manzanas, pues la relación con lo real tal como se renueva entonces en el arte hace surgir al objeto de un modo que es lustral, que constituye una renovación de su dignidad.

Este párrafo ha sido extraído de El seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis, *(cap. "El amor cortés en anamorfosis").*
Lacan se refiere a las manzanas de Cézanne como parte de su respuesta a "esa pregunta irresuelta acerca de los fines del arte ¿el fin del arte es o no imitar? ¿el arte imita lo que representa?"
Ciertamente, dice: "las obras de arte imitan los objetos que ellas representan. Dando la imitación del objeto hacen del objeto otra cosa. De este modo, sólo fingen imitar. El objeto está instaurado en cierta relación con la Cosa destinada a la vez a delimitarla, presentificarla, y a ausentificarla."

Referencias... *reproduce la obra de Paul Cézanne,* Manzanas y Naranjas.

Cézanne, Paul (1839-1906) *Pommes et Oranges* (1895). Oleo sobre tela, 0,74 x 0,93. Museé d'Orsay, Paris.

Dioniso
Sófocles, Homero, Heráclito...

En varias oportunidades, a lo largo de El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis, *Lacan menciona el mito de Dionisio, y los ritos y misterios ligados a su culto. En "El goce de la transgresión" (cap. XV), encontramos una referencia a: "La ebriedad pánica, la orgía sagrada, las flagelantes del culto de Atis, las Bacantes de la tragedia de Eurípides, en suma, todo ese dionisismo retrotraído a una historia perdida..."*

En las lecciones dedicadas a su comentario sobre la esencia de la tragedia, nos indica qué "quiere decir la catarsis en el punto exacto en que es evocada en el octavo libro de la Política."* *Se trata de "el apaciguamiento obtenido a partir de cierta música, de la cual Aristóteles no espera ni cierto efecto ético ni tampoco cierto efecto práctico, sino el efecto de entusiasmo". Dice Aristóteles: "tras haber pasado por la prueba de la exaltación, del arranque dionisíaco provocado por esa música, están más calmos."*

Refiriéndose a la tragedia Antígona *de Sófocles (cap. XX), destaca que "una anteúltima entrada del Coro hace estallar el himno al dios más oculto, supremo, Dionisio. Los oyentes creen que ese himno es una vez más el himno de la liberación, se alivian, todo se arreglará. Para cualquiera, en cambio, que sepa qué representa Dionisio y su feroz cortejo, ese himno estalla justamente porque los límites del campo del incendio han sido atravesados." Cuando el prometido de Antígona, sale de la tumba, "está poseído por la* manía *divina. Tiene todos los signos de alguien que está fuera de sí." Y refiriéndose a Antígona (cap. XXII), agrega que lo que acaba de suceder allí, "se realiza en una crisis de* manía." *Al res-*

pecto, comenta no haber encontrado nada mejor que un fragmento de Heráclito, referido a los cortejos, himnos y fiestas en honor a Dionisio, donde puede leerse que "son lo mismo Hades y Dionisio, en la medida en que ambos maínontai, *deliran y se libran a las manifestaciones de las hienas..."*

Refiriéndose al acto de Antígona (cap. XXI), dice que todo puede ser invocado en torno a ello, pero ¿por que aparecería aquí Dionisio como dios salvador? "Nada menos dionisíaco que el acto y la figura de Antígona. Pero Antígona lleva hasta el límite la realización de lo que se puede llamar el deseo puro, el puro y simple deseo de muerte como tal. Ella encarna ese deseo."

En el "Complemento" al cap. XXI, preguntándose acerca de "lo que llamaría la utilización divina de Antígona", sostiene que ella, colgada en su tumba, evoca algo muy diferente del acto del suicidio. Nos recuerda entonces, el de la joven Erígone ahorcada, "ligado al advenimiento del culto de Dionisio." Dicho mito, agrega, es "explicativo de todo un rito en el que vemos imágenes más o menos simplificadas, simbolizadas, de jovencitas suspendidas de los árboles."

Por último, tambien en el cap. XXI, Lacan menciona otra entrada del Coro y desarrolla brevemente el episodio en que el rey Licurgo persigue al dios y su séquito de Sátiros y Ménades. Dice allí: "Es la primera mención que tenemos de lo dionisíaco. En el canto VI de la Ilíada *vemos a Dionisio como muerto, que se vengará luego volviendo loco a Licurgo."*

Referencias... publica en primer término, aquellas referencias explícitas de Lacan a la presencia de lo dionisíaco en Antígona *de Sófocles.*

La invocación del Coro al dios Dionisio, los versos siguientes que incluyen el pasaje en que se presenta Hemón, poseído por la "manía *divina" y la entrada del Coro que recuerda a Licurgo. Luego, su referencia al Canto VI de la* Ilíada. *A continuación, el "Fragmento"*

BIBLIOTECA

15, de Heráclito. Con la intención de cubrir, en parte, el mito de Dionisio y las referencias a lo que se denomina dionisíaco y/o báquico, hemos realizado una selección de textos de autores clásicos.

En primer término, hemos elegido dos Himnos Órficos. *Para el nacimiento de Dionisio* —dissótokos *(dos veces nacido)*— *y su origen divino, seleccionamos algunos fragmentos de las* Dionisíacas *de Nono de Panópolis, la versión que da Ovidio en las* Metamorfosis, *y de Luciano de Samosata, de los* Diálogos de los dioses, *el Nº IX. Para la mención a la ebriedad pánica, la orgía sagrada, "en suma todo ese dionisismo", publicamos un fragmento de las* Bacantes *de Eurípides.*

Por último, hemos elegido algunos fragmentos que dan cuenta de las victorias del dios en cuanto a las resistencias a su culto y a ser reconocido como tal.

De la Biblioteca *de Apolodoro, publicamos "Viajes de Dionisio. Licurgo", "Penteo. Dionisio y los piratas y del "Epítome": 1; 5-9. Para el triunfo de su culto en Tebas, y los prodigios que se le adjudican, agregamos la versión de Ovidio en las* Metamorfosis. *Luego, y para estos mismos episodios, las versiones de Teócrito según su Idilio "Bacantes", y de los* Himnos Homéricos, *el Nº VII. A continuación, de* Metamorfosis *de Ovidio el relato de su victoria sobre el rey de Orcómeno.*

En cuanto a las festividades, ceremonias y sacrificios que se celebraban en honor al dios, hemos extraído algunos fragmentos de los Fastos *de Ovidio, que incluyen el correspondiente a "La fiesta de Baco", día de los* Liberalia. *En este día, se celebraba el rito que menciona Lacan cuando se refiere al mito de Erígone. Para este último punto, publicamos la versión que se encuentra en* Biblioteca *con el título "Pandión", y bajo forma de nota, parte del artículo "Erígone" del* Diccionario de Mitología Griega y Romana *de P. Grimal.*

Sófocles (circa 497-405 a.C.) "Antígona" en Tragedias. *Madrid, Gredos, 1992. Trad. y notas: Assela Alamillo.*

Homero (s. VIII a.C.) Ilíada. *Madrid, Akal, 1986. Edic. de Cristóbal Rodríguez Alonso.*
Heráclito (circa 536 -470 a.C.) "Fragmentos" en Parménides-Heráclito. *Bs. As., Hyspamérica, 1977. Trad. y notas: José A. Miguez.*
Orfeo (atribuido) "Himnos Órficos" en Vida de Pitágoras-Argonáuticaorficas-Himnos Órficos. *Madrid, Gredos, 1987. Trad. y notas: Miguel Periago Lorente.*
Nono de Panópolis (circa 450 d.C.) Dionisíacas. *Madrid, Gredos, 1995. Trad. y notas: Sergio D. Manterola y Leandro M. Pinkler.*
Publio Ovidio Nasón (43 a.C.-17 d.C.) Metamorfosis. *Madrid, Cátedra, 1977. Trad. y notas: Consuelo Alvarez y Rosa Mª Iglesias.* Fastos. *Madrid, Gredos, 1988. Trad. y notas: Bartolomé Segura Ramos.*
Luciano de Samosata (circa 125-192 d.C.) Diálogos. *Madrid, Alianza, 1987. Trad y notas: Juan Zaragoza y Botella.*
Eurípides (circa 486-406 a.C.) "Bacantes" en Tragedias III. *Madrid, Gredos, 1979. Trad. y notas: Carlos García Gual y Luis A. de Cuenca y Prado.*
Apolodoro (s. I ó II d.C.) Biblioteca. *Madrid, Gredos, 1985. Trad. y notas: Margarita R. de Sepúlveda.*
Teócrito (circa 310-250 a.C.) "Idilios" en Poetas bucólicos griegos. *Madrid, Librería de la viuda Hernando y Cía., 1888. Trad. y notas: Ignacio Montes de Oca y Obregón.*
Homero (atribuido) (s. VIII a.C.) "Himnos Homéricos" en Himnos Homéricos-La "Batracomiomaquia". *Madrid, Gredos, 1978. Trad. y notas: Alberto Bernabé Pajares.*

NOTA

1. El Libro VIII de *Política* de Aristóteles, ha sido publicado en *Referencias...*, Año VI, Nº 15, pág. 29.

ANTÍGONA
SÓFOCLES

(...)

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Oh dios!, el de las numerosas advocaciones, gloria de la joven desposada cadmea[61] *hijo de Zeus el que emite sordos truenos, tú que proteges la ilustre Italia*[62] *y reinas en los valles frecuentados de la eleusina Deo*[63]*, ¡oh Baco!, que habitas Tebas, ciudad madre*[64] *de las Bacantes situada al borde de las fluidas aguas del Ismeno y sobre la semilla del fiero dragón*[65].

Antístrofa 2.ª

La llama humeante que brilla cual relámpago te ha visto sobre la doble cima de la roca[66]*, donde se dirigen las ninfas Coricias, tus Bacantes. Te han visto también las aguas de Castalia*[67]*. A ti, los ribazos cubiertos de hiedra de los montes Niseos*[68] *y la verde costa de abundantes viñedos te envían, mientras resuenan divinos cantos con el grito del evohé, a inspeccionar las calles tebanas.*

Estrofa 2.ª

Tebas, a la que honras por encima de todas las ciudades, junto con tu madre, la destruida por el rayo. Y ahora, cuando la ciudad entera está sumida en violento mal, ven con paso expiatorio por encima de la pendiente del Parnaso o del resonante estrecho[69].

Antístrofa 2.ª

¡Ah, tú que organizas los coros de los astros que exhalan fuego, guardián de las voces nocturnas, hijo retoño de Zeus, hazte visible, oh señor, a la vez que tus servidoras las Tiíades[70]*, que, transportadas, te festejan con danzas toda la noche, a ti, Yaco*[71]*, el administrador de bienes!*
(Llega un mensajero.)

MENSAJERO— Vecinos del palacio de Cadmo y de Anfión[72], no existe vida humana que, por estable, yo pudiera aprobar ni censurar. Pues la

fortuna, sin cesar, tanto levanta al que es infortunado como precipita al
1160 afortunado, y ningún adivino existe de las cosas que están dispuestas para los mortales. Creonte, en efecto, fue envidiable en un momento, según mi criterio, porque había liberado de sus enemigos a esta tierra cadmea y había adquirido la absoluta soberanía del país. Lo gobernaba mostrándose feliz con la noble descendencia de sus hijos.
1165 Ahora todo ha desaparecido. Pues, cuando los hombres renuncian a sus satisfacciones, no tengo esto por vida: antes bien lo considero un cadáver que alienta. Hazte muy rico en tu casa, si quieres, y vive con el boa-
1170 to de un rey, que, si de ello está ausente el gozo, no le compraría yo a este hombre todo lo demás por la sombra del humo, en lugar de la alegría.

CORIFEO.— ¿Con qué nueva desgracia de los reyes nos llegas?

MENSAJERO.— Han muerto, y los que están vivos son culpables de la muerte.

CORIFEO.— Y, ¿quién es el que ha matado? ¿Quién el que está muerto? Habla.

1175 MENSAJERO.— Hemón ha muerto. Su propia sangre le ha matado.

CORIFEO.—¿Acaso a manos de su padre o de las suyas propias?

MENSAJERO.— Él en persona, por sí mismo, como reproche a su padre por el asesinato.

CORIFEO.— ¡Oh adivino! ¡Cuán exactamente has acertado en tu profecía!

MENSAJERO.— Ya que están así las cosas, queda tomar una decisión sobre lo demás.

1180 CORIFEO.— Veo a Eurídice, la infortunada esposa de Creonte. Sale de palacio, porque ha oído hablar de su hijo o bien por azar.

EURÍDICE.— ¡Oh ciudadanos todos! He oído vuestras palabras cuando
1185 me dirigía hacia la puerta para llegarme a invocar a la diosa Palas con plegarias. En el momento en que estaba soltando los cerrojos de la puerta, al tiempo que la abría hacia mí, me llega a los oídos el rumor de una desgracia que me afecta. Presa de temor, me caigo de espaldas en brazos de las
1190 criadas y me desvanezco. Pero, sea cual sea la noticia, decidla de nuevo. Pues la escucharé como quien está avezado a las desgracias.

MENSAJERO.— Yo, querida dueña, por estar presente hablaré y no omitiré nada que sea verdad. Pues, ¿por qué iba yo a mitigarte cosas por las
1195 que más adelante quedaríamos como mentirosos? La verdad prevalece siempre. Yo acompañé en calidad de guía a tu esposo hasta lo alto de la llanura, donde yacía aún destrozado por los perros, sin obtener compasión, el cuerpo de Polinices.

Después de suplicar a la diosa protectora del camino[73] y a Plutón que
1200 contuvieran su cólera y resultaran benévolos, y tras lavarle con agua purificada, entre todos quemamos con ramas recién cortadas lo que había quedado de él y levantamos un elevado túmulo de tierra materna. A con-
1205 tinuación nos introducimos en la pétrea gruta, cámara nupcial de Hades para la muchacha. Alguien oye desde lejos un sonido de agudos plañidos en torno al tálamo privado de ritos funerarios, y, acercándose, lo hace notar al rey Creonte. Éste, al aproximarse más aún, escucha también
1210 confusos gemidos de un funesto clamor y, entre lamentos, lanza estas desgarradoras palabras: «¡Ay, infortunado de mí! ¿Soy acaso un adivino? ¿Estoy recorriendo tal vez el más desdichado camino de los que he
1215 recorrido? La voz de mi hijo me recibe. Ea, criados, llegaos más cerca rápidamente y, una vez que os coloquéis junto a la tumba, mirad, introduciéndoos en el mismo orificio por la abertura producida al apartar la piedra del túmulo, si estoy escuchando la voz de Hemón o si estoy engañado por los dioses.»
1220 Miramos, según nos lo ordenaba nuestro abatido dueño, y vimos a la joven en el extremo de la tumba colgada por el cuello, suspendida con un lazo hecho del hilo de su velo, y a él, adherido a ella, rodeándola por la
1225 cintura en un abrazo, lamentándose por la pérdida de su prometida muerta por las decisiones de su padre, y sus amargas bodas.

Creonte, cuando le vio, lanzando un espantoso gemido, avanza al interior a su lado y le llama prorrumpiendo en sollozos: «Oh desdichado, ¿qué has hecho? ¿Qué resolución has tomado? ¿En qué clase de desastre has su-
1230 cumbido? Sal, hijo, te lo pido en actitud suplicante.» Pero el hijo, mirándole con fieros ojos, le escupió en el rostro y, sin contestarle, tira de su espada de doble filo. No alcanzó a su padre, que había dado un salto hacia
1235 delante para esquivarlo. Seguidamente, el infortunado, enfurecido consigo mismo como estaba, echó los brazos hacia adelante y hundió en su costado la mitad de su espada. Aún con conocimiento, estrecha a la muchacha en un lánguido abrazo y, respirando con esfuerzo, derrama un brusco
1240 reguero de gotas de sangre sobre su pálida faz. Yacen así, un cadáver sobre otro, después de haber obtenido sus ritos nupciales en la casa de Hades y después de mostrar que entre los hombres la irreflexión es, con mucho, el mayor de los males humanos.

(Eurídice entra en palacio sin pronunciar palabra.)

(...)

NOTAS

61. La joven desposada es Sémele, hija de Cadmo y madre de Baco, que murió fulminada por el rayo de Zeus cuando éste, a petición de la joven, se le presentó dotado de sus atributos. Éste fue el resultado de la estratagema de Hera, que quería vengarse de Sémele.
62. La Magna Grecia.
63. Deo es otro nombre de Deméter.
64. Se la llama así por ser la ciudad de Sémele y la primera ciudad donde se estableció el culto a Dioniso, que venía de Tracia. Desde Tebas pasó a Delfos, donde se asoció al culto de Apolo.
65. Nota de *Ref.* En *Antígona* se lee: El dragón simboliza a Tebas. Los tebanos, según el mito, nacieron de los dientes del dragón sembrados por Cadmo, el fundador. [nota 9].
66. El Parnaso. En las laderas del Helicón moraban las Musas, y en las mismas laderas, cerca de la gruta Coricia y la fuente Castalia, danzaban las Bacantes.
67. Fuente sagrada en Delfos.
68. Nota de Ref. En nota 70 de *Ayax* de Sófocles se lee: Nisa es el legendario escenario de la infancia del dios, que se sitúa en diferentes regiones desde la India hasta Tracia.
69. Estrecho de Euripo, al E., entre Eubea y Beocia.
70. Las Ménades o «mujeres posesas» son las bacantes que siguen a Dioniso. Personifican los espíritus orgiásticos de la naturaleza.
71. Yaco, dios que preside la procesión de los misterios de Eleusis, compañero de Deméter y Core. Aquí el nombre de Yaco parece referirse al propio Baco como un epíteto.
72. Anfión, junto con su hermano Zeto, reyes de Tebas, construyeron las murallas de la ciudad.
73. Hécate, diosa de los caminos que preside la magia y los hechizos. Recibe culto en las encrucijadas, y tenía muchas estatuas dedicadas a ella en los campos.

ANTÍGONA
SÓFOCLES

(...)

CORO[49].

955

(...)

960 Antístrofa 1.ª

Fue subyugado también el irascible hijo de Driante[51], *rey de los Edones,*
965 *por los injuriosos arrebatos de cólera, por orden de Dioniso encerrado en una pétrea prisión. Y así se va extinguiendo el furor desatado y terrible de su locura. Y se dio cuenta de que atacaba al dios en su locura con mordaces palabras. Pues pretendía detener a las mujeres poseídas por el dios y el fuego del evohé*[52], *y provocaba a las Musas amigas de las flautas.*

(...)

NOTAS

49. Aporto aquí la interpretación que de este estásimo hace I. Errandonea, *Sófocles. Investigaciones sobre la estructura dramática de sus siete tragedias y sobre la personalidad de sus coros*, Madrid, 1958, cap. III. Cree que aquí el Coro predice, veladamente a causa de la presencia de Creonte, lo que va a suceder a toda la familia. A Antígona alude bajo la figura de Dánae, a Creonte y Hemón bajo la de Licurgo y su hijo, y a la reina Eurídice bajo la de Cleopatra.

51. Licurgo, rey de los edonios de Tracia, se oponía al culto de Dioniso en su tierra y fue enloquecido por el dios. En este estado cometió violentos hechos, entre ellos dar muerte a su propio hijo confundiéndolo con una vid. Por último, los edonios lo encerraron prisionero en una gruta en el monte Pangeo por mandato de un oráculo (APOLODORO, III 5, 1). Hay otras versiones de los hechos. Esquilo trató el tema en su trilogía *Licurgía*.

52. Las antorchas que llevaban las bacantes cuando en procesión proferían los gritos rituales.

ILÍADA
HOMERO

CANTO VI

(...)

Habiendo hablado así, Héctor el del resplandeciente casco partió. Y en los dos sitios, en los tobillos y en la nuca, le iba pegando el negro cuero, el borde del abollonado escudo que en el extremo lo recorría[150].
Glauco, el hijo de Hipóloco, y el hijo de Tideo fueron a encontrarse en el
120 medio de los dos ejércitos, ardiendo en ansias de combatir. Y cuando ya estaban cerca en su avance el uno hacia el otro, Diomedes el bueno para el grito de guerra habló el primero: «¿Quién de los mortales eres tú, nobilísimo guerrero? Pues nunca antes te había visto en la batalla que da gloria a los hombres. Mas ahora has pasado muy por delante de todos con esa tu audacia de hacer frente a mi lanza de larga sombra. ¡Desgraciados los padres cu-
130 yos hijos salen al encuentro de mi agresivo ardor! Mas si eres uno de los inmortales que has bajado del cielo, yo, por lo menos, no combatiría contra los dioses celestes[151]. Pues no vivió mucho tiempo el hijo de Driante, el fuerte Licurgo, el que, como es sabido, rivalizó con los dioses del cielo. Perseguía éste, una vez, a las nodrizas[152] de Dionisio el delirante por el sagrado Niseo[153]. Ellas, todas, arrojaron a tierra sus tirsos[154], al ser punzadas por la aguijada de Licurgo, matador de hombres, mientras que Dionisio, espantado, fue a sumergirse en las olas del mar, y allí Tetis lo acogió despavorido en su seno, pues un fuerte temblor se había apoderado de él ante los gritos de aquel hombre. Pero se enojaron con él los dioses que viven fácilmente, y el hijo de Crono lo dejó ciego. No querría yo luchar contra los dioses bienaventurados.
140 Si, por el contrario, eres alguno de los mortales que comen el fruto de la tierra, ven más cerca para que más pronto alcances el fin tu ruina».

(...)

NOTAS

150. El pasaje es un claro ejemplo de la adaptación por poetas posteriores de un

punto de vista tradicional a una concepción distinta de su contenido: el v. 117 «en los dos sitios, en los tobillos y en la nuca, le iba pegando el negro cuero» se refiere al escudo antiguo talar; pero en el v. 118 que sirve de aposición explicativa «el borde del abollonado escudo que en el extremo lo recorría» se refiere al escudo circular, más pequeño y con abolladura central.

151. En cambio, en 5.335 Diomedes hiere a Afrodita y en 5.855 s. a Ares.

152. Se trata de las ninfas que amamantaron a Dionisio niño. Por esa acción impía Zeus lo castigó con la ceguera (en otra versión es el propio Dionisio el que lo castiga con la locura que le lleva a asesinar a su hijo Driante).

153. El Niseo es un monte puramente mítico en la composición, de cuyo nombre entran los componentes Zeus y Nisa.

154. Los tirsos de las bacantes, que aquí son las ninfas (sus nodrizas, pues es pequeño aún), eran varas con hiedra y cintas que llevaban una piña en el extremo. Con ellas golpeaban el suelo en las danzas orgiásticas.

FRAGMENTOS
HERÁCLITO

15

Porque si no hicieran una procesión en honor de Dionisio y no cantaran el himno fálico, actuarían muy vergonzosamente. Pero el Hades es lo mismo que Dionisio en cuyo honor enloquecen y deliran.

Clemente Alejandrino, *Protrepticon*, 34. Los actos más vergonzosos se justifican bajo pretexto religioso. Los cultos en honor de Dionisio o Baco expresaban comunión con la vida y la naturaleza en general. Reinhardt lo interpreta como una de las pruebas de que en Heráclito los contrarios son formas esenciales de una misma realidad. "Si la vida, dice, no fuese la muerte, entonces su actividad sería intolerablemente desvergonzada, pero Dionisio es lo mismo que el Hades, de ahí que, cuando festejamos a Dionisio, festejamos su propio juicio". Es totalmente improbable que el fragmento quiera ser una justificación del culto fálico o de la fertilidad, cuyos adherentes practicaban ritos deshonestos y vergonzosos.

XXX. A DIONISO
Olorosa resina de incienso

Invoco al atronador Dioniso, que lanza su ritual grito, primigenio, de dual naturaleza, engendrado tres veces, soberano transportado por los delirios báquicos. Agreste, inefable, obscuro, provisto de dos cuernos, biforme, cubierto de yedra, de faz taurina, belicoso, que se celebra con gritos de júbilo, sagrado; que se complace en la carne cruda, de trienales festividades, adornado con racimos de uva y revestido de tiernas ramas, Eubuleo, prudente, engendrado por la secreta unión de Perséfone y Zeus, deidad inmortal. Escucha, afortunado, mi voz, danos tu aprobación, suave y benévolo, con un corazón propicio, acompañado de tus nodrizas de bella cintura.

L. A LISIO LENEO[153]

Escúchame, bienaventurado, hijo de Zeus, Baco leneo, de dos madres, memorable germen, glorioso, deidad liberadora, retoño sagrado y secreto de los dioses, piadoso Baco, nutricio, fecundo, que acrecientas la grata cosecha, y surges de la tierra en estallido, leneo, vigoroso, multiforme, que te muestras a los mortales como remedio eliminador de las fatigas, sagrada flor que produce en los humanos una alegría exenta de preocupaciones, epafio[154], de hermosa cabellera, liberador, que delirante danzas con el tirso, bramador al son de rituales gritos, propicio a todos, surgiendo entre los mortales e inmortales que deseas. Ahora te pido que vengas amable y fructífero para tus iniciados.

NOTAS

153. A Dioniso, en su advocación de «liberador» (*lysios;* cf. lat. *liber*) y de «inventor» o «protector del lagar» *(lénaîos).*
154. Hijo de Épafo, aplicado como epíteto a Baco. En este punto, no obstante, el texto se encuentra deteriorado.

DIONISÍACAS
NONO DE PANÓPOLIS

CANTO I

EL PRIMERO MUESTRA AL CRÓNIDA, LUCÍFERO RAPTOR DE UNA NOVIA, Y A LA BÓVEDA ASTRAL, SACUDIDA POR LAS MANOS DE TIFÓN

Cuéntame, diosa, la historia de la asistencia del brillante lecho del Crónida, del jadeo del rayo que ejecutó el parto con centelleo nupcial, y del relámpago ayudante de la cámara de Sémele[1].
Relátame el nacimiento de Baco, el dos veces nacido[2]. Zeus lo extrajo, húmedo, del fuego, como un embrión a medio formar; lo sacó del seno de su madre, no asistida por partera. Tras cortarse el muslo con trémulas manos, acogió al niño en un vientre macho, padre y madre veneranda a la par[3]. Bien sabía él de otro alumbramiento, pues antes había disparado de su fecundo cráneo a Atenea, que brilla con las armas, cuando tuvo su sien encinta de una masa increíble[4].
¡Alcanzadme la férula, Musas! ¡Sacudid los címbalos! ¡Y en la palma sostened el tirso de Dioniso[5], para celebrarlo! ¡Vamos! Cuando alcance a vuestro coro, en la vecina isla de Faros, mostradme al multiforme Proteo: ¡Qué aparezca con su colorida imagen, pues colorido es el canto que emprendo[6]!
Por cierto, si Proteo se insinúa en la forma de un reptil[7], enroscado en su cola, cantaré la divina lucha en que el tirso de hiedra despedazó a las espantosas tribus de los Gigantes[8], de cabelleras de dragón. Y si se estremece como un león sacudiendo ufano su melena, clamaré el evohé[9] de Baco. Pues él pudo chupar subrepticiamente, en brazos de la terrible Rea, el pecho de la diosa criadora de leones[10]. Pero, si cambia su múltiple forma y se lanza como una pantera en tempestuoso salto, con las patas por el aire, mi himno cantará cómo el hijo de Zeus, montado en carros tirados por elefantes con pieles de leopardo, destrozó la estirpe de los Indios[11]. Y si su cuerpo asume la forma de un cerdo, celebraré al hijo de Tíone, que ardía en deseos por Aura, asesina de jabalíes, que fue la madre Cibélide del tercer Baco, el último en nacer[12]. De otra manera, en el caso de que se vuelva una réplica del agua, mi canto recordará a Dioniso, que se hundió en el

seno marino, cuando Licurgo se alzó en su contra[13]. Y si se torna una hoja que suelta un falso susurro, traeré a la memoria a Icario, que reventó con diestro pie el fruto de la vid, en una enloquecida cuba[14].
¡Dadme la férula, Mimalones[15]! Estrechad mi pecho, que en lugar de la túnica habitual viste la moteada piel de ciervo, colgada del hombro. Ella está repleta del nectáreo perfume de Marón[16]. Y que junto a la profunda Idótea y junto a Homero, sea reservada a Menelao la pesada piel de foca[17].
¡Dadme los evios[18] tambores y la piel de cabra! Mas entregad a otro la flauta doble de dulce melodía, no sea cosa que por eso ofenda a mi querido Febo. Él detesta el sonido del soplo de cañas, desde el día en que sometió a la flauta teómaca de Marsias; tras despojar por entero a sus miembros de su envoltura, colgó su piel de un árbol, inflada por los vientos[19]. ¡Vamos, diosa! ¡Comienza tu relato por la búsqueda errabunda de Cadmo[20]!

(...)

NOTAS

1. En la tradición tebana Sémele es hija de Cadmo y Harmonía. Es la madre mortal de Dioniso, vástago de Zeus (cf. VII 155 ss.; cf. HES., *Teog.* 940 s.; EURÍP., *Bac.* 242, 286)
2. El apelativo de *dissótokos* «dos veces nacido» alude al doble nacimiento de Dioniso: de Perséfone (cf. VI 155 ss.) y de Sémele (cf. VII).
3. Toda esta invocación es una síntesis de hechos ampliados posteriormente. Se refiere al hecho de que Dionisio, después de morir su madre Sémele, encinta, terminó su crecimiento prenatal en el muslo de Zeus.
4. Atenea es llamada «la sin madre» (cf. I 84; VIII 88) porque según la tradición mitológica, nació del cráneo de su padre Zeus (cf. ESTESÍCORO, *fr.* 233 Page).
5. Se menciona aquí la parafernalia propia de las celebraciones dionisíacas. El címbalo es una especie de platillo; la férula *–nárthex–* y el tirso son dos tipos de varas tomadas de ciertos árboles como emblemas vegetales (cf. EURÍPID., *Bac.* 105 ss.; v. H. Jeanmaire, *Dionysos histoire du culte de Bacchus*, París, 1978, reimpr., pág. 16).
6. Hemos traducido *poéíkilon* por «colorido», que significa también «variable», «complicado». Aquí Nono da cuenta de su complejo estilo, al determinar el principio de la *poikilía* que está presente en su obra en la combinación de estilos –épico, bucólico– y su complejidad. V. introducción, pág. 16. Para Proteo ver n. 7.

7. Proteo es una divinidad marina que habita –según *Od.* IV 354– en la isla de Faros, vecina de Alejandría. La comparación de su *epos* con la figura de Proteo se debe a que éste tenía la capacidad de metamorfosearse.

8. Los Gigantes juegan un papel especial en la obra de Nono (v. introducción, pág. 10) como potencias arcaicas que se oponen al joven dios Dioniso (cf. V 36; XLII 143).

9. El *evohé* es el grito de júbilo de las celebraciones de Dioniso, también llamado *Evio* (v. SÓF., *Antíg.* 1134).

10. Rea, la Titánida madre de Zeus (v. HES., *Teog.* 453), pasa por ser en Nono la nodriza de Dioniso (cf. IX 153 ss.). En *Ant. Palat.* VI 51, 1 se la menciona como nodriza de fieras y leones.

11. En esta introducción se hace referencia a episodios que serán contados más adelante. La Guerra de los Indios se extiende del canto XIII al XL.

12. Tíone es un nombre de Sémele, v. n. 1. El episodio de Aura es relatado en XLVIII 238 ss. El apelativo de Cibélide es sólo geográfico en este contexto, designa a Frigia, el país de Cíbele. El tercer Dioniso es Iaco, mencionado en XLVIII 959.

13. El enfrentamiento de Licurgo contra Dioniso –*Il.* VI 135– resulta ser el testimonio literario más antiguo en que se menciona al dios, cf. XX 353 ss.

14. Icario y su hija Erígone son los principales difusores del culto de la vid, cf. XLVII 72.

15. La denominación de Mimalones como idéntica a la de Bacantes y Basárides está atestiguada desde Calímaco y Licofrón (cf. XLV 19).

16. La excelencia del licor ofrecido por Marón a Ulises es proverbial desde Homero, *Od.* IX 196 ss.

17. El párrafo es una referencia irónica a *Odisea* IV 400 ss., donde Menelao y sus compañeros tienden una emboscada a Proteo, disfrazándose con pieles de foca.

18. *Evio* es un adjetivo derivado de Evio, otro nombre de Dioniso.

19. Marsias es un viejo sátiro que fue desollado por Apolo por osar competir con él en el arte musical. V. Luciano, *Diálogos de los Dioses* 16; v. también en Nono, X 232 ss.

20. En el fin del preludio se hace una nueva invocación a la diosa, para introducir la figura de Cadmo, el mítico fundador de Tebas, que tendrá un rol importante en el combate contra Tifón (I 362; II 29) y protagonizará los relatos de los cantos III y IV. Cadmo es hijo de Agenor.

CANTO V

OBSERVA AÚN AL QUINTO Y VERÁS A ACTEÓN
QUIEN PESE A NO HABER NACIDO CERVATO, FUE DEVORADO
POR LOS PERROS COMO UN ERRANTE CERVATILLO

(...)

Sémele estaba reservada para el más resplandeciente de los himeneos. Pues Zeus, que gobierna en lo alto, deseaba con ardor hacer crecer un nuevo Dioniso, de naturaleza taurina e imagen del antiguo Dioniso, debido a su nostalgia por Zagreo, víctima de funesto destino[86] a quien Perséfone[87], esposa del subterráneo rey de manto negro, engendró en el lecho dracontino de Zeus. Sucedió que Zeus, enroscado varias veces sobre sí mismo, bajo una engañosa forma, dulce serpiente enrollada sobre sus hechizantes anillos, arrebató la virginidad de Perséfone, que se hallaba oculta, aún sin desposar. En este tiempo todos cuantos habitan en el Olimpo estaban fascinados por esta única niña y rivalizaban en el amor alrededor de esta núbil, ofreciendo presentes por un himeneo sin violaciones.

(...)

Pero más que ninguno, el padre Zeus se hallaba hechizado por Perséfone. Cuando Zeus miraba inquieto a la virginal belleza de su forma, sus ojos se convertían en guías que se adelantaban a su amor sin poder saciarse de Perséfone. En su corazón, un huracán de preocupaciones que nunca dormían le silbaba constantemente. Y paulatinamente, él empezaba a arder con la más grande antorcha de Pafia[93], surgida de una pequeña chispa. Las miradas de Zeus, loco de amor, quedaron presas ante la diosa de hermosos senos.
A veces, la muchacha se regocijaba ante un resplandeciente bronce que hacía de juez mientras reflejaba su hermosura. Ella confirmaba los rasgos de su belleza por medio de un heraldo espontáneo y silencioso, cuando escudriñaba su imagen en el opaco espejo. Ella se reía y su imagen la imitaba. Así inspeccionaba el grabado retrato de su rostro y miraba la espuria imagen de una engañosa Perséfone.
A veces, bajo el abrazador aire del reseco calor, la muchacha rehuía el paso de la voraz Hora del mediodía, cuando acababa los trabajos de lanzade-

ra en el telar. Y, tras secar el húmedo sudor de su rostro, se desataba el casto sostén que presionaba sus senos; y humectaba su piel con relajantes baños; y se dejaba llevar por la refrescante corriente de la fuente, dejando atrás los pesados hilos del telar de Palas[94].
Pero a los ojos de Zeus, que todo lo ven, ella no se pudo ocultar. Él contempló todo el cuerpo descubierto de Perséfone mientras se bañaba. Su enamoramiento no llegó a ser tan violento cuando deseó a la nacida en Chipre.

(...)

Y el señor del Cosmos, el Auriga del cielo, abatió su cuello ante el deseo; él, tan poderoso. Ni el rayo ni el relámpago le fueron de provecho ante Afrodita armada: él abandonó la casa de Hera, rechazó el lecho de Dione[97], echó de sí el amor de Deo[98], y huyó de Temis[99], y dejó a Leto[100] y sólo fue fascinado por la unión con Perséfone.

NOTAS

86. Zagreo, el primer Dioniso, hijo de Zeus y Perséfone fue devorado por los Titanes quienes lo comieron en parte crudo y en parte cocido. Este Dioniso despedazado y resucitado es una figura capital del orfismo. El episodio es relatado por Nono en el canto VI.
87. Perséfone, hija de Zeus y Deméter, fue raptada por Hades con quien convive la mitad del año (cf. *Himno homérico a Deméter* 1 y ss.; PAUS., VIII 37, 9; OVID., *Metam.* V 393).
93. Pafia es la diosa de Pafos: Afrodita.
94. Palas Atenea es la patrona de las artes de las mujeres.
97. Dione es una de las diosas de la primera generación, madre de Afrodita según Homero (cf. *Il.* V 370). Ella se unió a Zeus.
98. Deo, otro nombre de Deméter tuvo con Zeus una hija: Perséfone (v. n. 87).
99. Temis, hija de Urano y Gea, es una de las Titánides que unida a Zeus dio varios hijos: Las Estaciones y las Moiras.
100. Leto pertenece también a la primera generación divina, hija del Titán Ceo y de la Titánide Febe. Unida a Zeus engendró a Apolo y Ártemis (cf. HES., *Teog.* 404; *Himno hom.* 1, 62).

CANTO VI

BUSCA UN PORTENTO EN EL SEXTO, EN DONDE ZEUS LLUVIOSO, EN HONOR DE ZAGREO, INUNDA A TODOS LOS CIMIENTOS DE LA TIERRA

(...)

Pero, cuando Deméter, la que lleva la hoz, se enteró de la esperanza de futuros frutos y de un marido ilegítimo que por cuenta propia iba a violar a su virgen niña mimada, se angustió y a la vez sonrió. Se puso en marcha, de prisa, por los aéreos caminos hasta que entró en su casa con abatido paso. Entonces, en el pesebre de los dragones equilibró el curvo yugo en los cuellos de ambas bestias; y apretó con el tiro a los bravíos reptiles, ciñendo sus quijadas con la rienda de ganchudos dientes. Luego, la dorada Deo condujo en su carruaje imponente a su hija, cubierta por el cinto oscuro de una nube. Bóreas bramó al carruaje, en réplica al silbido de la fusta repartida a las fieras. Ella guiaba las ligeras alas de los inquietos dragones, precipitados como caballos en el curso del aéreo viento. Viajaban alrededor del retornante Cabo del Océano Líbico.

(...)

En ese lugar la diosa pudo ver una gruta, una morada coronada por un techo de piedra, a la que la naturaleza había provisto de una escarpada entrada con rocosos tejidos, semejantes a los de las Ninfas de la zona. Entonces, la diosa atravesó el oscuro ámbito para ocultar a su hija, bien segura en la madriguera de piedra. Soltó a los dragones de su alado carro: a uno lo colocó en una roca, en el lado derecho de la puerta; al otro lo puso en el costado izquierdo de la entrada, para que sean guardianes de Perséfone, a la que nadie debía ver. También dejó allí a Caligenia[25], su tierna nodriza, con sus canastos. Ésta traía consigo todos los utensilios que el trabajo de hilandera, de la industriosa Palas, brinda a la estirpe femenina. Luego cortó el aire con sus pies; pero antes de irse dejó su carruaje a las Ninfas, habitantes de las pétreas soledades, para que lo cuiden.

(...)

¡Oh, virgen Perséfone! No podrás escapar a esta unión. Estás predestinada a himeneos de dragón. Pues ya acudió Zeus, en sus andanzas; cambió su rostro por el de un novio dragón de agitada cola anhelante; llegó hasta el fondo del oscuro ámbito de la virgen, mientras sacudía sus velludas mandíbulas; y se arrastró bajo el ojo de los dragones, de su misma forma, que custodian la puerta; tras acostarse, besó galantemente el cuerpo de la joven, con boca seductora. Así, a causa de estos himeneos de dragón, el vientre de Perséfone se hinchó de fecunda progenie[26]; y dio a luz a Zagreo[27], un vástago cornudo. Él, por sí solo, subió sobre el celeste trono de Zeus; y con su pequeña mano blandió el relámpago; y recién nacido levantó con tiernas manos los rayos[28].

Pero no iba a poseer el trono de Zeus por mucho tiempo. Pues la vengadora cólera de Hera implacable invocó a los Titanes[29]. Ellos, tras untarse los engañosos círculos del rostro con engañoso yeso, lo mataron con un cuchillo del Tártaro, justo cuando él observaba su figura reflejada en un espejo. Pero de los miembros descuartizados por el acero Titánico, el fin de una vida se tornó el principio renovador de otra[30]. Dioniso surgió con otra figura, cambiando multiforme: ya como un falso Crónida joven, sacudía la Égida; ya como un viejo Crono, de pesadas rodillas, productor de lluvias; por momentos, era una criatura de curioso aspecto; por momentos, un enloquecido muchacho, a quien la nueva flor de su barba le dibujaba negras puntas en el círculo del rostro; o bien aparecía como la réplica de un león, y arrojaba un terrible rugido con horrenda cólera, mientras sus fauces gruñían enloquecidas; y erguía su cuello oscurecido por espesa melena, mientras su peluda cola golpeaba a ambos lados de su lomo, como un látigo; entonces, luego de abandonar la forma de rostro leontino, lanzaba un relincho, idéntico a un caballo salvaje, que alza el cuello para liberarse de los apremiantes dientes de la rienda, y emblanquece su boca con clara espuma; luego soltaba un chiflante silbido de sus mandíbulas y se enroscaba como una cornuda serpiente, cubierta de escamas; abría sus fauces y estiraba su lengua para saltar sobre la horrenda cabeza de un Titán, al que encadenaba en el cuello de su trenzada cola viperina; luego, abandonaba el cuerpo siempre girante de un reptil para convertirse en un tigre de ágil cuerpo jaspeado; y de nuevo cambiaba, era idéntico a un toro; largaba de su boca un falso mugido y levantaba los filosos cuernos contra los Titanes; y así luchaba por su vida, hasta que Hera, su resentida madrasta, largó al aire un sordo bramido de su celosa garganta; y las puertas del Olimpo hicieron eco a la diosa, resonando con celeste estrépito. El audaz toro se de-

rrumbó; y en revancha, los asesinos descuartizaron al tauriforme Dioniso con un cuchillo.
Pero, mientras el primer Dioniso era despedazado, el padre Zeus advirtió la trampa de la imagen del espejo de sombría imagen, y atacó con una antorcha vengadora a la madre de los Titanes; seguidamente encerró a los asesinos del cornudo Zagreo en las puertas del Tártaro [31]. Luego, los cálidos cabellos de la apesadumbrada Tierra fueron aniquilados por encendidos árboles. El Oriente ardió en llamas y se quemó el suelo Levantino de Bactria[32], mientras las olas, llenas de fuego, devastaban en Asiria al vecino Mar Caspio y los montes Indios. El Nereo de Asiria quemaba con antorchas al oleado Mar Rojo. Entre tanto Zeus fogoso, por amor a su hijo, destruyó la zona del Poniente con su rayo. Y bajo el pie del Céfiro, el agua del Oeste escupía húmedas chispas chamuscadas. Los montes del Norte y las superficies congeladas del mar estaban hirviendo. La zona sur del Noto, en la nevada región de Capricornio[33], borboteaba con caliente resplandor. Y Océano derramó ríos de lágrimas de sus húmedos ojos, implorando con agua suplicante. Entonces, Zeus aplacó su cólera, pues sintió piedad de ver a la tierra cubierta por el fuego. Y de inmediato se dispuso a lavar con agua las cenicientas manchas y el rastro de llamas del suelo. Entonces, a la tierra entera cubrió Zeus Lluvioso; toda la bóveda celeste se llenó de espesas nubes, mientras la trompeta del cielo de Zeus rugió con tonante estrépito.

(...)

Como el diluvio crecía más y más con oleadas, cada ciudad, cada nación, se convirtió en torrente. Ningún rincón quedó sin inundar; ningún monte estaba descubierto –ni la cumbre de la Osa, ni la cima del Pelio[45]–. Bajo el monte de tres picos crecía el Mar Tirreno[46]. Por el fustigante ponto, las piedras Adriáticas bramaban con lluviosas corrientes. Y a causa de tantas aguas, los rayos de Faetonte se tornaban blandos y afeminados. En su séptima zona[47] Selene enfriaba su brillo ante las elevadas olas, sobre el bajo margen de la Tierra; y refrescaba la cerviz de sus mojados toros. El agua de lluvia, mezclada a la falange de los astros, hacía más blanca con su espuma a la Vía Láctea. El errante Nilo vertió desde sus siete bocas sus fecundos afluentes, al encuentro de Alfeo, enfermo de Amores[48].

(...)

Entonces, Deucalión[51], como un naviero inalcanzable cursó las elevadas

aguas en travesía aérea; y la marcha de su carro, que andaba por sí solo, sin velas ni amarra, marcó las tempestuosas aguas.
Así las cosas, el orden universal se hubiese perdido; y Eón[55] hubiese aniquilado la insémine armonía de las estirpes humanas. Pero, ante las órdenes divinas de Zeus, el de oscura cabellera, tomó su tridente cortatierra, y cortó el pico medio de la cima tesalia. A través del agujero hecho en la montaña, la extraordinaria inundación se retiró. Y la Tierra, tras despojarse por altos caminos de la vertiente del diluvio, volvió sobre su senda. Los montes fueron liberados de los torrentes, que eran transportados a profundidades cavernosas. El Sol lanzó su sediento resplandor sobre la húmeda faz de la tierra, que se fue secando poco a poco. Por los cálidos rayos, el cielo volvió a ponerse árido como antes, libre de los enormes flujos. Y las ciudades fueron construidas de nuevo por los hombres, con mayor arte. Fueron establecidas sobre pétreos cimientos, y reedificados los palacios. Las calles de las nuevas ciudades fueron implantadas en forma de círculo, para los futuros humanos. Y la Naturaleza volvió a reír, pues de nuevo el aire era surcado por las aves que vuelan por los alados vientos.

NOTAS

25. Caligenia no aparece mencionada en otros autores.
26. El códice L_2, señalado con el aparato crítico de Keydell, señala una gran laguna después del v. 161.
27. Zagreo es, de acuerdo con las versiones más aceptadas el nombre órfico de Dioniso. V. ESQ., *Fr.* 5, 228 Nauck; cf. *supra* V 565; v. Introducción, págs. 17-18; pág. 23.
28. Según ciertos testimonios considerados órficos (v. n. 27) Zagreo estaba llamado a ser el continuador de Zeus en la sucesión del poder divino.
29. El episodio de los Titanes que destrozan el cuerpo de Dioniso Zagreo es relatado por varios autores. Los textos, considerados órficos, han sido recopilado por OTTO KERN (*Orphicorum Fragmenta*, Berlín, 1922). La versión noniana del mito es de especial importancia por la mención del espejo y del cuchillo (*máchaira*). V. KERN, *op. cit.*, fr. 209.
30. Las diversas versiones del mito de los Titanes (v. n anterior) hablan de dos distintas regeneraciones del cuerpo descuartizado de Zagreo: recuperación de los miembros por parte de Zeus o Deméter-Rea (v. KERN, fr. 35-36); recuperación del corazón por parte de Atenea (v. KERN, fr. 210 y 6). La versión noniana no sigue a

ninguna de las anteriores, ni menciona –lo que es más importante– una creación del ser humano a partir del cuerpo de Zagreo, como es habitualmente referido en textos considerados órficos. Para un tratamiento del problema, v. M. Detienne, *Dionysos mis à mort*, París, 1977, cap. IV.

31. El Tártaro está situado debajo de los Infiernos. Las tradiciones muestran que las distintas generaciones divinas encerraron allí sucesivamente a sus enemigos, v. HES., *Teog.* 119 ss., 722 ss., 820, ss.

32. Comienza aquí el relato del cataclismo que indicará el fin de una era y el comienzo de otra.

33. La constelación de Capricornio corresponde al invierno; se menciona así cómo los lugares más fríos del planeta hierven por la cólera de Zeus.

45. El Pelio es un monte de Tesalia; y Osa, una vertiente.

46. El Mar Tirreno es el sector del Mediterráneo Occidental.

47. Se refiere a las siete zonas del cielo (cf. II 171; XXXVIII 312); la séptima es en este caso la más baja y cercana a la Tierra.

48. Alfeo es la personificación divina del río homónimo del Peloponeso. Estaba enamorado de Aretusa, una ninfa del séquito de Ártemis, v. OVID., *Metam.* V 575 ss.

54. En la escena del diluvio Nono hace aparecer a Deucalión, el primer hombre, según la mitología más tradicional, después de la destrucción de la raza de bronce, v. OVID., *Metam.* I 125-415.

55. Para Eón, como deidad personificadora de una era, cf. VII 23 ss.

CANTO VII

EL SÉPTIMO CANTA LA CANOSA SÚPLICA DE EÓN, A SÉMELE, AL AMOR DE ZEUS Y A SU FURTIVO LECHO

Inmediatamente Eros, labriego del amor, fecundó el mundo silvestre con el fruto que vuelve a renacer de la siempre fluyente vida, tras colocar el esperma fecundo del varón en el surco de la hembra. Y la Naturaleza que nutre a su prole echó raíces: al mezclar con la tierra el fuego y el agua combinada con aire, modeló un retoño humano compuesto de cuatro ligamentos[1]. Pero la tristeza de muchas maneras se apoderó de la vida de los mortales: comenzó el trabajo y no vieron fin los cuidados. Entonces, Eón[2] le hizo ver a su compañero Zeus, todopoderoso, cómo el género humano estaba aplastado por los males y privado de la dicha. Es que el padre aún no había desanudado los hilos del alumbramiento del vástago ni había arrojado de su fecundo muslo a Baco, que se convertiría en descanso para las tribulaciones humanas[3]. En ese entonces la libación de vino no impregnaba el paso del aire con su aromática exhalación. Las Estaciones[4], hijas del Año, aún sin encanto, entrelazaron las coronas de los dioses con la hierba de la pradera. En efecto, el vino faltaba y la gracia de la danza sin Baco era incompleta y vana. Semejante danza sólo podía hechizar los ojos de los reunidos, cuando el bailarín entre violentos movimientos en círculo daba vueltas desatando un torbellino bajo sus pies y hacía de su cabeceo sus palabras; la boca eran sus manos, la voz sus dedos.
Pero el multiforme Eón, en poder de la llave de la generación, luego de desplegar sobre las rodillas de Zeus sus canosos y largos cabellos, refregando su barba que se distendía con la súplica, realizó sus plegarias. Él reclinó su cabeza hacía el suelo y en esta inflexión de su cuello comprimió su larga espina dorsal. Y así, caído de rodillas, el viejo pastor de la siempre fluyente vida extendió su infinita mano y dijo:
«Señor Zeus: ¡observa los sufrimientos del desahuciado mundo! ¿No ves, acaso, cómo Enio[5] ha enloquecido toda la tierra cuando segó las espigas maduras de la juventud que tan pronto se consume? Aún se conservan las ruinas del día en que tú diluiste a toda la raza de los mortales. Ese día en que la corriente de vaporosa agua se agitó contra el éter y sus burbujas salpicaron a la vecina Luna.

(...)
Estoy fatigado de compadecer a la raza de los desgraciados mortales que

sufre terribles males.
No es suficiente la vejez que aniquila los ardores de la juventud y hace lento al varón con su cabeza reclinada hacia abajo. Y así anda encorvado en temblorosa marcha de impares pies, apoyándose con pesadas rodillas sobre un bastón, recto sirviente de la vejez.

(...)

Sin embargo, ha sido plantado el remedio que salva la vida y que produce el olvido de las angustias de los muy sufridos mortales.

(...)

Pero además, dejando de lado los cuidados de la tempestuosa vida, observa la tristeza que rodea tus ceremonias religiosas. ¿Es que acaso te seduce un ligero y errante vapor de sacrificio sin libación?»
Así habló el anciano. Luego, el prudente Zeus en sensato silencio sacudió por un momento su entendimiento sin límites. Liberó las riendas de su corazón y los pensamientos de su fecundo cerebro giraron en torno a deliberaciones que se sucedían una tras otra. Finalmente, el Crónida hizo escuchar a Eón su divina voz que venía a revelarle oráculos superiores a los del centro profético[11]:
«¡Oh, Padre que te engendraste a ti mismo, pastor de los siempre fluyentes años! No te irrites, pues la naturaleza humana, a imagen de la Luna, jamás abandona su crecer o su menguar antes de tiempo. Deja el néctar a los bienaventurados, que yo daré a los hombres para alivio de sus males un delicioso vino, semejante al néctar que se derrama por sí mismo, una bebida distinta adecuada para los mortales.
El mundo primigenio aún se encuentra afligido hasta tanto yo no dé a luz un hijo. Yo soy su padre y a la vez lo pariré de mis entrañas soportando en mi muslo de hombre los dolores de parto de una madre para poder así salvar a mi niño.
Ayer ante un aviso de mi Deo[12], señora de vastos suelos, la tierra surcada con el hierro que corteja a la semilla, parió del suelo que engendra gavillas un fruto seco. Pero ahora mi hijo Dioniso, portador de hermosos obsequios, viene a disipar el dolor con la floración de la vid, liberadora de penas. Él, rival de Deméter, hundirá en tierra un fruto húmedo y perfumado de la estación propicia que aligera las fatigas.
Y cuando veas el viñedo que enrojece con gotas que producen vino, tú me

alabarás a mi, heraldo de la alegría. Y lo mismo cuando veas al campesino, que en el lagar, con pesados pies, exprime la uva, y a las Basárides[13], amantes del grito; ellas con su furor báquico agitarán vivamente sus largos cabellos desparramados por encima de sus hombros como furiosos contra el viento. Y todos gritarán Evohé[14] en honor de Dioniso, defensor de la raza humana, cuando reunidos alrededor de una mesa de resonante sonido tras recíprocos brindis sumerjan sus corazones en el delirio báquico.
Finalmente, cuando acaben sus luchas sobre la tierra, después de la batalla de los Gigantes, después de la guerra de los indios, la resplandeciente morada de los dioses lo acogerá para que acompañe a los astros y para que brille junto a Zeus.
Y un dios trenzará alrededor de sus rizos los tallitos trepadores de la vid como corona {***}[15]. Esta serpentina guirnalda será el signo de una nueva deidad. Dioniso tendrá entonces el mismo honor que los dioses y será llamado entre los hombres, viñador[16]; así como Hermes[17], el de caduceo dorado; como Ares[18], broncíneo; como Apolo[19], el que dispara a lo lejos.»
El padre habló y las Moiras lo aprobaron. Por su parte, las Estaciones, heraldos de ligeros pies estornudaron como un presagio favorable para el porvenir[20].
Cada uno ya había dicho lo suyo; luego ambos se separaron: uno marchó hacia la casa de Harmonía, el otro, por su parte, hacia el colorido palacio de Hera.
Mientras tanto, el sabio Eros, autodidacta, que divide las edades, golpeó las tenebrosas puertas del primigenio Caos y extrajo un divino tahalí. En él había solamente doce flechas nutridas por fuego que estaban reservadas para Zeus, para cuando su deseo amoroso yerre por himeneos terrenales.

(...)

Mientras Eros, agitado, revoloteaba sobre la casa de Zeus, Sémele se topó en su marcha con la rosada mañana. Ella prolongaba a través de la ciudad el ruido de su látigo de plata, mientras dirigía sus mulas. Su carro, de hermosos rayos en sus ruedas dejaba un tenue surco sobre el suelo; apenas si imprimía su paso recto sobre el polvo. Ella aún retenía entre sus ojos la olvidadiza ala del sueño. Tuvo entonces un vago sentimiento acerca de las imágenes del sueño que le manifestaban vivamente un oráculo: creyó ver en un jardín una planta verde de hermosas hojas con racimos recién nacidos, cargada con el hinchado fruto, todavía inmaduro y nevada con nu-

trientes gotas de rocío del Crónida. Repentinamente, una llama del cielo, atravesando el aire, cayó y destruyó toda la planta pero no alcanzó su fruto. Al punto, un pájaro errante que iba perdiendo altura con su planeo, tras asir el fruto a medio hacer, necesitado aún de un pacto perfecto, lo entregó al Crónida. El padre, tras asirlo, lo acogió en su bondadoso pecho y lo cosió luego a su muslo. Pero en lugar del fruto, un varón con cuernos y forma de toro nació completo sobre la ingle de su padre. ¡Y Sémele era la planta!

La muchacha, temblando, saltó de su lecho y estremeció a su padre con el relato del lucífero vapor de sus frondosos sueños. Y mientras oía a Sémele, el rey Cadmo quedó perplejo ante la historia de la planta herida por el rayo. Inmediatamente llamó a Tiresias[32], el inspirado hijo de Clarico y le contó, al rayar el alba, los sueños de su hija tiznados por el fuego.

(...)

Inmediatamente, el ojo de Zeus que todo lo ve no se privó de mirarla: desde lo alto él hizo dar vueltas alrededor de la muchacha el infinito círculo de su visión. Al punto, Eros, arquero escurridizo, tensó en el aire su arco que cuida la vida y se apostó delante del padre que la observaba con curiosidad. La cuerda del arco brilló sobre la flecha cubierta de flores y, dada la tensión que soportaba el arco tendido hacia atrás, el sabio proyectil silbó un ruido consagrado a Baco: evohé.

El padre Zeus era un blanco imponente, pero bajó su cuello ante el insignificante Eros. La flecha del amor, tras ser impulsada con un silbido nupcial, partió hacia el corazón de Zeus describiendo una trayectoria igual a la de los astros. Y aunque fue desviada mediante calculado movimiento, rasguñó con las estrías más extremas los pliegues de su muslo, como si anunciara el parto que estaba por venir. En ese momento, el Crónida sintió el azote del cinto de Afrodita[37] y su ojo, canal del deseo amoroso, se fue sobre la joven que ahora despertaba en él profunda pasión. Al ver a Sémele, él se sobresaltó. Pues era como si viera a Europa en la ribera por segunda vez. En su corazón hubo entonces fatiga al soportar de nuevo el deseo fenicio[38]. En efecto, ella tenía la misma hermosa figura; alrededor de su rostro irradiaba el resplandor de la hermana de su padre[39].

El padre Zeus no tardó en cambiar su engañosa forma. Movido por las ansias de Sémele, voló como un águila precoz a gran altura sobre el río Asopo, padre de una hija. Con el porte de un pájaro estaba anunciando los alí-

feros himeneos de Égina[40]. Abandonó luego el cielo y se ubicó cerca de la orilla que acompaña al río, para examinar detenidamente las proporciones del cuerpo desnudo de la muchacha de hermosos cabellos. Pues deseaba vivamente no ver desde lejos, sino que le apetecía observar desde cerca todo el cuerpo completamente blanco de la joven. Y aunque enviaba por toda su piel tamaño y semejante ojo, redondo, infinito, que contempla todo el cosmos, él no reparó demasiado en si estaba mirando a una muchacha virgen. El agua negra se volvió roja por sus rosados miembros. La corriente del río era una hermosa pradera que destellaba con sus encantos.

(...)

Mientras tanto, Zeus, con el aguijón del deseo de fogosa punta, observaba los rosados dedos de la muchacha en pleno nado. Inquieto, hacía dar vueltas a su errante mirada: o miraba el resplandor de su rosado rostro, o el destello de sus párpados grandes como los de un buey, o bien, su cabellera sacudida por los vientos. Como sus cabellos estaban tirados a un lado, también observaba el libre cuello de la desnuda muchacha. Pero sobre todo miraba sus pechos y sus desnudos senos, que cual soldados armados con dardos de amor, fueron alistados contra Zeus. Si bien él continuaba examinando todo su cuerpo, sin embargo, sólo los misterios de su vientre quedaron sin ser vistos para sus pudorosos ojos.
El pensamiento emigrante de Zeus celestial se deslizaba por el agua y nadaba a la par de Sémele. Efectivamente, el padre recibió en su corazón, presto a los hechizos, el dulce fulgor que enloquece y debió retroceder ante un niño: el pequeño Eros, con su endeble dardo, inflamó al arquero del rayo. Y ni la caída de la lluvia, ni el radiante rayo vino en ayuda de su portador. De este modo, la gran llama celestial fue vencida en persona por un pequeño fuego de la pacifica Pafia.

(...)

¡Pero vamos, Selene, portadora de luz, únceme ya mismo a tu carro y envía tu rayo que cuida de las plantas, dado que esta unión preanuncia el nacimiento de Dioniso que hace crecer los plantíos[54]. Elévate por encima de los tejados de Sémele y alúmbrame en mi deseo con el astro de la Ciprogenia[55], para así alargar la dulce noche de bodas de Zeus.»
Así hablaba el padre, presa del deseo. Pronto, en respuesta a su avidez, un

inmenso cono de creciente oscuridad se elevó desde la tierra ganando las alturas y trajo la húmeda sombra de la noche, contraria a la puesta del día. Zeus aéreo pasó a lo largo de la estrellada cúpula celeste en busca del himeneo de Sémele. De un primer salto él atravesó todo el camino celeste sin dejar en su marcha ningún rastro. Con un segundo saltó, llegó a Tebas como si fuera un ala o un pensamiento. Espontáneamente, los cerrojos de las puertas se abrieron ante él que se lanzaba a través del palacio. Tomó, entonces, a Sémele con su mano en cálida unión. Inmediatamente se recostó sobre su lecho y comenzó a mugir como un buey mientras apoyaba su cornuda cabeza, imagen del cornífero Dionisio, sobre miembros humanos. De pronto, cambiaba y se escondía bajo una leónida forma de largas crines, o se transformaba en pantera, dado que él engendra un hijo osado, conductor de panteras y conductor de leones[56]. Y de nuevo cambiaba; repentinamente comenzaba a ceñir la cabellera de ella con lazo de serpientes y cuerdas de vid, haciendo girar sobre su melena la purpúrea hiedra que se arrolla en espiral, trenzado ornamento de Baco. Él, una serpiente retorcida, se deslizaba lamiendo el rosado cuello de la confiada novia con labios dulces como la miel y bajaba hasta su pecho donde se ceñía alrededor de sus firmes senos, mientras silbaba el himeneo y derramaba sobre ellos dulce miel de abeja de buen enjambre y no funesto veneno de víbora.

De este modo, Zeus prolongó en el tiempo su unión y junto al vecino lagar gruñó el evohé al tiempo que concibió un hijo amante del grito. Él hundió su boca loca de amor en la de ella y mientras desbordaba el deseoso néctar, embriagó a Sémele para que engendrara un hijo poseedor del cetro del fruto nectáreo. Inmediatamente él apoyó sus cansados brazos sobre la férula, portadora del fuego y alzó como un presagio de las cosas futuras, un racimo de uvas que hace olvidar las penas. Y una vez más, volvió a levantar el tirso enmarañado con la purpúrea hiedra y alzó con él la piel de un cervato[57]. La moteada piel del cervato fue sacudida con la palma de su mano izquierda, mientras su portador se volvió loco por las mujeres.

Toda la tierra rió. De pronto un jardín de viñedos con hojas autoengendradas, corrió alrededor de la cama de Sémele. Los muros se cubrieron con flores de la húmeda pradera y rodearon el alumbramiento de Bromio. Zeus, escondido en su interior, resonó con tronantes ruidos sobre el lecho ahora sereno. Él predijo de este modo los tímpanos de Dioniso, celebrado en la noche.

Después de la unión, se dirigió a Sémele mediante un cálido discurso que

reconfortó a su amada con la esperanza de cosas futuras:
«Mujer, yo, tu amante, soy el Crónida. Levanta tu cuello con orgullo porque estás unida a un esposo celestial. No busques entre la raza de los mortales a alguien más grande.
El matrimonio de Dánae[58] no compite contigo. Por el contrario, hasta has eclipsado el himeneo de tu propia tía paterna pese a sus bovinos amores[59].
En efecto, Europa, glorificada en el lecho de Zeus, marchó hacia Creta; Sémele, en cambio, va hacia el Olimpo.
¿Qué otra cosa querías además del firmamento y del estrellado cielo? Alguien podrá decir algún día que el Crónida honró a Minos[60] en los infiernos y a Dioniso en el cielo.
Luego del mortal hijo de Autónoe[61] y del hijo de Ino[62], el uno abatido por sus perros, el otro que va a morir con el alado dardo de su filicida padre[63], y luego del hijo de corta vida de la furiosa Ágave[64], da a luz un hijo que no perezca. Yo te llamaré inmortal.
Dichosa eres porque al concebir un hijo que hace olvidar las aflicciones de los mortales, traerás goce a dioses y a hombres.»

NOTAS

1. La armonía del cosmos descansa en la constante unión de los cuatro elementos (cf. II 216). Con ellos la naturaleza ha creado el mundo primigenio.
2. El dios Eón personifica el tiempo en su sentido originario, condición de posibilidad del cosmos. Está asociado al surgimiento de la naturaleza (XLI 84).
3. Justamente Dioniso aparece en este contexto del inicio de un nuevo Eón como el dios que otorgará a los hombres la dicha de la vida, representada por el fruto de la vid.
4. En Nono las Estaciones representan divinidades rectoras de un período en forma alegórica (cf. V. STEGEMANN, *op. cit.*, pág. 128, n. 4) (cf. canto I 45, nota *ad loc.*).
5. Enio es una diosa de la guerra que figura habitualmente en el séquito de Ares (cf. *Il.* V 333, 592; ESQ., *Siete contra Tebas* 45).
11. Para el oráculo de Delfos, cf. IV 289 ss.
12. Deo es el nombre originario de Deméter al que se adjuntó el sustantivo *mètèr*=Madre.
13. Basárides, que significa etimológicamente «con pieles de zorro», denomina a las mujeres del cortejo dionisíaco, junto a Ménades y Bacantes.
9. *Evohé* es un grito de júbilo y furor proferido por las Bacantes.

15. Laguna señalada por Keydell.
16. Cada dios, como se señala en lo sucesivo, posee un apelativo que denota su principal función.
17. El caduceo dorado es el símbolo de la función de Hermes como heraldo de los dioses.
18. El epíteto de «broncíneo» se refiere a una ornamentación guerrera.
19. Este epíteto refiere al carácter de Apolo como *klytótoxos*: el glorioso arquero.
20. El estornudo era un signo de buen augurio en tanto que significaba que las palabras que se acaban de decir eran necesariamente verdaderas (cf. *Odisea* XVII 541).
32. Tiresias, célebre adivino del ciclo tebano.
37. El cinto de Afrodita es descripto como una banda que lleva sobre su pecho y que está llena de encantos (cf. *Il.* XIV 216).
38. La idea de «deseo fenicio» alude al hecho de que tanto Europa, hermana de Cadmo, como Sémele, su hija, son de tal origen.
39. Cf. nota anterior.
40. Cf. nota 25. [en nota 25 se lee: Egina es hija del dios río Asopo, tuvo de Zeus a Eaco (cf. PAUS., II 5,1; APOL., *Bibl.* I 9, 3).
54. Es antigua la idea de que el crecimiento de las cosas en la tierra se halla en estrecha relación con las fases de la Luna.
55. Afrodita, la nacida en Chipre.
56. Para las metamorfosis, cf. I 16-33; XXXVI 293-381; XLIII 230-252.
57. Es decir, la Égida.
58. Cf. nota 24 [en nota 24 se lee: Dánae es la hija de Acrisio (cf. APOL., *Bibl.* II 2, 2; III 10, 3).
59. Europa.
60. Mino es el hijo de Europa; era en los infiernos juez de las almas junto con su hermano Radamantis (cf. *Il.* XIII 448 ss.; *Od.* XI 568).
61. Tanto Autónoe, como Ágave e Ino son las tres hermanas de Sémele. El hijo de Autónoe es Acteón (cf. canto V, nota 55).
62. Learco (cf. canto V, nota 37).
63. Atamante (cf. canto V, nota 82).
64. Penteo (cf. canto V, nota 39).

CANTO VIII

EL OCTAVO CONTIENE LOS SALVAJES CELOS DE HERA Y SUS CAMBIANTES DISCURSOS, LA FOGOSA UNIÓN DE SÉMELE Y ZEUS, EL ASESINO

Tras hablar así, el dios marchó hacía el Olimpo. Sin embargo, en su altísima morada su pensamiento aún vagabundeaba en torno de su novia, presa de un vivo deseo por Tebas más que por el cielo. En efecto, para el Crónida la casa de Sémele era un cielo cautivante y además las Estaciones de Zeus, de ligeros pies, rondaban el cuarto nupcial cual sirvientas de Cadmo. Mientras tanto, el vientre de Sémele fecundado con la gota nupcial de la unión con Zeus se hinchaba soportando la presión del pequeño cuerpo. A ella se la veía deleitarse con una corona, testimonio del nacimiento de Dioniso, amante de guirnaldas. Su cabeza se cubría de flores, mientras trenzaba la enmarañada hiedra alrededor de su enloquecida cabellera como una profetisa de las Basárides [1]. De esté modo daba a las ninfas que estaban a punto de nacer el tardío epónimo de la hiedra [2].

Además, dado que ella portaba la pesada carga de un hijo concebido por un dios, si en algún momento un viejo pastor hacía sonar una siringa y llegaba a sus oídos la melodía a través del vecino Eco [3], que ama la vida de los campos, entonces ella, ligera de ropas, se movía por su habitación con frenético ritmo. Si se oía el resonante ruido de la doble flauta, mientras vagaba por la montaña, ella brincaba descalza bajo los elevados tejados y marchaba por sí misma hacia el monte por el solitario bosque [4]. Si resonaban los címbalos, ella vibraba sacudiendo sus pies y avanzaba dando saltitos con sus sandalias a medio calzar con sinuoso paso. Y si oía el mugido del toro de largos cuernos, ella respondía como una vaca mugiendo con su garganta. Muchas veces, al pie de una colina junto a la pradera, cantaba junto a Pan una melodía con frenética voz y el eco que resonaba a la par la acompañaba. Así, en respuesta al ruido pastoril de la flauta de cuerno, ella pegaba un giro sobre sus pies y se entregaba a la danza. Simultáneamente, el niño, pese a no haber nacido aún, poseía sensibilidad y brincaba al compás de su madre como poseso por la flauta, con saltitos que el vientre ocultaba. Y aunque era un embrión, celebraba un canto autodidacta dejando fluir el sonido intrauterino. Así dentro del útero que contiene a un varón, él, el mensajero de la alegría, crecía como un niñito inteligente mientras las Estaciones, sirvientas del Crónida, se esparcían por el cielo al-

rededor del hijito.

(...)

NOTAS

1. Las Basárides son las mujeres presas del delirio báquico que acompañan a Dioniso.
2. Dioniso era llamado Ciseo en estrecha unión a su identificación con la hiedra *(kissós)*.
3. Eco es una ninfa de los bosques (cf. canto II, nota 21).
4. Se da en estos versos una anticipación del ritual dionisíaco conocido como *oreibasía*, una mancha a lo alto de los montes en donde se celebraba al dios con música y danzas (EURÍP., *Bac.* 109 ss.).

METAMORFOSIS
OVIDIO

LIBRO III

(...)

SÉMELE [329]

Las habladurías son de doble sentido: a unos la diosa les parece más cruel de lo justo, otros la alaban y la llaman digna de su rigurosa virginidad; unos y otros encuentran justificaciones. Sólo la esposa de Júpiter no habla tanto de si desaprueba o aprueba como se alegra de la desgracia de la casa descendiente de Agénor, y el odio sacado de su rival tiria lo traslada a sus compañeros de linaje: he aquí que un motivo reciente se añade al anterior [330] y se duele de que Sémele [331] esté grávida de la semilla del gran Júpiter: entonces suelta su lengua para criticar. «¿Qué provecho he sacado tantas veces de las críticas?», dijo [332]. «Ella misma ha de ser buscada por mí; a ella la perderé, si soy llamada con justicia la gran Juno, si es de mi incumbencia sostener en mi mano derecha un cetro de piedras preciosas, si soy reina y hermana y esposa del gran Júpiter, al menos hermana. Pero, según creo, está satisfecha con el adulterio, y es pequeña la injuria a mi tálamo. ¡Concibe! ¡Sólo faltaba esto! Y lleva en su útero lleno una culpa evidente, y quiere ser madre sólo por Júpiter, lo que apenas me ha tocado a mí [333]: tanta confianza tiene en su belleza. Haré que le falle, y no soy la Saturnia si no penetra en las aguas estigias sumergida por su querido Júpiter.»

Después de estas palabras se levanta de su trono y, escondida en una amarillenta nube, llega al umbral de Sémele y no apartó las nubes antes de fingirse una anciana y ponerse canas en las sienes y surcar su piel de arrugas y arrastrar sus encorvados miembros con tembloroso paso, también se procuró una voz de vieja [334] y ella misma era Béroe, la nodriza epidauria [335] de Sémele. Así, cuando, después de haber entablado una conversación y hablando durante largo tiempo, llegaron al nombre de Júpiter, suspira y dice: «Deseo que sea Júpiter, pero tengo miedo de todo: muchos, bajo el nombre de dioses, se han introducido en castos lechos. Pero no es suficiente que sea Júpiter; que dé una prenda de su amor si es verdaderamente él, y pídele que cuan grande y con la apariencia con la que es recibido por la al-

ta Juno, tan grande y con la misma te abrace y que antes se revista de sus atributos.» Con tales palabras Juno había preparado a la Cadmeide, que nada sabía: ella pide a Júpiter un don innominado. El dios le dice: «Elige, no sufrirás rechazo alguno; y, para que tengas más confianza, que sea testigo la divinidad del torrente estigio: él es temor y dios de dioses.» Alegrándose de su mal y poderosa en demasía y a punto de perecer por el regalo de su amante, Sémele dijo: «Con la apariencia con la que suele abrazarte la Saturnia cuando os entregáis a la alianza de Venus, con esa misma date a mí»[336]. Quiso el dios cerrar la boca de la que hablaba: ya su voz había salido apresurada por los aires. Lanzó un gemido; pues ni ésta puede no haber deseado ni él no haber jurado. Así pues, muy entristecido, sube al alto éter y con su rostro arrastró las nubes que lo seguían, a las que añadió lluvias y relámpagos mezclados con vientos así como el trueno y el rayo que no puede ser evitado. Sin embargo, hasta donde puede, intenta quitarse fuerzas y ahora no está armado con aquel fuego con el que había abatido a Tifoeo[337] el de los cien brazos: en aquél hay excesiva fiereza. Hay otro rayo más suave, al que la diestra de los Cíclopes[338] le añadió menor crueldad y llama, menor cólera: los dioses los llaman dardos de segunda; los coge y entra en la casa agenórea[339]: el cuerpo mortal no resistió el celestial ataque y ardió con el regalo conyugal. El niño, todavía sin formar, es arrancado del útero de la madre y tierno (si se puede creer) es cosido en el muslo paterno y completa el tiempo de la madre[340]. A escondidas lo cría su tía materna Ino en su primera cuna, después las Ninfas de Nisa[341] ocultaron en sus cavernas al que les había sido confiado y lo alimentaron de leche.

NOTAS

329. Todo el episodio tiene como precedente las *Bacantes* de Eurípides, donde aparece por primera vez desarrollado el mito de Baco.

330. La cólera de Juno contra Sémele, motivada por causas lejanas (Europa) y por esta *recens*, está inspirada en la de la diosa contra los troyanos de *Aen.* I 37 ss.; cfr. B. Otis (1970) 131-132, S. Döpp (1968) 121, resumidos por Ph. Hardie (1990) 232.

331. La inclusión del episodio de Sémele está motivada, además de por pertenecer a la familia tebana (ya Hesíodo *Theog.* 976 la hace hija de Cadmo), por ser objeto de la cólera de una diosa igual que lo había sido su sobrino Acteón.

332. Como es lógico, el monólogo de Juno pertenece, dentro de la clasificación de

R. Heinze (1972), apéndice III (págs. 388-401) *Die Monologe der Metamorphosen*, a los de «Entrüstung» y a los «Zornesmonologen» de H. W. Offermann (1968), quien cita explícitamente (págs. 10-12) este pasaje y su modelo virgiliano. Las clasificaciones de estos autores están recogidas en nuestro (1991) notas 6 y 7.

333. Los únicos hijos que ha tenido son Marte, Hebe e Ilitía.

334. Metamorfosearse en anciana es propio de la escenografía épica ya desde Homero y es un motivo de cuento popular muy del gusto de los autores latinos (Virgilio, Ovidio, Estacio).

335. Que la nodriza de Sémele sea de Epidauro es invención de Ovidio. También lo es su nombre, sin duda inspirado en *Aen.* VI 620, donde Iris toma el aspecto de Béroe, una de las troyanas, para introducirse entre ellas.

336. Sobre esta expresión no épica, sino propia de la elegía y de la comedia y que Ovidio une al tópico del *servitium amoris*, cfr. R. M.ª Iglesias M.ª C. Álvarez (1992) 177-178.

337. En toda la tradición mitográfica, desde Hes. *Theog.* 824 ss., Aesch. *Prom.* 353 y Pind. *Pyth.* I 16 y Ol. IV 7, Tifoeo tiene 100 cabezas y en *Theog.* 855 ss. es fulminado por Zeus. Ahora bien, el epíteto «de cien brazos» es propio de sus hermanos (también hijos de la Tierra) Coto, Briáreo-Egeón y Giges, los Hecatonquires o Centímanos. Su gran tamaño y similar aspecto hace que sea considerado uno de los Gigantes y que aparezca luchando junto a ellos, cfr. M.ª C. Álvarez (1978) 60-62. Una excelente clarificación sobre Tifón o Tifoeo está en N. Conti, *Myth.* VI 22 (págs. 464 ss. de nuestra traducción).

338. Cfr. la nota 56 del libro I.

339. En puridad la casa de Cadmo, hijo de Agénor.

340. Así en Eur. *Bacch.* 88-101. Sobre si hubo un tratamiento anterior en los trágicos y en otras fuentes, cfr. A. Ruiz de Elvira, (1975) 176.

341. Nisa, nombre de numerosos lugares no griegos y que se relacionan con el nombre de Dioniso («el dios de Nisa»), aunque también pudo llamarse así una de sus nodrizas.

DIÁLOGOS DE LOS DIOSES
LUCIANO DE SAMOSATA

IX

POSIDÓN Y HERMES

POSIDÓN. —Hermes, ¿se puede celebrar ahora una entrevista con Zeus?
HERMES. —De ninguna manera, Posidón.
POSIDÓN. —Anúnciame, de todas formas.
HERMES. —Te digo que no molestes; no es un momento oportuno, de modo que no puedes verle por ahora.
POSIDÓN. —¿Es que está con Hera?
HERMES. —No, se trata de otra cosa.
POSIDÓN. —Comprendo; es Ganimedes el que está dentro.
HERMES. —Tampoco es eso; está indispuesto.
POSIDÓN. —¿Cómo, Hermes? Porque estás diciendo una cosa muy rara.
HERMES. —Me da vergüenza decírtelo, eso es lo que pasa.
POSIDÓN. —Pero no debes tenerla de mí, que soy tu tío.
HERMES. —Acaba de dar a luz hace un momento, Posidón[18].
POSIDÓN. —¡Vamos anda! ¿Él de parto? ¿De quién? ¿Es que no nos hemos dado cuenta de que era andrógino? Pero si su vientre no dejaba entrever ninguna hinchazón...
HERMES. —Tienes razón, pero no era allí donde estaba el feto.
POSIDÓN. —Ya sé, ha vuelto a dar a luz por la cabeza, como hizo con Atenea. Tiene la cabeza paridora.
HERMES. —No es eso, sino que estaba gestando en el muslo el feto sacado de Semele.
POSIDÓN. —¡Bravo por este dios estupendo, que se queda embarazado de la cabeza a los pies y da a luz por todas partes de su cuerpo! Pero ¿quién es Semele?
HERMES. —Es tebana, una de las hijas de Cadmo. Tuvo relaciones con ella y la dejó embarazada.
POSIDÓN. —¿Y luego, Hermes, parió él en vez de ella?
HERMES. —Así es, por raro que te parezca. Pues Hera –que ya sabes lo celosa que es– se fue de tapadillo a casa de Semele, y la convenció de que le pidiera a Zeus que fuese a verla con sus relámpagos y sus truenos. Cuan-

do Zeus se dejó convencer, y se presentó además con el rayo, ardió el techo y Semele murió a causa del fuego. Entonces me ordenó que abriera el vientre de la mujer y le sacara el feto, todavía sin formar, pues estaba de siete meses. Cuando hice lo que me mandaba, se abrió el muslo y colocó allí el feto, para que terminara allí su desarrollo; ahora, al cabo de dos meses, lo ha dado a luz y está delicado a causa de los dolores del parto.

POSIDÓN. —Entonces, ¿dónde está el niño ahora?

HERMES. —Lo he llevado a Nisa y se lo he dado a las ninfas para que lo críen, después de ponerle el nombre de Dioniso.

POSIDÓN. —Entonces, ¿mi hermano es al mismo tiempo el padre y la madre de Dioniso?

HERMES. —Así parece. Me marcho, pues, a traerle agua para la herida y a prodigarle los cuidados que suelen aplicarse a una mujer recién parida.

NOTA

18. El nacimiento de Dioniso, cuya gestación tuvo lugar en el vientre de Semele y fue recogido por Zeus, que lo colocó en su muslo, puede verse en Apolodoro, *Biblioteca*. III, 4, 2, y Eurípides, *Bacantes*, 266 y ss.

BACANTES
EURÍPIDES

(...)

CORO. –*(Entran, con vivo ritmo al son de sus panderos, las bacantes del Coro.)*
Desde la tierra de Asia, dejando el sacro Tmolo, corro en pos de Baco, dulce esfuerzo, fatiga placentera, lanzando el báquico evohé.
¿Quién en la calle? ¿Quién en la calle? ¿Quién en palacio? ¡Que salga fuera[12] *todo el mundo y santifique su boca reverente! Porque los himnos de ritual de siempre cantaré a Dioniso.*

Estrofa.
¡Oh, feliz aquel que, dichoso conocedor de los misterios de los dioses, santifica su vida y se hace en su alma compañero de tíaso del dios, danzando por los montes como bacante en santas purificaciones, celebrando los ritos de la Gran Madre Cibele[13]*, agitando en lo alto su tirso y, coronado de yedra, sirve a Dioniso!*
¡Venid bacantes, venid bacantes, vosotras que a Bromio, niño dios, hijo de dios, a Dioniso, traéis en procesión desde los montes de Frigia a las espaciosas calles de la Hélade, al Bramador!

Antístrofa.
A quien antaño, entre los angustiosos dolores de parto, la que lo portaba en sí, su madre, lo dio a luz como fruto apresurado de su vientre, bajo el estallido de trueno de Zeus, al tiempo que perdía la vida fulminada por el rayo. Al instante en la cámara del parto lo recogió Zeus Cronida, y ocultándolo en su muslo lo alberga, con fíbulas de oro, a escondidas de Hera[14]*.*
Lo dio a luz, cuando las Moiras cumplieron el plazo, al dios de cuernos de toro. Y lo coronó con coronas de serpientes. Desde entonces las ménades, nodrizas de animales salvajes, se ciñen tal presa a sus cabellos trenzados.

Estrofa 2.ª
¡Oh Tebas, nodriza de Sémele, corónate con yedra! ¡Florece, haz florecer a porfía la verde brionia de frutos brillantes, y conságrate a Baco entre ramos de encina o de abeto!
¡Vestida con la moteada piel de corzo, cíñete con las tiras trenzadas de la-

na de blanco vellón! ¡Consagra la vara de tu tirso cargado de furor! Pronto la comarca entera danzará, cuando Bromio conduzca sus cortejos al monte, al monte[15], *donde aguarda el femenino tropel, lejos de telares y ruecas, aguijoneado por Dioniso.*

Antístrofa 2.ª

¡Oh caverna de los Curetes y sacras salas de Creta en que nació Zeus! Allí en las cuevas los Coribantes de triple penacho inventaron para mí este redondel de tenso cuero. Y en báquica exaltación lo mezclaron al melodioso aire de las flautas frigias y lo pusieron en manos de la Madre Rea, redoble para los acompasados cánticos de las bacantes. Lo recogieron los sátiros delirantes de la diosa Madre, y lo enlazaron con los bailes bienales, en los que se regocija Dioniso.

Epodo.

¡Qué gozo[16] *en las montañas, cuando en medio del cortejo lanzado a la carrera se arroja al suelo, con su sacro hábito de piel de corzo, buscando la sangre del cabrito inmolado, delicia de la carne cruda, mientras va impetuoso por montes frigios, lidios!*

¡He aquí a nuestro jefe Bromio, evohé!

¡Brota del suelo leche, brota vino, brota néctar de abejas![17]. *¡Hay un vaho como de incienso de Siria! El Bacante que alta sostiene la roja llama de su antorcha, marca el compás con su tirso, impele a la carrera y a las danzas a las errantes mujeres excitándoles con sus alaridos, mientras lanza al aire puro su desmelenada cabellera*[18].

En medio de los gritos de evohé responde este bramido:

¡Venid bacantes! ¡Venid bacantes! Con la suntuosidad[18a] *del Tmolo de áureas corrientes cantad a Dioniso, al son de los panderos de sordo retumbo, festejando con gritos de ¡evohé! al dios del evohé, entre los gritos y aclamaciones frigias, al tiempo que la sagrada flauta de loto melodiosa modula sus sagradas tonadas, en acompañamiento para las que acuden al monte, al monte. Alborozada entonces, como la potranca junto a su madre en el prado, avanza su pierna de raudo paso en brincos la bacante.*

(Entra el viejo augur Tiresias, con la nébride, el tirso y la corona de yedra, solo y ciego.)

(...)

12. Sigo la interpretación de J. ROUX, *o. c.*, II, pág. 266. Otros entienden que el coro invita a los no iniciados a alejarse. Pero, aunque la fórmula es un tanto ambigua en griego, me parece mejor esta versión, ya que las bacantes acuden a mostrar con afán proselitista los beneficios del nuevo culto, que como un evangelio ofrecen a todos los tebanos.

13. El culto de Cíbele, de origen minorasiático, se introdujo en el Ática entre el s. VI y el V. Era el tipo de Diosa Madre al que se asocia un Dios Joven, papel que aquí parece asumir Dioniso. El culto orgiástico, la aparente procedencia oriental, la relación con la naturaleza salvaje, algunos instrumentos del acompañamiento musical, el entusiasmo «místico», son factores que podían contribuir a tal asociación. Sobre los orígenes anatolios y los sincretismos de la diosa frigia con otras divinidades remito a la bibliografía que da J. ROUX en *o. c.*, II, págs. 271-3.

14. El mito del doble nacimiento de Dioniso (que cuenta también HERÓDOTO, II 146) tiene un curioso paralelo en el caso del dios indio Soma, salvado del fuego y recogido en su muslo por Indra, dios celeste que luego lo alumbra como *Dwidiannam* «nacido dos veces» (un sentido que algunos antiguos atribuyen también al epíteto de Dioniso *Dithyrambos*). DODDS, *o. c.*, página 78 da éste y otros paralelos más, propugnando un origen indoeuropeo del tema.

15. La ascensión al monte era uno de los elementos del ritual báquico, la *oreibasía*. Alejándose de la reclusión hogareña y, aún más, de la civilización urbana, en la libertad del bosque se desarrollan las ceremonias agrestes del dionisismo. Allí tiene lugar el *sparagmós* ritual, descuartizamiento de algunos animales salvajes, y la *omophagía*, la comida de la carne cruda de los animales sacrificados; allí se dan los silvestres milagros y las danzas entusiásticas del tropel de mujeres liberadas por la atracción del dios del delirio y la embriaguez.

16. *Hedys* es un calificativo muy propio de Dioniso, que procura un «placer» muy variado; es, casi por excelencia, dios de *hedoné*. Cf. ROUX, *o. c.*, II, pág. 290 para citas paralelas.

17. El coro, en su exaltación, evoca los prodigios habituales de las fiestas báquicas. Más adelante (vv. 704 y sigs.) el Mensajero relatará escenas semejantes, presenciadas por él. Eurípides evoca estos mismos milagros de la naturaleza en un fragm. de la *Hipsípila*, el 57.

18. El Bacante, por antonomasia, es Dioniso, con el que se identifican, poseídas por el entusiasmo, sus fieles. Entiendo, con ROUX, *o. c.*, págs. 294-5, que blande en una mano una antorcha y en otra el tirso. Otros intérpretes piensan en que blande el tirso, convertido en antorcha, es decir con una llama en su extremo. La carrera,

los alaridos y el lanzar al aire la larga y suelta cabellera son gestos característicos del ceremonial báquico.

18ª. Acepto la lectura *chlidai* de los Mss., es decir, un dativo instrumental de la palabra. Otros prefieren corregir el texto y dar un nominativo, traduciendo: «orgullo», «gala del Tmolo» (Wilamowitz, Dodds, Festugière, Lazari) en aposición a «Bacantes». El Tmolo, junto al que se elevaba Sardes, la capital de Lidia, evocaba para los griegos sugerencias de lujos y refinamientos bárbaros. Suntuosidad de ropajes (en este caso poco oportuna, ya que las bacantes visten el hábito dionisíaco) y también de modos musicales de un cierto exotismo es lo que se quiere sugerir aquí.

LIBRO III 5; 1-3

Viajes de Dioniso. Licurgo

Dioniso fue el descubridor de la vid[42] y, enloquecido por Hera, anduvo errante por Egipto y Siria[43]. Acogido primero por Proteo, rey de los egipcios, llegó más tarde a Cíbela, en Frigia; allí, purificado por Rea e iniciado en sus rituales[44], recibió de ella la túnica y marchó a través de Tracia contra los indios. *Licurgo, hijo de Driante* y rey de los edones, que habitaban a orillas del río Estrimón, fue el primero que lo ultrajó y expulsó. Dioniso se refugió en el mar junto a Tetis, hija de Nereo, pero las Bacantes y una multitud de sátiros que lo seguían fueron apresados. De pronto las Bacantes quedaron libres y Licurgo se volvió loco por obra de Dioniso. En su demencia, creyendo podar un sarmiento, mató a su hijo Driante golpeándolo con un hacha, y después de mutilarlo recobró la razón. Como la tierra se hiciese estéril, el dios vaticinó que volvería a dar fruto si Licurgo moría. Al oír esto los edones lo llevaron atado al monte Pangeo donde por voluntad de Dioniso murió destrozado por caballos[45].

Penteo. Dioniso y los piratas

Después de recorrer Tracia y toda la tierra índica, donde erigió estelas, llegó a Tebas y obligó a las mujeres a abandonar sus casas y a entregarse al delirio báquico en el Citerón. Penteo, hijo de Ágave y Equión, heredero del reino de Cadmo, intentó impedirlo y, yendo al Citerón para observar a las Bacantes, fue desmembrado por su madre Ágave que en un rapto de locura lo confundió con una fiera[46]. Dioniso, una vez que hubo mostrado a los tebanos que era un dios, se dirigió a Argos, y allí de nuevo, al no recibir veneración, infundió la locura en las mujeres: en los montes devoraban la carne de sus hijos lactantes [47]. Para cruzar de Icaria a Naxos alquiló una trirreme de piratas tirrenos. Éstos, habiendo embarcado, con el propósito de venderlo pasaron de largo por Naxos y pusieron rumbo a Asia, pero Dioniso convirtió el mástil y los remos en serpientes y llenó el barco de

yedra y sonido de flautas. Los piratas, enloquecidos, se arrojaron al mar y se transformaron en delfines[48]; de este modo los hombres comprendieron que era un dios y lo honraron. Él rescató del Hades a su madre, y dándole el nombre de Tione subió con ella al cielo[49].

NOTAS

42. Cf. DIODORO, III 62-63; IV 1, 6; 2, 5 ss.
43. A Dioniso se le identifica con el dios egipcio Osiris. Cf. HERÓDOTO, II 42 y 144; DIODORO, I 11, 3; 13, 5; 96, 5; IV 1, 6.
44. Rea es identificada frecuentemente con la diosa frigia Cibeles (cf. nota 14 al libro I). En EURIPIDES, *Bac.* 58 ss., 78-82, un coro de mujeres acompañan a Dioniso desde las montañas de Frigia.
45. Sobre el castigo sufrido por Licurgo hay algunas variantes; así, según HOMERO, *Ilíada* VI 129 ss., los dioses lo cegaron; SÓFOCLES, *Antíg.* 955 ss., dice que Licurgo fue encarcelado por Dioniso en una cueva donde fue disminuyendo poco a poco su locura; en HIGINO, *Fáb.* 132, el propio rey, furioso, se mutiló las piernas cuando intentaba podar una vid.
46. Este breve relato es el argumento de la tragedia de EURÍPIDES, *Bacantes*, donde encontramos la descripción de la atroz muerte de Penteo en el Citerón (versos 1043-1147). OVIDIO, *Met.* III 701-731, presenta algunas diferencias, por ejemplo: a Penteo lo toma su madre por un jabalí; en EURÍPIDES, por un león. Cf. también TEÓCRITO, XXVI; HIGINO, *Fáb.* 184.
47. II 2, 2.
48. La historia de Dioniso y los piratas es el tema del *Himno homérico a Dioniso* (VII). Cf. OVIDIO, *Met.* III 581-686; HIGINO, *Fáb.* 134.
49. El descenso de Dioniso al Hades lo hace ya sea por Trezén (PAUSANIAS, II 31, 2), ya en Lerna por la laguna Alcionia (PAUSANIAS, II 37).

EPÍTOME
1; 5-9

EL TORO DE MARATÓN. MUERTE DEL MINOTAURO.

Después de despejar el camino, Teseo llegó a Atenas. Medea, que entonces vivía con Egeo[5], intrigó contra aquél y persuadió a Egeo para que desconfiase de Teseo como de un traidor.
Atemorizado, Egeo, sin haber reconocido a su propio hijo, lo envió contra el toro de Maratón[6]. Cuando Teseo lo hubo matado, Egeo le sirvió un veneno que le había proporcionado Medea ese mismo día. A punto de llevarse el brebaje a la boca Teseo entregó a su padre la espada, y Egeo al verla hizo caer la copa de sus manos[7]. Así Teseo fue reconocido por su padre y, enterado de la maquinación de Medea, la expulsó. Fue designado para el tercer tributo al Minotauro, o según algunos se ofreció voluntario[8]. La nave llevaba velamen negro y Egeo encargó a su hijo que, si regresaba vivo, desplegara en ella velas blancas[9]. Cuando llegó a Creta, Ariadna, hija de Minos, enamorada de él, prometió ayudarle a condición de que la llevara a Atenas y la tomase por esposa. Una vez que Teseo lo hubo jurado, Ariadna pidió a Dédalo que le indicara la salida del laberinto; y por su consejo dio un hilo a Teseo al entrar. Éste ató el hilo a la puerta y entró soltándolo tras de sí; encontró al Minotauro al final del laberinto y lo mató a puñetazos; luego, recogiendo el hilo, salió[10]. Por la noche llegó a Naxos con Ariadna y los jóvenes[11]. Pero Dioniso, enamorado de Ariadna, la raptó y la llevó a Lemnos, donde yació con ella y engendró a Toante, Estáfilo, Enopión y Pepareto[12].

NOTAS

5. Cf. I 9, 28.
6. Cf. PAUSANIAS, I 9-10; OVIDIO, *Met.* VII 433-4.
7. Cf. PLUTARCO, *Teseo* 12; OVIDIO, *Met.* VII 404-424. Este último refiere que el veneno era acónito y que Medea lo había traído de las riberas de Escitia.
8. Las víctimas eran elegidas por sorteo, pero según Helánico (en PLUTARCO, *Teseo* 17), el propio Minos acudía a Atenas para escogerlas, y así es como fue elegido Teseo. Pero de acuerdo con la tradición general se ofreció voluntario. Cf. HIGI-

NO, *Fáb.* 41; escolios a *Odisea* XI 322 y a *Ilíada* XVIII 590.

9. Cf. PLUTARCO, *Teseo* 17, 4; DIODORO, IV 61, 4; PAUSANIAS, I 22, 5. En SIMÓNIDES, 550, la vela que había de sustituir a la negra era de color púrpura.

10. Cf. PLUTARCO, *Teseo* 19; HIGINO, *Fáb.* 42; DIODORO, IV 61, 4.

11. Los muchachos y muchachas que estaban destinados al Minotauro.

12. La versión más común es que Teseo abandonó en Naxos a Ariadna mientras dormía, por razones distintas según los autores: en OVIDIO, *Met.* VIII 174 ss., por crueldad; en HIGINO, *Fáb.* 43, porque le parecía deshonroso llevarla a Atenas; en HESÍODO, *Fr.* 298, porque amaba a Egle, la hija de Panopeo. HOMERO, *Odisea* XI 321-325, nos da otra versión: Teseo se llevó a Ariadna desde Creta hacia Atenas, pero Ártemis la mató en la isla de Día por la acusación de Dioniso. Cf. también PAUSANIAS, I 20, 3 y X 29, 4; PLUTARCO, *Teseo* 20.

METAMORFOSIS
OVIDIO

LIBRO III

(...)

PENTEO [365]

El suceso conocido había proporcionado una merecida fama al adivino por las ciudades de Acaya [366] y grande era el renombre del vidente. Sin embargo, de todos lo desdeña únicamente el Equiónida [367] el despreciador de los dioses Penteo, y se ríe de las proféticas palabras del anciano y le echa en cara sus tinieblas y la desgracia de la vista perdida. Él, moviendo sus sienes que blanquean de canas, le dice: «¡Cuán feliz serías si tú también estuvieras privado de esta luz y no vieras los sacrificios de Baco! Pues llegará un día, que auguro que no está lejos, en el que vendrá aquí un desconocido: Líber, hijo de Sémele [368]; y, si no lo consideras digno del honor de los templos, despedazado se te esparcirá por mil lugares y con tu sangre mancharás los bosques, a tu madre y a las hermanas de tu madre. ¡Sucederá así! Pues no considerarás digno de honor su divinidad, y lamentarás que yo haya visto demasiado bajo estas tinieblas» [369]. El hijo de Equíon empuja con desprecio al que dice estas cosas.
A las palabras le sigue la autenticidad y se realizan las predicciones del adivino. Llega Líber y los campos se agitan con los festivos alaridos: la multitud se precipita, y las madres y nueras mezcladas con los hombres y el pueblo y los nobles son empujados a los desconocidos sacrificios [370]. «¿Qué locura, hijos de la serpiente [371], descendencia de Marte [372], ha aturdido vuestras mentes?» dice Penteo, «¿acaso tienen tanto valor los bronces golpeados con bronce y la flauta de curvo cuerno y la astucia de la magia que a quienes no ha aterrorizado la espada guerrera ni la trompeta ni ejércitos con las armas desenvainadas los venzan las voces mujeriles, la locura empujada por el vino, las obscenas bandadas y los huecos panderos? ¿Voy a admiraros a vosotros, ancianos, que transportados por extensos mares colocasteis en esta sede Tiro, en ésta a vuestros prófugos Penates y ahora permitís ser capturados sin guerra? ¿acaso a vosotros, edad más fogosa, oh jóvenes, y más cercana a la mía, a quienes convenía sostener las armas y no tirsos y cubrirse con cascos y no con ramas? ¡Recordad, os rue-

go, de qué estirpe habéis sido creados, y tomad el ánimo de aquella serpiente que, ella sola, perdió a muchos! Ella murió en defensa de las aguas de su fuente: ¡en cambio vosotros venced por vuestro buen nombre! ¡Ella entregó a la muerte a valientes, vosotros expulsad a los blandengues y conservad la honra de la patria! ¡Si el destino prohibía que Tebas permaneciera en pie durante largo tiempo, ojalá las máquinas de guerra y los héroes arrasaran sus murallas y resonaran las espadas y el fuego! Seríamos desgraciados sin culpa, y la suerte habría de ser lamentada, no ocultada, y las lágrimas estarían libres de vergüenza: pero ahora Tebas es capturada por un joven desarmado, al que no agradan ni la guerra ni las armas ni el uso de los caballos, sino el cabello empapado de mirra y las flexibles coronas y el oro entretejido en vestidos de colores. Ciertamente yo obligaré a ése al instante (vosotros sólo apartaos) a confesar que se ha inventado un padre y que sus sacrificios son una invención. ¿O es suficiente el carácter de Acrisio[373] para condenar una falsa divinidad y cerrar las puertas de Argos al que llega y un advenedizo aterrorizará a Penteo con toda Tebas? Idos[374] rápidos» —ordena esto a los siervos— «marchad y traed aquí al jefe encadenado. ¡Que la inactiva dilación se aparte de mis órdenes!»
A él su abuelo, a éI Atamante[375], a él el resto de la muchedumbre de los suyos lo llenan de reproches y se esfuerzan en vano en disuadirlo; su furia es más viva con los consejos y se excita frenada y crece y los propios intentos de moderación eran dañinos: así he visto yo[376] correr un torrente muy suavemente por donde nada le impedía al pasar y con muy poco ruido; pero, por cualquier parte por donde lo detenían troncos y piedras atravesadas, fluía lleno de espuma, hirviente y más enfurecido por el obstáculo. He aquí que vuelven ensangrentados y a su dueño, que pregunta dónde está Baco, le dicen que no han visto a Baco; «En cambio», afirmaron, «hemos cogido a este compañero y siervo de los sacrificios» y entregan, con las manos atadas a la espalda, a uno del pueblo tirreno seguidor desde hacía tiempo de los sacrificios del dios.

ACETES-LOS MARINEROS TIRRENOS[377]

Penteo contempla a éste con unos ojos que la ira había convertido en terribles y, aunque con dificultad aplaza el momento del castigo, dice: «Oh tú, que vas a morir y que con tu muerte vas a dar ejemplo a los otros, dame tu nombre y el nombre de tus padres, de tu patria y por qué practicas sacrifi-

cios de rito desconocido.» Él, libre de miedo, le dijo: «Mi nombre es Acetes, mi patria Meonia[378], mis padres de clase humilde. No me dejó mi padre labrantíos que cultivaran fuertes novillos o lanudos rebaños ni vacada alguna; también él mismo fue pobre y solía capturar peces con hilo y anzuelos y cogerlos con su caña mientras saltaban. Su arte eran sus bienes; al transmitirme el arte, me dijo: "Recibe la riqueza que tengo, sucesor y heredero de mi afición", y al morir no me dejó nada a excepción de las aguas; solamente a esto puedo llamarlo yo paterno. Inmediatamente yo, para no estar fijo siempre en los mismos roquedales, aprendí a llevar la dirección de la barca gobernándola mi mano derecha y conocí con mis ojos el lluvioso astro de la Cabra Olenia[379] y Taígete[380] y las Híades[381] y la Osa[382] y las casas de los vientos[383] y los puertos adecuados para las naves. Yendo a Delos, me acerco casualmente a las costas de la tierra de Quíos y llego a la playa con los remos de la derecha, doy un pequeño salto y me lanzo sobre la humedecida arena. Cuando acabó la noche (había comenzado la Aurora a enrojecerse), me levanto y aconsejo que traigan agua recién cogida y muestro el camino que conduce a las aguas. Yo mismo observo desde un elevado cerro qué me promete la brisa y llamo a los compañeros y vuelvo a la barca. "¡Ea, estamos aquí!", dice Ofeltes el primero de mis compañeros y, habiendo encontrado un botín, según piensa, en el campo desierto, lleva por la playa a un joven de virginal belleza. Aquel parece titubear pesado por el vino y el sueño[384] y seguirlo con dificultad; contemplo yo su vestido, su rostro y su paso: no veía allí nada que pudiese considerarse mortal. Y me di cuenta y le dije a mis compañeros: "Tengo dudas de qué divinidad hay en este cuerpo, pero hay una divinidad en este cuerpo. Quienquiera que seas, sé favorable y asiste a nuestros esfuerzos. A éstos también concédeles tu favor." "Deja de pedir por nosotros", dice Dictis, más rápido que nadie en subir a lo más alto de las antenas y en deslizarse por la maroma agarrada; respalda esto Libis, esto el rubio Melanto, vigía de la proa, y también Alcimedonte y el que con su voz proporcionaba a los remos descanso y ritmo, el exhortador de los ánimos Epopeo, esto respaldan todos los otros: tan ciego es el deseo de botín. "Sin embargo, no permitiré que esta nave sea mancillada con un sacrílego peso", dije; "yo tengo aquí la máxima autoridad", y me atravieso en la entrada. Se enfurece el más osado de todo el grupo, Lícabas, quien, expulsado de una ciudad etrusca, pagaba con el exilo el castigo por un cruel asesinato. Éste, mientras resisto, quebró mi garganta con un juvenil puño y me habría arrojado a golpes al agua si yo, aunque sin sentido, no me hubiera quedado fijo su-

jeto en un cable. El sacrílego grupo aprueba la acción; entonces, por fin, Baco (pues era Baco), como si se hubiera disipado con el griterío su sopor y el sentido hubiera vuelto a su pecho desde la embriaguez, dice: "¿Qué hacéis? ¿Qué griterío es este? Decidme, marineros, ¿con qué ayuda he llegado aquí?, ¿a dónde os disponéis a llevarme?" "Aleja tu miedo", dijo Proreo, "y di qué puerto quieres alcanzar, se te dejará en la tierra que pidas." "Dirigid a Naxos [385] vuestro rumbo" dice Líber, "aquélla es mi casa, para vosotros será una tierra hospitalaria". Juran aquellos hipócritas por el mar y por todos los dioses que así será y me ordenan largar velas a la variopinta barca. A la derecha estaba Naxos: a mí, que soltaba velas de la derecha, me dice: "¿Qué haces, oh insensato Acetes? ¿Qué locura te...?", cada uno teme por sí: la mayor parte, con señas, me indica "dirígete a la izquierda", la otra parte susurra al oído qué quiere. Me quedé atónito y dije: "¡Que alguien coja el timón!" y me alejé de la complicidad del crimen y de mi oficio. Todos me critican y el grupo en su conjunto murmura; de entre ellos Etalión dice: "Toda nuestra salvación está puesta en ti solamente" y me reemplaza y ocupa mi puesto y, dejando atrás Naxos, se dirige a otro lugar. Entonces el dios burlándose, como si acabara de darse cuenta del engaño, contempla el mar desde la curva popa e imitando al que llora dice: "No me habéis prometido estas costas, marineros, no es ésta la tierra que os he pedido. ¿Por qué acción he merecido este castigo? ¿Qué gloria es la vuestra, si siendo jóvenes engañáis a un niño, si siendo muchos a uno solo?" Hacía tiempo que yo estaba llorando: la pérfida tropa se ríe de nuestras lágrimas y golpea las aguas con acelerados remos. Yo te juro ahora por él mismo (pues ningún dios está más cerca que aquél), que las cosas que yo te cuento son tan verdaderas cuanto rebasan su credibilidad: la nave se quedó quieta en el mar, no de otro modo que si estuviera en dique seco. Aquéllos, presa de estupor, persisten en agitar los remos y sueltan las velas e intentan correr con la doble ayuda. Las hiedras inmovilizan los remos y con curvos anillos serpentean y con pesados racimos adornan las velas [386]. Él coronada su frente de racimos de uva, agita una lanza cubierta de ramos de pámpano; a su alrededor descansan tigres y vanas imágenes de linces y los feroces cuerpos de moteadas panteras. Saltaron los hombres, bien provocara esto la locura, bien el temor, y Medón, el primero, comenzó a ennegrecerse en su cuerpo y a arquearse con una pronunciada curva de su espina dorsal [387]. Comienza Lícabas a hablarle: "¿En qué monstruo te conviertes?", dijo, y el que hablaba tenía una gran boca y una curva nariz y su piel endurecida tenía escamas. Libis [388], por su parte, al querer hacer girar los re-

mos que se resisten; ve que sus manos se reducen a un pequeño tamaño, que ya no eran manos, que ya podían recibir el nombre de aletas. Otro, que deseaba llevar sus brazos a los enroscados cables, no tuvo brazos y encorvado en un cuerpo privado de miembros saltó a las aguas: la punta de la cola tiene forma de hoz, como se curvan los cuernos de la media luna. Por todas partes dan saltos y salpican con mucho rocío y saltan una y otra vez y de nuevo vuelven bajo las aguas y juegan a manera de bailarines y agitan sus retozones cuerpos y arrojan resoplando por sus anchas narices el mar que han absorbido. De los hasta hacía poco veinte (pues tantos transportaba aquella nave), quedaba yo solo: a mí, temeroso, helado con el cuerpo tembloroso y apenas dueño de mí, el dios me anima diciendo: "Expulsa de tu corazón el miedo y dirígete a Día[389]." Llegado a aquélla, me encargué de los sacrificios y soy seguidor de los ritos de Baco.»

ACETES-MUERTE DE PENTEO

«He prestado oídos a tus largos rodeos», dice Penteo, «para que la cólera pudiera consumir sus fuerzas con la tardanza. ¡Siervos!, coged a éste con rapidez y enviad su cuerpo atormentado con crueles suplicios a la muerte estigia.» Arrastrado al punto[390], el tirreno Acetes es encerrado en sólidas mazmorras; y, mientras se preparan los crueles instrumentos de la muerte ordenada, el hierro y los fuegos, es fama que por sí mismas se abrieron las puertas y que por sí mismas cayeron las cadenas de su cuerpo sin que nadie las desatara.

Insiste el Equiónida y ya no ordena ir, sino que él mismo camina a donde el Citerón[391], elegido para la realización de los ritos, resonaba con cánticos y con las sonoras voces de las Bacantes. Como relincha el fogoso caballo cuando el bélico trompetero da la señal con el canoro bronce y se llena de deseo de lucha, así azuzó a Penteo el aire herido de continuos alaridos y su cólera se volvió a calentar al oír el griterío. Casi en mitad del monte, entre bosques que rodean sus limites, hay una llanura libre de árboles que se puede contemplar por todas partes. Aquí a aquél, que contemplaba los ritos con profanos ojos, lo ve la primera, la primera se puso en movimiento en loca carrera, la primera hirió a su Penteo arrojándole el tirso su madre y gritó: «¡Venid aquí, mis dos hermanas! Ese jabalí que, enorme, vaga errante por nuestros campos, ese jabalí ha de morir a manos mías.» La muchedumbre en su conjunto se lanza contra uno solo enfurecida: se reúnen

todas y persiguen al tembloroso, ya tembloroso, que ya decía palabras menos violentas, que ya se declaraba culpable, que ya confesaba haber cometido una falta. Herido él, sin embargo, dijo: «¡Ayúdame, tía Autónoe! [392]. ¡Que las sombras de Acteón conmuevan tu ánimo!» Ella no sabe quién es Acteón y alejó la mano derecha del que suplicaba, la otra es desgarrada por el tirón de Ino. El infeliz no tiene brazos que tender a su madre, sino que, mostrando las mutiladas heridas de sus despedazados miembros, dice: «¡Contempla, madre!» Ágave, al verlas, soltó un alarido y agitó el cuello y movió al viento su cabellera y, agarrando con sus ensangrentados dedos la cabeza arrancada, grita: «¡lo, compañeras, este trabajo es mi victoria!» No arrebata más rápidamente el viento las hojas tocadas por el frío otoñal y que apenas se sujetan en lo alto del árbol de lo que tardaron en ser despedazados los miembros del hombre por criminales manos.
Advertidas por tales ejemplos las Isménides siguen los nuevos ritos, ofrecen incienso y veneran los sagrados altares.

NOTAS

365. Es indudable que el Penteo ovidiano se inspira en las *Bacantes* de Eurípides, tanto para seguirlas de modo fiel como por vía de contraste.
366. Ovidio es el primer autor latino que, siguiendo a Homero, emplea el nombre de esta región del Peloponeso para Grecia en general.
367. Penteo, hijo del esparto Equíon, al que se cita en III 126. Cfr. nota 310.
368. Claro eco del comienzo de las *Bacantes* de Eurípides, pronunciadas por el dios.
369. El vaticinio de Tiresias refleja el contenido del diálogo de éste con Cadmo en *Bacch.* 170 ss., pero en el trágico el adivino insiste en que no habla sirviéndose del don profético sino a tenor de los hechos (368-9).
370. En los versos siguientes hay una perfecta descripción de los ritos orgiásticos en honor de Baco.
371. Generalización por tebanos, aunque no todos sean descendientes de los Espartos. En oposición al Penteo de Eurípides que sólo dialoga con personajes individuales, el de Ovidio se dirige al pueblo tebano en su totalidad.
372. Las continuas alusiones de Penteo a los tebanos como descendientes de Marte y de la serpiente pueden deberse al deseo de Ovidio de diferenciar al mortal del dios, en cuyo origen no está el ofidio ni Marte, y, por tanto, tildarlo de blandengue. Es, tal vez, un reflejo contrastivo del desprecio con el que se trata a la serpiente, como antepasado de Penteo, en las *Bacantes*.

373. De él se habla en el libro IV 607-610, donde Ovidio, inventor de esta ficción, repite que Acrisio no aceptó en Argos el culto de Baco. Para su genealogía cfr. la nota 477 del Libro IV.

374. Los vv. 562-582, así como el episodio de Acetes y los marineros tirrenos (no tratado en las *Bacantes*), son una imitación del *Penteo* de Pacuvio (Ribbeck, 111) según se deduce del resumen de Serv. *Aen.* IV 469. Cfr. para todo ello G. D'Anna (1959) 221-225.

375. Casado con Ino, hermana de Sémele y Ágave y, por tanto, tía de Penteo; Atamante no aparece en la tragedia de Eurípides y son Cadmo, Tiresias y el corifeo los que intentan hacer cambiar de opinión a Penteo.

376. A pesar de la afirmación de experiencia personal, Ovidio tiene modelos desde Homero pasando por Lucrecio, Virgilio y Horacio. Cfr. Mª. C. Álvarez-R. Mª Iglesias (1992) 72-74.

377. El modelo del rapto de Dioniso por los marineros tirrenos es el *Himno Homérico VI a Dioniso*, en el que no aparece nombre propio alguno; el tema se repite en Eur. *Cycl* 10 ss. y, como ya hemos dicho, en el *Penteo* de Pacuvio. Sobre el protagonismo del mar y la navegación en este episodio, cfr. R. Mª. Iglesias-Mª. C. Álvarez (1994) 10-12.

378. Lidia; por tanto para Ovidio meonios y tirrenos son idénticos y no hay que pensar que «tirreno» sea sinónimo de etrusco.

379. *Capella*, catasterismo de la nodriza de Júpiter, es la estrella principal de la constelación del Auriga y jugaba un gran papel en el calendario meteorológico, pues lluvia y tempestad acompañaban su aparición; su orto era a finales de abril, aunque Ovidio en *Fast.* V 113 lo sitúa erróneamente el 7 de abril. El sobrenombre de Olenia lo recibe desde Arat. 163 y, según Schol. *ad loc.*, es debido a que está situada en el codo del Auriga; para otras explicaciones, cfr. el comentario de F. Bömer al pasaje de *Fastos* y A. Ruiz de Elvira vol. I, 224-225, n. 94.

380. Las Pléyades, de las que sólo es citada aquí ésta, tenían su orto el 10 de mayo y anunciaban la estación propicia y el inicio de la navegación.

381. Como su nombre indica en griego, presagiaban la lluvia; su orto era el 12 de abril y su ocaso en noviembre. Sobre si son las nodrizas de Baco, o hijas de Océano, o hermanas de las Pléyades, cfr. A- Ruiz de Elvira (1975) 477.

382. Las Osas jugaban un importante papel en la navegación; los marinos de la antigüedad se guiaban por las constelaciones polares en las travesías; los fenicios lo hacían por la Osa Menor, más cercana al Polo, y los griegos por la Mayor, más brillante.

383. Ovidio en I 56-66 nos ha dicho que Euro se retiró al Este, Zéfiro al Oeste, Bóreas al Norte y Austro al Sur; Vitruv. I 6, 4 habla de veinticuatro y en 5 de tan sólo ocho, haciendo referencia a la Torre de los Vientos de Atenas, e Isidor. *Etym.* XIII

11. 3-13 enumera doce.

384. En el *Hymn. hom. VII* Baco no aparece en estado de embriaguez.

385. En el *Hymn. hom I a Dioniso* es uno de los lugares citados como posible cuna del dios, si bien su culto en esta isla no aparece atestiguado hasta época helenística, por más que la relación del dios con ella está en la leyenda de Ariadna y Baco.

386. Así en *Hymn. hom. VII* 37-40.

387. Se metamorfosea, al igual que sus compañeros, en delfín. Para todo ello, véase H. Herter (1980).

388. Todos los nombres del catálogo de marineros tirrenos aparecen también en Hyg. *Fab.* 134 a excepción de Proreo y Etalión y con la adición de Simón.

389. Nombre mítico de Naxos.

390. Según D'Anna (1959) 221-226, desde el v. 696 hasta la muerte de Penteo Ovidio seguiría el *Penteo* de Pacuvio, sin descuidar las *Bacantes.*

391. La relación del Citerón con los ritos báquicos es un tópico en la poesía augústea.

392. En Eur. *Bacch.* 1118 ss., Penteo inicia sus súplicas dirigiéndose a su madre.

IDILIOS
TEOCRITO

IDILIO XXVI

LAS BACANTES

Argumento

Nárrase la muerte de Penteo, rey de Tébas, á manos de su propia madre y sus tías, que celebraban frenéticas las fiestas de Baco. Ovidio trae la misma historia en el libro tercero de las *Metamorfosis*.

Ino bella, Autonóe, y Agave[1]
De mejillas cual pomas rosadas,
Hácia el monte conducen formadas
Tres falanges[2], pues ellas son tres.
Y con hojas de encina silvestre,
Con humilde gamon y con hiedra
Doce altares adornan, de piedra,
En un campo sin flor ni ciprés.

Nueve altares dedican á Baco;
A Semele[3] consagran el resto:
Reverente cada una del cesto
Las ofrendas que lleva sacó.
Y en las aras recién erigidas
Las colocan rezando plegarias
En la guisa y las órdenes várias
Que ama Baco y que Baco enseñó.

Observábalo todo Penteo[4]
En la cumbre de altísimo risco,
Escondido tras viejo lentisco
Que produjo la tierra feraz.
Autonóe lo ve la primera:
Hondo grito terrífica lanza,

Y perturba la Báquica danza
Tras Penteo corriendo tenaz.

Huye aquél: que á los ojos profanos
Es vedado mirar á la Orgía.
A ella agita furiosa manía,
Y á las otras igual frenesí.
Y la túnica alzando hasta el muslo,
Y del manto ciñendo la cauda,
En carrera lanzándose rauda
Por el monte van fuera de sí.

Y lo alcanzan; y él tiembla de miedo
Y les dice: *¿Qué os falta, mujeres?*
Y Autonóe: *Sabrás lo que quieres*
Sin poder nuestra réplica oír.
Sobre el hijo la madre se arroja;
La cabeza separa del tronco:
Da un rugido la víctima ronco,
Cual leona que ruge al parir.

Ino luégo se acerca furiosa,
Y la espalda y el hombro le arranca;
Con las piernas formando palanca
En el vientre le clava los piés.
De Autonóe no es ménos la furia;
Y los huesos quebrando en pedazos,
De la carne los rojos retazos
Se disputan las otras después.

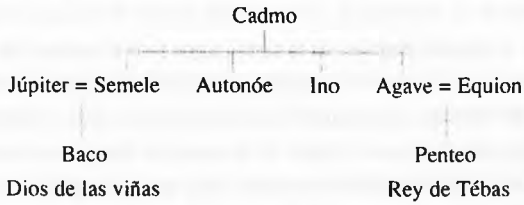
Luto en vez de Penteo trayendo,
Destilando sus cuerpos y ropa
Negra sangre, la Báquica tropa
Retornó á la Tebana Ciudad.
Más no digo. Ninguno de Baco
A las iras se exponga, ni inquiera
Más atroz su martirio si fuera
Y á los ocho ó nueve años de edad[5].

Males vienen del malo á los hijos;
Bienes llueven al hijo del justo:
Esta máxima agrada al augusto
Soberano, de Olimpo Señor.
Seré santo, á los santos placiendo,
Viva Baco, á quien Jove sagrado
Colocó en el Dracano[6] nevado:
A Semele mil veces honor.

Y también á las sacras hermanas,
A las hijas de Cadmo[7] divinas,
Imitadas por mil heroínas,
Yo dirijo saludo filial.
A las obras que inspiran los Dioses
¿Quién audaz lanzará vituperios?
Los que narro inspirados misterios
No censure atrevido el mortal.

NOTAS

1. Vuelvo á poner ante todo la genealogía de los héroes y dioses de este Idilio, para mayor claridad.



2. Lo que llamo aquí *falange* es el griego *θιασος o thiasus* en latín. El monte citado es el Citeron, cerca de Tébas, donde se celebraban las Fiestas en honor de Baco, y al cuál iban formadas en hileras las mujeres que componían la procesión.´

3. Semele, aunque mortal al principio, como sus hermanas, fué después deificada. Según la tradición de los gentiles, Baco fué el primero que enseñó la Religión y es-

tableció los ritos y ceremonias que a ella pertenecían. Ovidio, en los *Fastos*, lib. 3.º dice de Baco:

Ante tuos ortus, aræ sine honore fuerunt.

4. Las fiestas de Baco eran llamadas por excelencia *Orgias*, y los desórdenes, obscenidades y enormes vicios que con pretexto de los sacrificios Bacanales se cometían, no han tenido igual en la historia de la prostitución. Los Romanos, nada escrupulosos por cierto, y que permitían los licenciosos sacrificios de Vénus y de Flora; los Romanos mismos, como narra Tito Livio, prohibieron las Orgías en toda Italia. Baco en persona las introdujo en Tébas a su vuelta de la India, y como vemos, sus tres tías las adoptaron con entusiasmo, y arrastraron en pos de sí á infinidad de mujeres. El rey Penteo quiso poner coto á tamaño desorden; pero engañado por su divino pariente, nada pudo lograr. Entónces decidióse á observarlo todo por sí mismo, y subió secretamente al Citeron, donde su propia madre y tías le dieron la terrible muerte que aquí se describe.

5. Ambiguo sobre manera es este pasaje en el original, y ambiguo lo he dejado en la versión. Escalígero lo explica así, leyendo también el texto de diverso modo: «Los que han obrado peor que Penteo, no llegarán al nono ó décimo año (desde el momento que ofendieron á Baco) sin experimentar la divina venganza.» Otros interpretan de este modo: «Ni á mí mismo me importa saber más, ni ninguno otro se haga hostil á Baco inquiriendo más de lo justo, aún cuando Penteo hubiere sufrido mayores tormentos, y (no ya hombre formado y fuerte, sino) siendo niño de ocho á nueve años (hubiera caído víctima de su propia madre).» Esta interpretación me agrada más; pero no me satisface del todo.

6. Habiendo tenido Semele el triste honor de agradar á Júpiter, que la visitaba en secreto ocultando su divinidad, la celosa Juno le inspiró dudas acerca del rango de su amante, y la instigó á pedirle con insistencia que se le presentase tal cual era en el cielo. Cedió Jove al antojo de su amada, y ésta quedó, no sólo deslumbrada por la majestad del Tonante, sino también consumida por sus rayos. Hallábase entonces en su sexto mes; y librando Júpiter de la muerte al fruto de sus amores, lo cosió á su muslo, y suplió los oficios de madre, hasta que se cumplieron las nueve lunas de costumbre. Nació entonces el niño, y Júpiter lo colocó en el monte Dracano, lo nombró Dionisio ó Baco, y por medio de Mercurio lo envió a su tía Ino para que lo amamantara.

7. Increíble es en verdad el número de frenéticas *heroínas* que imitando á las tres hienas, que no mujeres, cuyas crueles hazañas acabamos de ver, tomaban parte en las Bacanales, cuya sombra nos queda aún en las fiestas del Carnaval. Al leer en los autores la triste descripción de las atrocidades é infandos actos de desenfrenada licencia cometidos precisamente por el sexo que se llama débil y hermoso, apenas

damos crédito á tan vergonzosas historias. ¡Sin embargo, eran esos misterios institución divina, y como nos manda el poeta, no había que censurar las obras de los Dioses!

HIMNOS HOMÉRICOS
HOMERO (ATRIBUIDO)

HIMNO VII

A DIONISO

Voy a conmemorar de Dioniso, el hijo de la gloriosísima Sémele, cómo apareció junto a la orilla del límpido[9] mar en un promontorio avanzado, en la figura de un varón joven, en su primera adolescencia. Hermosos ondeaban en redor suyo los oscuros cabellos. El manto que llevaba sobre sus robustos hombros era de púrpura.

De pronto, unos hombres surgieron raudamente de una nave bien provista de bancos, sobre la mar vinosa: unos piratas tirrenos[10]. ¡Mal destino los guiaba! Al verlo, intercambiaron señales con la cabeza. Al punto saltaron a tierra y, tras apoderarse en seguida de él, lo instalaron en su nave, regocijados en su corazón. Se figuraban, en efecto, que era un hijo de reyes vástagos de Zeus y querían atarlo con terribles ligaduras. Pero las ataduras no conseguían retenerlo, y los mimbres caían lejos de sus manos y pies. Mas él permanecía sentado con una sonrisa en sus ojos garzos. El timonel, al percatarse, llamó en seguida a sus camaradas y les dijo:

—¡Infelices! ¿Qué dios es éste al que pretendéis atar, tras haberlo capturado, poderoso como es? Pues ni siquiera puede soportar su peso la nave bien construida. De seguro que éste, o bien es Zeus o Apolo el del arco de plata, o Posidón, puesto que no es semejante a los hombres mortales, sino a los dioses que poseen olímpicas moradas. Ea, dejémoslo, pues, en la oscura tierra firme en seguida, y no le pongáis las manos encima, no sea que, irritado por algo, suscite vientos terribles y enorme tempestad.

Así dijo. Pero el capitán lo reprendió con acerbas palabras:

—¡Infeliz! Atiende a la brisa favorable e iza conmigo la vela de la nave asiendo las jarcias todas, que de él se ocupará la tripulación. Espero que llegará a Egipto o a Chipre o junto a los Hiperbóreos o más allá. Y al final nos descubrirá alguna vez a sus amigos y todos sus bienes, así como a sus parientes, puesto que una divinidad lo puso a nuestro alcance.

Dicho esto, arbolaba el mástil y la vela de la nave. Sopló el viento el centro de la vela y a uno y otro lado tendieron las jarcias.

Pero bien pronto se mostraron ante sus ojos sucesos prodigiosos. Lo pri-

mero, por la rauda nave negra comenzó a borbollar un oloroso vino dulce de beber y emanaba un aroma de ambrosía. De los marineros todos hizo presa el estupor cuando lo vieron.
En seguida, por lo más alto de la vela comenzó a crecer una viña de parte a parte y de ella pendían numerosos racimos. En torno al mástil se enredaba, negra, una hiedra cuajada de flores. Lleno de encanto brotaba sobre ella el fruto. Todos los escálamos tenían guirnaldas. Ellos, al verlo, exhortaban ya entonces al timonel a que acercara la nave a tierra.
Pero el dios se les transformó en un león [espantoso dentro de la nave, sobre el puente. Lanzaba grandes rugidos y, por dar señales de su divino poder, suscitó en la parte central una osa de hirsuta cerviz. Se alzó, furiosa, y el león se hallaba sobre lo alto del puente], dirigiéndoles torvas, terribles miradas. Ellos huyeron hacia popa y en torno al timonel, que conservaba su ánimo templado, se detuvieron atemorizados.
Mas de repente el león, de un salto, hizo presa en el capitán. Los demás, cuando lo vieron, para librarse de un funesto destino, saltaron todos a la vez por la borda, hacia la mar divina, y se tornaron en delfines. Del timonel en cambio se apiadó. Lo contuvo, lo hizo del todo feliz y le dijo estas palabras:
—Ten ánimo, padre divino, grato a mi corazón. Soy Dioniso, el de poderoso bramido. La madre que me engendró fue la cadmea Sémele, tras haberse unido en amor a Zeus.
¡Salve, hijo de Sémele, la de hermoso rostro. Que en modo alguno es posible, olvidándose de ti, componer un dulce canto!

NOTAS

9. 'Límpido' es una traducción conjetural de *atrúgetos*, cf. *Himno* II 67.
10. Habitantes de Lemnos e Imbros, piratas por antonomasia.

METAMORFOSIS
OVIDIO

LIBRO IV

BACO

Pero la hija de Minias[393], Alcítoe, piensa que no deben ser aceptados los misterios[394] del dios, sino que, todavía imprudente, niega que Baco sea descendiente de Júpiter y tiene a sus hermanas como cómplices de la irreverencia. Había ordenado el sacerdote celebrar un día festivo y que las sirvientas y las señoras, libres de sus ocupaciones, cubrieran sus pechos con una piel[395], que soltaran las cintas de sus cabellos, que pusieran guirnaldas en sus cabezas, que llevaran en sus manos tirsos enramados, y había profetizado que sería cruel la cólera de la divinidad injuriada. Obedecen las madres y las nueras y abandonan las telas, los cestos y la tarea sin acabar[396] y ofrecen inciensos[397] y lo invocan como Baco, Bromio[398], Lieo, hijo del fuego, nacido dos veces y el único con dos madres: se añade a éstos Niseo, Tioneo el de largo cabello, y con Leneo, plantador de la uva placentera, Nictelio y padre Eleleo, Iaco y Euhan y además los múltiples nombres que tienes tú[399], Líber, por los pueblos griegos; pues tu juventud no se consume[400]. Tú eres eternamente niño. Por ti ha sido vencido el Oriente hasta donde la India, de color alterado, es bañada por el Ganges en el confín del mundo[401]. Tú, digno de ser honrado, castigas con la muerte a los sacrílegos Penteo y Licurgo, el del hacha de dos filos[402], y arrojas al mar los cuerpos tirrenos; tú oprimes los cuellos, engalanados con bridas variopintas, de tu tiro de dos linces. Te siguen las Bacantes y los Sátiros[403] y el anciano que, ebrio, sostiene sus titubeantes miembros y se sujeta no muy fuertemente al encorvado asno[404]. Por dondequiera que caminas, un griterío juvenil y a la vez las voces de las mujeres y los tamboriles golpeados con las manos y los cóncavos bronces y el boj de amplios agujeros resuenan[405].

LAS MINIEIDES

Las Isménides ruegan: «Asiste pacífico y benigno», y cumplen los sacrifi-

cios ordenados; solamente las hijas de Minias están en casa enturbiando los festejos con una inoportuna Minerva[406], o tiran de la lana o giran los hilos con el pulgar o están pegadas a la tela, o apremian a sus siervas con el trabajo; una de éstas, estirando el hilo con su suave pulgar, dice: «Mientras las otras están ociosas y celebran unos sacrificios inventados, también nosotras, a las que Palas, la mejor de las diosas, ocupa, aligeremos la útil tarea de las manos con entretenida conversación y alternativamente lancemos a los desocupados oídos algún relato que permita que el tiempo no parezca interminable.» Aprueban sus palabras las hermanas y ordenan que ella comience el relato la primera; ella piensa qué puede contar de entre muchos relatos (pues conocía muchísimos)[407] y duda de si hablar acerca de ti, babilonia Dércetis[408], de la que creen los palestinos que, con figura cambiada con escamas que ocultaban sus miembros, había removido las lagunas[409], o si, más bien, de cómo la hija de aquélla, tras haber adoptado alas, pasó sus últimos años en blancas torres[410], o cómo una náyade con su canto y con hierbas de extraordinario poder convirtió unos cuerpos de jóvenes en callados peces[411], hasta que ella sufrió lo mismo[412], o cómo el árbol que producía blancos frutos los produce ahora negros por el contacto de la sangre. Le agrada esto; puesto que este relato no es conocido del vulgo[413], comenzó de tal manera mientras la lana seguía sus hilos:

(...)

LAS MINIEIDES

Había llegado el fin de los relatos[440], pero todavía las hijas de Minias insisten en su tarea y desprecian al dios y profanan su festividad, cuando de repente unos invisibles tambores las importunaron con roncos redobles y resuenan la trompeta de curvo cuerno y sonoros bronces y la mirra y el azafrán esparcen su olor; la realidad supera lo creíble: los telares comenzaron a reverdecer y los tapices que colgaban a echar hojas a modo de hiedra; unos se convierten en vides y lo que hace poco eran hilos se transforman en sarmientos; de la urdimbre brota el pámpano; la púrpura adapta su resplandor a las coloreadas uvas. Y ya había acabado el día y llegaba el momento que tú no podrías llamar ni tinieblas ni claridad, sino más bien el límite de la indecisa noche con el día; de repente parece que la casa es agitada y que arden grasientas antorchas y la mansión se ilumina de rojos

fuegos y que aúllan falsas imágenes de crueles fieras. Al instante las hermanas se esconden por la casa llena de humo y, esparciéndose por diferentes lugares, evitan los fuegos y las luces, y, mientras buscan las tinieblas, una membrana se extiende por sus pequeños miembros y encierran sus brazos con una ligera ala; y las tinieblas no les permiten saber por qué motivo han perdido su antigua figura. No las alzó ninguna pluma, sin embargo, se sostuvieron con transparentes alas y, al intentar hablar, dejan salir una voz apenas apreciable y de acuerdo con su cuerpo y emiten ligeras quejas con su chillido, y frecuentan las casas, no los bosques, y odiando la luz vuelan de noche y tienen un nombre sacado del crepúsculo vespertino[441].

(...)

NOTAS

393. Rey de Orcómeno en Beocia.

394. *orgia*, misterios y sacrificios propios de Baco; sobre la relación de este pasaje y las fiestas romanas en honor de Líber, cfr. H. Cancik-Lindemaier/H. Cancik (1985) 47-60.

395. Es la nébride o piel de corzo, con la que también se cubre Baco.

396. Según H. Cancik/H. Cancik (1985) 45, aquí y en los vv. 32-35 hay una alusión irónica al programa de Augusto sobre las costumbres de las mujeres.

397. Aquí, v. 11, comienza un himno a Baco que según F. Bömer *ad loc.* (siguiendo a E. Norden (1913) 154) se estructura en cuatro partes: 1) leyenda del nacimiento (11-12), 2) epiclesis (12-16), 3) fórmulas genéricas (16-19) y 4) aretalogía (20-30). Los Cancik (1985) 57 establecen una estructura tripartita: *nomina, virtutes y thiasos;* J. Danielewicz (1990), considera los vv. 30-32 pertenecientes al himno, al que dedica un estudio pormenorizado sobre sus fuentes, estructura e innovaciones de Ovidio.

398. Para las epiclesis de Baco, cfr. A. Ruiz de Elvira (1975) 177-178, y F. Bömer *ad loc.*

399. Fórmula típica de los himnos culturales romanos que Ovidio aprovecha para introducir el nombre latino del dios.

400. Desde esta expresión, en el v. 17, donde aparece «tú», E. Norden (1913) 150 ss., seguido por F. Bömer, considera que es Ovidio el que entona el himno, mientras que J. Danielewicz (1990) 76 ss. opina que sigue estando en boca de las Isménides, basándose sobre todo en los vv. 31-32.

401. Con el Ganges se acababa el mundo conocido, de ahí que sigamos a F. Bömer al traducir *extremo*.
402. Alusión a tres castigos: los de Penteo y los marineros tirrenos ya han sido referidos en el libro III, mientras que del de Licurgo no se habla en las *Metamorfosis*, pese a ser conocido desde Homero y muy tratado por los trágicos; sobre el castigo a Licurgo cfr. A. Ruiz de Elvira, (1975) 182.
403. Sobre ellos cfr. la nota 46 del libro I.
404. Sileno, del que hablará en XI 89 ss. y cuya proverbial ebriedad la pone de relieve Ovidio en *Ars* I 542-548, cuyo eco tenemos aquí.
405. Los mismos ritos que los descritos en III 532-537 salvo que la flauta de cuerno aquí es de madera de boj. Tienen mucho en común con los sacrificios en honor de Cibeles.
406. Metonimia por trabajos del hogar, a los que se dedicaban las matronas romanas junto con sus siervas al atardecer y, como las Minieides y a lo largo de la historia, entretenían sus labores con relatos; cfr. nota 396.
407. Todos los relatos de las Minieides, tanto los aludidos mediante el recurso de la *praeteritio* como los desarrollados, son leyendas orientales de las que no se sabe si podían estar recogidas en algún precedente helenístico que Ovidio utilizara. Es significativo que se desarrollen en lugares que Baco, el dios ultrajado por ellas, ha recorrido en sus campañas; hay también lo que O. S. Due (1974) 130 llama una ironía «trágica», pues los relatos de metamorfosis están en boca de unas jóvenes que también van a ser metamorfoseadas, como veremos en 391-415.
408. Dércetis o Dérceto es una divinidad siria metamorfoseado por Afrodita en un pez según Ctesias Jac. 688F1 (= Diod. II 4, 2). De sus amores con un joven de la ciudad siria de Ascalón, instigados por Afrodita-Astarté, nacería Semíramis, tal como vemos entre otros en Luc. *De dea syr.* 14. Que Ovidio mencione a los palestinos se debe a que Palestina en la época de Augusto pertenece a la provincia de Siria, cfr. F. Bömer *ad loc.*
409. Éste es el único personaje femenino de toda la mitología clásica cuya metamorfosis responde a la figura de las sirenas tal como las conocemos en la actualidad: cuerpo de doncella y cola de pez.
410. Semíramis se convierte en paloma en Ctesias y Luciano; tal metamorfosis mantiene la relación de esta joven y su madre con la diosa Afrodita, a la que le están dedicadas las palomas. Para todo lo referente a la leyenda de Semíramis y su papel de protagonista de diversas novelas, como la de *Nino*, véase F. Bömer *ad loc.*
411. Este es el origen del pueblo de los Ictiófagos según Nearco Jac. 133F1.
412. Onesícrito (Jac. 134F28) es el único que habla de la metamorfosis de esta náyade.
413. No se conoce, en efecto, ningún relato anterior de la leyenda de Píramo y Tis-

be, que, sin embargo, tanta fortuna tendrá a lo largo de la historia, como lo demuestran la novela medieval *Piramus et Tisbé o Romeo y Julieta* de Shakespeare.

440. Relatos que, según V. Pöschl (1959) 298-299, pasan de la oscuridad (Píramo y Tisbe) a la luz y claridad (Sálmacis-Hermafrodito). Para otras interpretaciones de cómo enlaza Ovidio estos relatos, cfr. O. S. Due (1974) 130-131.

441. Se han convertido en murciélagos: *vespertilio,-onis*.

FASTOS
OVIDIO

LIBRO I (ENERO)

(...)

CLASES DE VÍCTIMAS

(...)

Vi que los sapeos y quienquiera que habita en tus nieves, Hemo, ofrecían entrañas de perros a la Trivia[55]. También se sacrifica un asnillo para el envarado guardián del campo[56]; el motivo desde luego da pudor, pero con todo es apropiado al dios. Grecia celebraba las fiestas de Baco, el que lleva los pámpanos, que cada tres inviernos[57] vuelven en la época acostumbrada. A las mismas vinieron también los dioses que adornan a Lieo[58], y quienquiera que no fuese ajeno a las chanzas: los Panes y los jóvenes Sátiros, proclives a Venus, y las diosas que habitan los ríos y los campos solitarios. Llegó también el viejo Sileno en su asno de lomo hundido y aquel colorado que espanta con su miembro a los pájaros asustadizos. Todos ellos hallaron un bosque adecuado para el dulce festín y se acomodaron en asientos, vestidos de muelle hierba. Líber[59] repartía el vino, cada cual se había traído su corona, un arroyo suministraba abundante agua para mezclar. Presentes estaban las Náyades; unas, con el pelo suelto sin hacer uso del peine, otras, con el pelo arreglado por las manos y por el arte. Ésta sirve con la túnica recogida por encima de las pantorrillas, la otra con escote en el pecho por no haberse cosido los pliegues. Ésta deja fuera el hombro, aquélla lleva su vestido rozagante por las hierbas; ningún lazo embaraza sus tiernos pies. De un lado, las unas provocan amables volcanes en los sátiros, las otras, en ti[60], el que llevas las sienes ceñidas de pino. A ti también, Sileno, de pasión inextinguible, te abrasan: tu lujuria es la que no te deja ser viejo. Por su parte el colorado Priapo, ornato y tutela de los jardines, de todas ellas, se había dejado cautivar por Lótida: ésta ansía, a ésta desea, por ella sola suspira y le hace señales con la cabeza y la requiebra con signos. Las guapas son desdeñosas y la arrogancia acompaña a la belleza: después de reírse de él le lanza miradas de desprecio. Era de no-

che, y como el vino provoca el sueño, todos estaban echados en distintos lugares, vencidos por la modorra. Lótida, cansada como estaba de brincar, se echó a descansar muy lejos en el suelo herboso, debajo de las ramas de un arce. Se levanta su enamorado y conteniendo el aliento dirige sus pasos furtivos y silenciosos, caminando de puntillas. Cuando llegó al lecho apartado de la nívea ninfa, se cuida de que no suene el aliento mismo de su propia respiración. Y ya se balanceaba sobre sus pies en la hierba limítrofe, pero ella era presa de un sueño profundo. Experimenta el goce y quitándole la saya de las piernas, se encaminaba a lograr sus deseos por camino bienaventurado. He aquí que el asnillo, portador de Sileno, se puso a lanzar intempestivos rebuznos de su ronca boca. La ninfa se levanta asustada y aparta a Priapo con las manos, y al huir despierta a todo el bosque. Y el dios, excesivamente preparado también con sus partes obscenas, era la risa de todos a la luz de la luna. El causante del griterío pagó su castigo con la muerte, y ésta es la víctima grata para el dios del Helesponto[61].

(...)

NOTAS

55. Trivia es Diana; los sapeos son una tribu de Tracia, donde se localiza también el monte Hemo.
56. Priapo, dios de los jardines.
57. Fiesta bienal, según nuestro cómputo.
58. Epíteto del dios del vino, Baco o Dioniso.
59. Dios indígena itálico de la fertilidad, identificado por griegos y romanos con Baco.
60. El dios Pan.
61. Priapo.

LIBRO III (MARZO)

(...)

Día 8: La Corona

Inmediatamente, al llegar la noche, verás la Corona gnosia. Se convirtió en diosa por el crimen de Teseo[243]. Ya había cambiado felizmente a su perjuro esposo por Baco, ella, que había dado a su desagradecido esposo hilos para recoger; gozándose con su lote de amor, dijo: «¿Por qué lloraba, tonta de mí? Aquel esposo infiel me ha resultado útil». Entretanto Líber[244] había conquistado a los indios repeinados y había vuelto enriquecido del continente de la aurora. Entre las muchachas cautivas de rostro hermoso, la hija del rey resultaba particularmente agradable a Baco. La enamorada esposa lloraba, y paseando por la sinuosa playa dejó oír, con el pelo desgreñado, tales palabras: «¡Ea, olas, escuchad de nuevo quejas semejantes! ¡Ea, arena, recibe de nuevo mis lágrimas!». Recuerdo que decía: «¡Teseo perjuro e infiel!», y él se marchó. De las mismas acusaciones es objeto Baco. Ahora además gritaré: «¡Que las mujeres no confíen en los hombres!». Cambiando el nombre mi causa se ha repetido. ¡Ojalá que mi suerte se hubiese ido por donde ya había comenzado, y ya no existiría yo en el momento presente! ¿Por qué me salvaste de morir en las arenas desiertas, Líber? Hubiera podido dejar de sufrir de una vez. ¡Baco ligero, más ligero que las hojas que ciñen tus sienes! ¡Baco conocido para hacerme llorar! ¿Te has atrevido a perturbar un amor tan bien compaginado, trayéndome una rival ante mis propios ojos? ¡Ay!, ¿dónde está la fidelidad prometida? ¿Dónde los juramentos que solías hacer? Desgraciada de mí, ¿cuántas veces tendré que decir estas palabras? Recriminabas a Teseo y lo llamabas embustero; según tu propio juicio tu falta es más vergonzosa aún. ¡Que nadie conozca esto, déjeme yo abrasar con dolores callados, que no piensen que he sido digna de que me engañaran tantas veces! Querría principalmente ocultárselo a Teseo, para que no se alegre de que tú seas el copartícipe de su propia culpa. Según pienso, has preferido una rival blanca[245] antes que a mí morena. ¡Ojalá se les ponga ese color a mis enemigos! Pero, ¿qué importancia tiene esto? Ella te es más agradable por su propia falta. ¿Qué estás haciendo? La otra mancilla tus abrazos. Baco, presta fidelidad y no prefieras a ninguna antes que el amor de tu esposa. Siempre he tenido por costumbre amar al marido. A mi madre cautivaron los

cuernos de un toro hermoso[246]; a mí, los tuyos. A mí me alaban, aquél fue un amor vergonzoso. Que el amor no me haga daño; tampoco a ti, Baco, te hizo daño el haberme confesado tú mismo tu pasión. Ni porque yo me abrase es milagroso lo que haces: se dice que naciste en el fuego y que la mano de tu padre te arrebató del fuego[247]. Yo soy aquella a la que tú acostumbrabas a prometer el cielo. ¡Ay de mí, en lugar del cielo, qué regalos me llevo!». Esto fue lo que dijo. Ya hacía tiempo que Líber escuchaba las palabras de la doliente, pues casualmente la había seguido a sus espaldas. Se abalanza a abrazarla y le seca las lágrimas con sus besos, y le dice: «Encaminémonos juntos a las alturas del cielo. Tú, que has estado unida a mí en el lecho, tendrás un nombre unido al mío, pues llevarás el nombre de Líbera[248], al ser transformada; y haré que contigo esté el recuerdo de tu corona, la que Vulcano dio a Venus, y ésta a ti». Cumplió su palabra y transformó las gemas en nueve fuegos. Ahora la corona brilla como el oro mediante las nueve estrellas.

Día 17: La Fiesta de Baco

El tercer día después de las Idus es la celebración mayor de Baco: asiste al poeta, Baco, mientras canto tu festival. Pero no voy a hablar de Sémele[266]: si Júpiter no le hubiera llevado rayos consigo, habrías sido un pequeño indefenso. Ni tampoco de que, para que pudieses nacer como un muchacho a su debido tiempo, la función de la madre fue completada con el cuerpo del padre. Es largo contar los triunfos sobre los sítones[267] y los escitas y la dominación de tus pueblos, indio cargado de incienso. Tampoco hablaré de ti[268], cuando fuiste mala presa de su madre tebana, ni de Licurgo, a quien las Furias empujaron contra su propia rodilla[269]. He aquí que me gustaría hablar de los peces repentinos y de los prodigios tirrenos[270], pero no es objeto de este poema. El objeto de este poema es exponer las causas por las que una humilde vieja vocea sus tortas entre la gente. Antes de tu nacimiento, Líber, los altares estaban sin honores y se encontraba hierba en los fuegos fríos. Cuentan que tú apartaste las primicias para el gran Júpiter, una vez sometido el Ganges y todo el Oriente. Tú fuiste el primero en ofrecerle cínamo e incienso que habías confiscado y las entrañas braseadas de un buey paseado en triunfo. Del nombre de su iniciador llevan el nombre las libaciones *(libamina)* y las tortas *(liba)*, porque, a ejemplo suyo, se asigna una parte a los sagrados fuegos. Se hacen tortas para el dios porque también él se alegra con los juegos dulces y se dice que Baco descubrió la miel.

Marchaba desde el Hebro arenoso, en compañía de los sátiros (mi narración tiene también bromas agradables), y ya habían llegado al Ródope y al florido Pangeo[271]. En las manos de los acompañantes resonaron los címbalos. He aquí que unos nuevos alados se reunieron atraídos por el estrépito, y los chasquidos que promovía el cobre los seguían las abejas. Líber las recogió de su vagabundeo y las encerró en un árbol hueco, y recibió la recompensa de haber hallado la miel. Cuando los sátiros y el ágil viejo[272] gustaron el sabor, buscaban por todo el bosque los rubios panales. Oyó el viejo el zumbar de un enjambre en un olmo carcomido, vio también las ceras, y se hizo el desentendido. Y conforme estaba sentado indolentemente a lomos de un asnillo pandeado, lo arrimó al olmo y a su tronco hueco. Él a su vez se acomodó, apoyado encima del tronco ramoso, y buscó codiciosamente la miel escondida en el tronco. Miles de zánganos se juntaron y clavaron sus aguijones en su cabeza monda y dejaron sus marcas en la cara achatada. Cayó de cabeza, y le hirió el asno con los cascos, y llamó a gritos a los suyos, implorando auxilio. Los sátiros llegaron corriendo y se echaron a reír de la cara tumefacta del padre. Como se había golpeado la rodilla caminaba cojeando. El mismo dios se rió, e hizo señas de que le pusieran barro. Uno de ellos obedeció el consejo y le untó la cara de barro. El padre[273] disfruta de la miel y con justicia ofrecemos a su descubridor mieles rubias incorporadas en la torta caliente. Por qué la amasa una mujer, no es de ciencia secreta: él estimula con el tirso coros de mujeres. ¿Me preguntas por qué hace esto una vieja? Nuestra época es proclive al vino y gusta del don de la vid pesante. ¿Por qué se ciñe de hiedra? La hiedra es lo más agradable a Baco; decir también por qué es esto así no lleva ningún tiempo. Cuentan que las ninfas de Nisa, en ocasión en que la madrastra[274] buscaba al niño, pusieron delante de la cuna ramas de hiedra. Me resta descubrir por qué se da a los niños la toga de la libertad en tu día, Baco refulgente. Será, bien porque tú pareces siempre un niño o un joven, y tu edad es intermedia entre el uno y el otro, o bien porque tú eres padre y los padres encomiendan a sus hijos, sus prendas queridas, a tu cuidado y protección. O bien porque eres Líber se echa mano también en tu nombre de un vestido de libertad y se emprende el camino de una vida más libre. ¿O será porque, cuando los primitivos cultivaban los campos con mucho empeño, y el senador realizaba su trabajo en el campo paterno, y el cónsul tomaba las insignias nada más abandonar el corvo arado, y no era baldón tener las manos endurecidas, el pueblo campesino venía a la ciudad al festival (pero aquel honor se concedía a los dioses, no al favor popular): en su día celebraba el descubridor[275] los juegos de

la uva, que ahora comparte con la diosa que lleva la antorcha[276] con el objeto de que la multitud pudiese festejar al bisoño, pareció que ese día no era inapropiado para dar la toga? ¡Padre, dirige aquí tu amable cabeza y tus cuernos aplacados, y despliega favorablemente las velas de mi inspiración! Van a los Argeos (quiénes sean, lo dirá la página correspondiente)[277] este día, si recuerdo bien, y el día anterior.

NOTAS

243. Andrógeo, hijo del rey de Creta, Minos, fue muerto en el Ática, por lo que se les impuso a los atenienses entregar cada año catorce jóvenes de ambos sexos, para ser muertos. Teseo se ofreció voluntario y fue ayudado en Creta por la hija de Minos, Ariadna, a la que prometió casarse con ella; mas no cumplió su promesa, abandonándola en la isla de Naxos, donde la encontró Baco (Dioniso), que se casó con ella y le regaló una corona, que luego fue catasterizada por Zeus.
244. Véase I 403.
245. Irónico, por cuanto los romanos tenían a los indios por negros.
246. Pasífae, madre de Ariadna, se enamoró de un toro con el que concibió un monstruo llamado Minotauro. Baco es representado a su vez con cuernos.
247. Sémele, madre de Baco, pidió a Júpiter, de quien estaba encinta, que la visitase. El rayo de Júpiter prendió en Sémele y el dios extrajo a Baco de las llamas.
248. Ovidio identifica la heroína griega Ariadna con la diosa romana Líbera.
266. Véase n. 246 al v. 504.
267. Pueblo del sur de Macedonia.
268. Se refiere a Penteo, rey de Tebas, quien, por no creer en el dios Baco, fue despedazado por su madre Ágave y las demás bacantes.
269. Licurgo era rey de los edonios –pueblo tracio–, que, por insultar a Baco, se volvió loco y mató a su hijo, después de lo cual se cortó las piernas por la rodilla.
270. Los piratas tirrenos capturaron a Baco, quien los convirtió en delfines.
271. El Hebro era el río más grande de Tracia; el Ródope y el Pangeo, dos de sus montañas.
272. Sileno, compañero de los sátiros.
273. Líber o Baco.
274. Juno.
275. Baco.
276. Ceres.
277. *Fastos* V 621 ss.

ERÍGONE*
APOLODORO

LIBRO III 14; 7

Pandión

Cuando murió Erictonio, que fue inhumado en el mismo recinto de Atenea, ocupó el trono Pandión[230]; durante su reinado llegaron al Ática Deméter y Dioniso. Pero a Deméter la acogió Celeo en Eleusis[231], y a Dioniso, Icario, que recibió del dios una cepa y aprendió la fabricación del vino. Icario, deseoso de compartir con los hombres los dones del dios, se acercó a unos pastores; éstos gustaron la bebida y, una vez que sin mezclar agua hubieron bebido con abundancia y placer, creyéndose embrujados lo mataron. Con el día, recobrada la sensatez, le dieron sepultura. Cuando Erígone buscaba a su padre, una perra doméstica de nombre Mera, que solía acompañar a Icario, le descubrió el cadáver; y aquélla, llorando por su padre, se ahorcó[232].

NOTAS

*. Nota de Referencias: Erígone: (...) "Dionisio se vengó enviando a los atenienses una plaga singular: las doncellas de Atenas, enloquecidas se ahorcaban. Se consultó el oráculo de Delfos, y respondió que el dios vengaba de este modo la muerte de Icario y Erígone, que había quedado impune. Entonces los atenienses castigaron a los pastores delincuentes e instituyeron en honor de Erígone una fiesta en la cual se colgaban algunas muchachas de los árboles. Posteriormente, las jóvenes fueron sustituidas por discos, en los que estaban representados rostros humanos. Tal es el legendario origen del rito de los *oscilla*, practicado también en Roma y toda Italia durante las Liberalia, fiestas de Liber Pater, el Dionisio italiano." (*Mitología griega y romana*. Pierre Grimal)

230. Cf. PAUSANIAS, I 5, 3.

231.Cf. I 5, 1.

232. Zeus catasterizó a Erígone en Virgo, a Icario en el Boyero y a la perra en la Canícula. Los atenienses celebraban una fiesta como expiación por el ahorcamiento de Erígone: las jóvenes se balanceaban en columpios, colgando además

de los árboles figurillas que eran movidas por el viento. Cf. HIGINO, *Fáb.* 130; id. *Astr.* II 4. FRAZER anota que la muerte así expiada era, según otros mitógrafos, la de Erígone hija de Egisto, que se había suicidado tras la absolución de Orestes. Cf. *Epítome* 6, 25.

Instituciones Oratorias

Quintiliano

En un pasaje de su Escrito *"Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956", Lacan señala que la determinación simbólica del sujeto debe ser considerada como un hecho de sintaxis, y que la ambigüedad inconsciente hace uso de la retórica, cuyas modalidades "se conciben difícilmente sin recurrir a los tropos y figuras, éstas de habla o escritura, tan de veras como en Quintiliano, y que van desde el accismo y la metonimia hasta la catacresis y la antífrasis, hasta la hipálage, incluso hasta la lítote...".*

En una nota al pie, menciona la obra de Quintiliano precisando los capítulos pertinentes.

También en el primer apartado de "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud". "El sentido de la letra", se refiere al retórico latino a propósito de introducir el concepto de metonimia tal como juega en la función significante. Y más adelante, en el apartado" la letra en el inconsciente", nos vuelve a remitir a la clasificación de tropos y figuras de estilo realizada por este autor clásico, como los más propios para etiquetar los mecanismos del inconsciente. Y se pregunta: "¿Podemos acaso no ver en ellos sino una simple manera de decir, cuando son las figuras mismas que se encuentran en acto en la retórica del discurso efectivamente pronunciado por el analizado?"

Publicamos los capítulos II y III del libro IV de Instituciones Oratorias, *de Quintiliano.*

Marcus Fabius Quintilianus (30 d.C.-100 d.C.). Instituciones Oratorias. *Libro IV. Madrid, imprenta de Perlado Páez y Cía., 1911. Traducción directa del latín por los padres de las escuelas pías Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier.*

INSTITUCIONES ORATORIAS
QUINTILIANO

LIBRO IV

CAPÍTULO II

DE LAS FIGURAS DE SENTENCIAS

I. Qué figuras sirven para probar. Interrogación. Prolepsis. Duda. Comunicación. Suspensión. Concesión.
II. Qué figuras hay acomodadas para excitar los afectos. La exclamación. Licencia. Prosopopeya. Apóstrofe. Hipotiposis. Ironía. Aposiopesis. Etopeya. Disimulo del artificio. Énfasis.
III. Explica qué cosa sea esquema (de donde las controversias se llaman figuradas), la cual se usa por tres razones. 1.ª Cuando es arriesgado el decir abiertamente lo que queremos. 2.ª Cuando no conviene. 3.ª Por solo adorno.

I. Comencemos por aquellas figuras con las cuales la prueba se hace más fuerte y convincente; cosa sencilla es el preguntar de esta manera:

Pero decidme, en fin, por vuestra vida,
¿Quién sois? ¿a qué venís? ¿de qué regiones
Salisteis? — (*En.*, I, 373.)

Mas hay figura siempre, y cuando la pregunta no se hace precisamente por averiguar, sino para dar más fuerza a lo que se dice. *Porque ¿qué hacía ¡oh Tuberón! aquella tu espada desenvainada en el campo de Farsalia? (Pro Lig.*, número 9.) Y *¿Hasta cuándo has de abusar ¡oh Catilina! de nuestro sufrimiento?* Y *¿No ves que tus designios están ya a todos patentes?* Y finalmente todo este lugar. (*Cat.*, I, número 1.) *Porque ¿cuanto más fuego tienen estas preguntas que si se dijese: Ya hace tiempo que abusas de nuestra paciencia, y están patentes tus intentos?* Preguntamos también por

otros motivos, como por aborrecimiento, al modo que Medea en Séneca:

¿A qué tierras me mandas me encamine? — (v. 453.)

O por compasión, como Sinón en Virgilio:

¿Qué tierra, ¡ay triste! Habrá que ya me pueda
En su seno admitir? ¿Qué mares pueden
Servirme de refugio? — (*En.*, II, 69.)

Esta figura admite mucha variedad, porque sirve para la indignación:

¿Y no habrá quien de Juno
La deidad reverencia? — (*En.*, I. 52.)

Y para la admiración:

¡Oh hambre del dinero,
Sacrílega y maldita,
A los mortales pechos
¿A qué males no incitas?

A veces sirve para mandar de un modo más imperioso:

¿No haré que al punto se armen escuadrones?
¿No vendrá en pos de mí todo mi pueblo?

Alguna figura hay también en la respuesta, cuando al que pregunta una cosa se le responde a otra, porque hace más al caso: unas veces para agravar el delito, como preguntado el testigo si el reo le había dado de palos, respondió: y *estando inocente*. Otras veces para evitarle, lo cual es muy frecuente. Pregunto si has quitado la vida a un hombre, y se responde: *a un ladrón*. Si te has apoderado de la heredad, responde: *de la mía*.
Mas no es desagradable la alternativa de preguntarse y responderse uno a sí mismo, como cuando dice Cicerón en defensa de Ligario: *Mas ¿en presencia de quién digo yo esto? Ciertamente ante aquel que sabiendo esto me restituyó no obstante a la república antes de verme*. De otra suerte está dispuesta la interrogación en la oración de Cicerón en defensa de Celio:

Dirá alguno: ¿Esta, pues, es la enseñanza que das? ¿De esta manera enseñas tú a los jóvenes? y todo este lugar. Después dice: *Yo, ¡oh jueces! Si alguno ha habido de esta fortaleza de ánimo, de esta natural disposición para la virtud y para la moderación,* etc. Cosa distinta de esta es cuando, después de haber preguntado, inmediatamente se responde sin esperar respuesta del otro: *¿Te faltaba casa? Pero la tenías. ¿Te sobraba dinero? Pero estabas necesitado.* La cual figura llaman algunos sujeción.

Pero en las causas sirve de mucho la ocupación, qué llaman prolepsis, cuando nos adelantamos a hacer la objeción que podían hacernos. Esta figura cae bien en las otras partes de la oración, y en particular en el exordio.

La duda da a la oración alguna probabilidad cuando fingimos que no sabemos por dónde comenzar, ni por dónde acabar, ni qué cosa diremos o callaremos; de lo que hay ejemplos a millares, pero entre tanto basta uno solo: *A la verdad, por lo que a mí toca, no sé adónde volverme. ¿Diré que no fue una infamia de un tribunal sobornado,* etc. (Cic. *Pro Cluent.*, núm. 4.)

De la cual figura no dista mucho la que llaman comunicación, cuando consultamos a los contrarios mismos, como cuándo Domicio Afro dice en defensa de Cloantila: *Pero ella, temerosa, ignora qué es lo que se le permite a una mujer soltera y qué a una mujer casada; tal vez la casualidad hizo que os encontraseis con esta infeliz mujer en aquella soledad. Tú, hermano, y vosotros, amigos de su padre, ¿qué consejo es el que le dais?* O cuando en cierto modo deliberamos con los jueces, lo que sucede muy a menudo, como: *¿Qué aconsejáis?* Y *a vosotros pregunto: ¿Qué convino hacer por último?* Como cuando dice Catón: *Decidme, ¿si vosotros os hubieses hallado en aquel lugar, qué otra cosa hubieras hecho?* Y en otra parte: *Haceos cuenta que se trata un asunto común y que vosotros sois los principales que le manejáis.*

Pero cuando usamos de la comunicación, añadimos al fin alguna vez alguna cosa no esperada, lo cual por sí es figura, como cuando Cicerón dice contra Verres: *¿Qué más? ¿Qué juicio es el que hacéis? ¿Pensáis acaso que fue algún hurto o algún robo?* (*Verr.*, VII, núm. 10.) Después, habiendo tenido por largo rato suspensos los ánimos de los jueces, añadió a lo último lo que era mucho peor. A esto lo llama Celso sustentación. Y es de dos maneras; porque, por el contrario, sucede frecuentemente que después que hemos hecho concebir esperanza de cosas muy graves, descendemos a una cosa leve o que de ningún modo agrava el delito. Pero, por cuanto no tan solamente suelen hacerse por comunicación, otros la dieron el nombre de *paradojos*, esto es, admirable o impensada.

Casi del mismo principio dimana la figura que llaman concesión que la comunicación, cuando dejamos a la consideración de los jueces algunas cosas, y otras de alguna vez también a los contrarios.

II. Mas las figuras, que son acomodadas para aumentar los afectos, se componen principalmente de la ficción. Porque fingimos que nos enojamos, que nos alegramos, que tememos, que nos admiramos, que sentimos, que nos indignamos, que deseamos y otras cosas semejantes a éstas. De aquí tienen su principio aquellas expresiones: *Ya he quedado libre de cuidado: He vuelto en mí.* (Cic. *Pro Mil.*, núm. 47.) Y *bien va*; y estas: *¿qué locura es esta?* (*Pro Mur.*, 14.) Y *¡oh tiempos! ¡oh costumbres!* (*Cat.*, I, 2.) Y, *¡Desdichado de mí! Pues consumidas las lágrimas, persevera el dolor, no obstante, clavado en el corazón.* (*Fil.*, II, 64.) Lo que algunos llaman exclamación, y la ponen entre las figuras de la oración. Siempre que estas expresiones son verdaderas, no son figuradas en el sentido de que ahora hablamos; pero siendo fingidas y compuestas con arte, deben, sin duda alguna, ser tenidas por figuras.

Lo mismo debe decirse de la oración libre que Cornificio llama licencia y los griegos *parresia*. Porque ¿qué cosa menos figurada que la verdadera libertad? Pero bajo esta apariencia se oculta frecuentemente la adulación. Pues cuando Cicerón dice en defensa de Ligario: *Comenzada la guerra ¡oh César! y aún hecha ya en gran parte, sin que ninguna fuerza me obligase, me fui por mi parecer y voluntad a aquel partido que había tomado las armas contra ti*, no sólo mira al provecho de Ligario, sino que no puede alabar más la clemencia del vencedor. Pero en aquel concepto: *Mas ¿qué otra cosa pretendimos ¡oh Tuberón! sino el poder nosotros lo que este puede?* pone admirablemente en buen estado la causa de uno y otro partido; y con esto se gana el favor del César, cuya causa había estado de mala calidad.

Aún son más atrevidas, y como dice Cicerón, de más alma las ficciones de las personas, que se llaman prosopopeyas. Porque no sólo varían la oración primorosamente, sino que también la avivan. Con estas sacamos a plaza los pensamientos aun de los contrarios, como conversando entre sí; lo cual, no obstante, no se hace tan increíble, si fingimos que han hablado, lo que no es una cosa absurda el que les haya pasado por la imaginación. E introducimos nuestras pláticas con otros y las de otros entre sí con verosimilitud; y persuadiendo, reprendiendo, dando quejas, alabando y compadeciéndonos, proponemos como conviene las personas. Y aun se permite en

esta especie de figura introducir los dioses y dar vida a los muertos. Las ciudades y los pueblos se introducen también hablando.

Pero en aquellas cosas que la naturaleza no permite, se hace más suave la figura de esta manera: *Puesto que si mi patria, a quien amo yo más que a mi propia vida; si toda la Italia, y si toda la república se explicasen conmigo en estos términos: Marco Tulio, ¿qué es lo qué haces?* (Cic. *Cat.*, I, núm. 48.) Más atrevido es aquel otro modo: *La cual* trata contigo de esta suerte; y sin hablarte nada, en cierto modo te dice: Ninguna maldad se ha hecho ya hace algunos años de que no hayas sido tú el autor. También es buena ficción la que hacemos representándonos delante de los ojos las imágenes de algunas cosas o personas, o cuando nos admiramos de que no les suceda lo mismo a los contrarios o a los jueces como: *Me parece a mí.* Y *¿No te parece a ti?* Pero estas ficciones deben ser sostenidas con una grandeza de elocuencia. Porque las cosas falsas e increíbles por naturaleza, es preciso que, o muevan más porque exceden lo que es verdad, o que se tengan por fingidas porque no son verdaderas.

Mas muchas veces fingimos también las figuras de las cosas que no la tienen, como Virgilio la de la fama (*En.* IV, 474.); como Prodico la del deleite y la virtud (según cuenta Xenofonte [1]; y como la de la muerte y la vida, las que introduce Ennio en una sátira altercando.

Cuando el razonamiento deja de dirigirse al juez, lo cual se llama apóstrofe, causa también una moción extraña; ya cuando sorprendemos a los contrarios, como: *Porque ¿qué hacía, ¡oh Tuberón! aquella tu espada en el campo de Farsalia?* O nos movemos a hacer alguna invocación, como: *Ya, pues, a vosotros, collados y bosques de Alba, a vosotros, digo, imploro,* etc. (Cicer. *Pro Mil.* núm. 35.) O cuando nos valemos de ella para hacer odioso a alguno, como: *¡Oh leyes Porcias y leyes de Sempronio!*

Pero aquello de poner una cosa, como dice Cicerón, delante de los ojos, se suele hacer cuando se cuenta un suceso, no sencillamente, sino que se demuestra cómo sucedió, y no todo, sino por partes; lo cual comprendimos en el libro anterior en la evidencia, cuyo nombre dio Celso también a esta figura. Otros la llaman *hipotiposis*, esto es, una pintura de las cosas hecha con expresiones tan vivas, que más parece que se percibe con los ojos que con los oídos, como cuando dice contra Verres: *El mismo ya inflamado con su delito y furor viene a la plaza: llamas despedían sus ojos, y por todo su rostro despedía centellas su crueldad.* Y no sólo nos figuramos lo que ya ha sucedido o actualmente está sucediendo, sino lo que ha de suceder o debía de haber ya sucedido. Cicerón trata este punto primorosamente en defensa de Milón, di-

ciendo lo que hubiera hecho Clodio si hubiese logrado él ser pretor.
Algunos he encontrado que dan a la *ironía* el nombre de disimulo, el cual como no explica al parecer toda la fuerza de esta figura, nos contentaremos con el nombre griego, del mismo modo que lo hacemos con la misma figura. La ironía, pues, como figura, no se diferencia mucho por su mismo género de la ironía considerada como tropo, porque tanto en la una como en la otra se ha de entender lo contrario de lo que suenan las palabras; mas el que reflexione con más prudencia las especies, fácilmente comprenderá que son diversas.
Lo primero, porque el tropo es más claro; y aunque una cosa suenan las palabras y otro es el sentido de ellas, sin embargo, no finge otra cosa. Porque casi todas las circunstancias que le rodean son sencillas y sin figura, como aquello que dice Cicerón contra Catilina: Por el cual desechado, te fuiste a vivir a casa de tu compañero Marco Marcelo, hombre muy de bien. Por último, en dos palabras consiste la ironía; así que el tropo es también más breve. Mas en la figura sucede que la ficción es de la intención, y tiene más de aparente que de clara o manifiesta; de manera que en el tropo las palabras son diversas unas de otras; pero en la figura es diverso el sentido de lo que las palabras suenan, como en las burlas, y a veces no sólo toda la confirmación o prueba de un asunto, sino también toda la vida de un hombre parece ser una continuada ironía, cual es la vida de Sócrates. Pues por eso se le dio el nombre de *Eirón*; esto es, el que se hace el ignorante y que se admira de otros, como si fuesen hombres sabios; de manera que así como una metáfora continuada constituye la alegoría, así aquel tejido de tropos forma esta figura.
Ironía es cuando aparentamos mandar o permitir una cosa que en realidad no mandamos ni permitimos, como cuando Virgilio dice:

Ve, ve a tu Italia y reino deseado,
Hazte a la vela. —(*En.*, IV, 381.)

Y cuando concedemos a los contrarios aquellas cosas que no queremos parezca que ellos tienen. Esto se hace con más fuerza cuando nosotros las tenemos y el contrario no las tiene:

Y tú, Drances, me arguye de cobarde,
Pues que tales montones de troyanos
Ha degollado tú valiente diestra. —(*En.*, I, 383.)

Lo cual vale lo mismo cuando en cierto modo confesamos, o una falta que nosotros no hemos cometido, o la que al mismo tiempo recae sobre los contrarios:

¿Consejo di al adúltero troyano,
Cuando metió en Esparta armada mano?

Y no sólo en las personas, sino también en las cosas, se usa esta manera de decir lo contrario de lo que uno quiere que se entienda: como todo el exordio de la oración en defensa de Ligario, y aquellas ponderaciones: *A fe mía ¡Oh buen Dios!*

Por cierto ese trabajo
Tienen ahora los dioses de llamarte. —(*En.*, IV, 359.)

La *aposiopesis*, que el mismo Cicerón llama reticencia, muestra por sí misma los afectos, y aun el de la ira como:

Yo os juro... Mas las olas encrespadas
Importa sosegar. —(*En.*, I, 139.)

Ya el de solicitud o de cualquiera suerte de escrúpulo. *¿Por ventura se hubiera él atrevido a hacer mención de esta ley, de la que Clodio se gloría haber sido el autor en vida de Milón por no decir en su consulado? Porque de todos nosotros... no me atrevo a decirlo todo.* A cuyo tenor es lo que se contiene en el exordio de Demóstenes a favor de Ctesifonte.
La imitación de las costumbres de otros, que se llama *ethopeya*, o como otros más bien quieren *mimesis*, puede contarse entre los afectos menos vehementes. Porque ella sirve por lo común para burlas; pero se comete no solamente en los hechos, sino también en las palabras. Por lo que mira a los hechos, se acerca a la *hipotiposis*. Por lo que hace a las palabras, tenemos este ejemplo en Terencio:

Mas adonde tú ibas yo ignoraba:
Llevado se han de aquí la hija pequeña,
La madre la sacó en vez de la suya;
Por su hermana es tenida, y yo deseo
De donde está sacarla,

Y poder a los suyos entregarla. —(*Eunuch* (act. I, scen. II, v. 74.))
Son también cosas gustosas y que contribuyen muchísimo a la alabanza, no sólo por la variedad, sino también por su naturaleza misma, aquellas que, mostrando un cierto lenguaje sencillo y no estudiado, nos hacen menos sospechosos al juez. De aquí tiene su principio un como arrepentimiento de lo que uno ha dicho, como cuando Cicerón dice en defensa de Celio: ¿Mas para que he introducido yo una tan respetable persona? Y aquellas expresiones de que usamos vulgarmente, como: *Caí sin advertirlo.* O cuándo fingimos que preguntamos lo que hemos de decir, como: *¿Qué resta? Y pues ¿qué he omitido?* Y cuando en el mismo lugar dice Cicerón contra Verres: *También aún me resta un solo delito semejante. Y uno después de otro me va ocurriendo.*
De donde también resultan hermosas transiciones, no porque la misma transición sea figura, como Cicerón después de haber contado el ejemplo de Pisón, que había mandando a un platero le hiciese una sortija en su tribunal, refrescando en cierto modo con esto la memoria, añadió: *Este anillo de Pisón me ha servido ahora de aviso, porque todo se me había pasado. ¿A cuántos hombres honrados os parece que ese ha quitado los anillos de oro de los dedos?* Y cuando como que ignoramos algunas cosas: *¿Pero quién, quién decías era el autor de aquello? Dices bien, pues Policleto decían que era.* Lo cual ciertamente no sólo sirve para este fin. Pues mientras a algunos les parece que hacemos una cosa, hacemos otra: así como Cicerón en este lugar echando en cara a Verres la gran codicia que tenía por las estatuas y pinturas, logra el que no le tengan a él por implicado en lo mismo. Y Demóstenes jurando por los que habían sido muertos en Marathón y en Salamina, pretende disminuir el odio que habían concebido contra él por el daño recibido junto a Cheronea.
También se cuenta entre las figuras la *énfasis*, cuando de algún dicho se saca alguna cosa oculta, como en Virgilio:

Pues qué, ¿no pude yo pasar mi vida
Sin culpa a matrimonio no obligada
Cual fiera, que a ninguna ley rendida
Anda de selva en selva? —(*En.*, IV, 550.)

Porque aunque se queja Dido del matrimonio, sin embargo, su pasión viene a declarar que el vivir fuera de matrimonio[2] es más propio de fieras que de hombres. Otra especie de énfasis se encuentra en Ovidio cuando Myrr-

ha declara a su ama de leche el amor de su padre de esta manera:
¡Oh feliz madre, dijo,
Por tal marido! —(*Metam.*, X, 422.)

III. Semejante, o tal vez la misma es aquella figura de la que al presente hacemos muchísimo uso[3]. Pues ya es preciso venir a tratar de aquella especie de énfasis que es muy frecuente, y que creo se desea muchísimo, en la cual por una cierta sospecha queremos que se entienda lo que decimos, no lo contrario, como en la ironía, sino otra cosa oculta y que el oyente ha de adivinar en cierto modo; lo que los nuestros ya casi solamente llaman figura de donde toman su nombre las controversias figuradas. Úsase de tres maneras. La primera, cuando hay poca seguridad en decir las cosas a las claras. La segunda, cuando no conviene. Y la tercera, que algunas veces se usa por hermosura, deleita por su misma novedad y variedad más que cuando la relación o narración se hace sencillamente.

1.º El primer modo de usar esta figura es frecuente en las escuelas. En las causas verdaderas que se tratan en el foro jamás ha estado sujeto el orador a esta precisión de callar algunas cosas; pero se encuentra algunas veces otro embarazo semejante y que es mucho más dificultoso para la defensa de algún pleito cuando se hallan de por medio personas poderosas sin cuya reprensión no se puede defender. Y por lo tanto debe esto hacerse con más tiento y circunspección; porque la ofensa, de cualquiera manera que se haga siempre es ofensa. Y la figura descubierta o manifiesta pierde el mismo constitutivo de figura[4]. Y por esta razón algunos no admiten esta doctrina ya se entienda o ya no se entienda la figura. Pero se puede en esto guardar un medio. Sobre todo se debe cuidar de que las figuras no sean manifiestas. Y no lo serán si se compusieren de palabras dudosas y que hagan un sentido en cierto modo ambiguo, como son las que se dicen de la nuera sospechosa. *Me he casado con la que agradó a mi padre.* Las mismas cosas han de mover al juez a que adivine lo que le queremos dar a entender, y para que solo esto quede hemos de desechar todo lo demás; para lo que son también muy del caso los afectos, el modo de decir interrumpido con el silencio y con las detenciones. Porque de esta suerte sucederá que el juez se echará a adivinar aquel no sé qué que él mismo tal vez no creería si lo oyese, y lo creerá porque piensa que él es quien lo ha acertado.

Pero aun cuando estas figuras sean muy buenas no deben ser frecuentes. Porque las figuras si se usan muy a menudo se manifiestan por su misma

multitud, y además de no desagradar menos, tienen menos autoridad. Y no parece pudor sino desconfianza el no echar una cosa en cara claramente. En suma, de esta suerte con especialidad cree el juez a las figuras si hace juicio de que nosotros lo decidimos sin querer. A la verdad alguna vez vine a dar con tales personas y también con un asunto tal (lo que más rara vez sucede) que no se podía desempeñar sino por este medio. Defendía yo a una reo que se decía había contrahecho el testamento de su marido, y añadían que los herederos la habían entregado una escritura al expirar su marido por la que la cedían los bienes del difunto, y era verdad. Pues como no pudiese por las leyes ser nombrada la mujer por heredera, hicieron esto, a fin de que la tocasen o viniesen a ella los bienes por medio de este tácito fideicomiso. Y esto era ciertamente fácil de entender si yo lo dijese claramente, pero en este caso perecía la herencia. Así que tuve que disponerlo de manera que los jueces entendiesen aquello como hecho, y los delatores no pudiesen conocer cómo lo había dicho, y se verificaron ambas cosas. Lo cual no hubiera yo insertado aquí por no ser notado de jactancia, a no haber querido hacer ver que estas figuras tienen también lugar en el foro.

Con las figuras deben rebozarse algunas cosas que no se pueden probar. Porque alguna vez sucede que está clavada esta oculta saeta, y por lo mismo que no se manifiesta, no se puede sacar. Pero si se dice lo mismo claramente, se defienden, y es necesario probarlo.

2.º Mas cuando nos impide el respeto de la persona (que es el segundo género que hemos establecido), debemos hablar con tanta más cautela, cuanto es mayor la fuerza con que a los buenos les estorba la vergüenza que el temor. Y en este caso creerá el juez que ocultamos lo que sabemos, y reprimimos las palabras que en fuerza de la verdad se nos escapan. ¿Pues con cuánto menos odio mirarán esta desvergüenza en hablar mal aquellos mismos contra quienes peroramos, o los jueces o los que se hallan presentes si llegan a creer que nosotros lo repugnamos? ¿O de qué sirve el modo con que se ha de hablar cuando el asunto y la intención del que habla se comprenden?

Semejantes son a estas las figuras celebradas entre los griegos, por medio de las cuales dan a entender con más suavidad las cosas desagradables. Así que es opinión que Tomístocles aconsejó a los Atenienses *que dejasen en poder de los dioses la ciudad*[5], porque era cosa dura decir que la desamparasen. Y el que quería se emplease el oro de las estatuas de la victoria en beneficio de la guerra, evitó la aspereza de la expresión con decir *que era*

necesario aprovecharse de las victorias. Semejante es a la alegoría todo aquello que suena en las palabras una cosa y queremos que se entienda otra distinta.

También está en disputa de qué manera es necesario responder contra las figuras. Algunos han sido de opinión de que se deben siempre descifrar por la parte contraria a la manera que se abre una llaga para descubrir los males ocultos. Y esto debe en verdad hacerse con la mayor frecuencia, porque de otra suerte no se pueden deshacer las objeciones, con especialidad cuando la cuestión se funda en aquello a lo que las figuras se dirigen. Mas cuando solamente son injurias, el no hacer caso algunas veces es prueba de conciencia buena. Y también cuando las figuras fueren tan frecuentes que no se puedan ocultar, debe pedirse si se tiene confianza que los contrarios objeten claramente lo que quisieron dar a entender con aquel modo de decir figurado, o a lo menos no pretendan que los jueces no solamente entiendan, sino que también den crédito a lo que ellos mismos no se atreven a decir.

3.º El tercer género es en el que sólo se pretende dar más gracia al discurso. Y por lo tanto juzga Cicerón que no mira al punto cardinal de la controversia. Tal es aquella expresión que él mismo usa contra Clodio: *Con cuyos arbitrios éste que tenía conocimiento de todos los sacrificios, creía poder por sí aplacar a los dioses fácilmente*[6]. *Pro domo sua*. Género de decir es de muchísimo menos consideración, sin embargo de que se halla en Cicerón contra Clodio: *Con especialidad a la que todos tuvieron más bien por amiga de todos que por enemiga de alguno*. (*Pro Cœlio*, 32.)

NOTAS

1. Refiere Xenofonte, que Prodico fingió que el deleite y el valor habían tenido sus pláticas con Hércules en una soledad, convidándole el uno a la flojedad y el otro a la fortaleza.

2. Vivir fuera de matrimonio; esto es, teniendo muchas mujeres.

3. Todo este lugar está tomado del tratado de Dionisio Halicarnaseo, en el que habla de las controversias figuradas o de las figuras.

4. Si continuando la figura se hiciese más clara, perdería el nombre de figura. Porque el artificio deja de ser artificio en el punto en que se descubre. Tomo II.

5. Valerio Máximo. I, *De neglecta religione*.

6. Dice esto Cicerón, porque Clodio había asistido al sacrificio de la Buena Diosa,

lo que no era permitido a los hombres. Por cuya razón finge con chiste que estaba instruido de lo que pasaba en todos los sacrificios.

LIBRO IV

CAPÍTULO III

DE LAS FIGURAS DE PALABRAS

I. Dos especies de estas figuras, una gramatical. Alabanza de semejantes figuras. Se alegan algunos ejemplos.
II. Otra retórica, la cual se hace: 1.º, por aumento, duplicación, anáfora, epístrofe, simploce, repetición, la cual es de muchas maneras. Epanalepsis, epanodos, poliptoton, anadiplosis, sinonimia, expolición, polisíndeton y gradación; 2.º, por diminución, sinécdoque o elipsis, asíndeton, sinezeugmenon o adyunción; 3.º, o por semejanza, paranomasia, antanaclasis. O por igualdad, parison, omoyoteleuton, omoyoptoton, isocolon. O por los contrarios, antíteton.
III. ¿De qué manera se ha de usar de las figuras?

I. Las figuras de palabras no sólo son siempre varias, sino que se van mudando de cualquier manera que el uso prevalece. Y así si hacemos un cotejo del antiguo lenguaje con el nuestro, casi todo lo que hablamos es ya figura, como decir: *huic rei invidere*, no como todos los antiguos y principalmente Cicerón, *han rem*; y *incumbere illi*, no *in illum*; y *plenum vino*, no *vini*; y decimos ya *huic*, no *hunc adulari*, y otras mil cosas. Y ojalá que otros peores modos de hablar no prevaleciesen. Pero las figuras de palabra son de dos especies: a la una llaman modo de hablar, y la otra es muy acomodada para la colocación. Aunque una y otra convienen a la oración, puede no obstante la primera llamarse gramatical, y la otra retórica.
La primera resulta de las especies mismas de donde tienen los vicios del lenguaje su principio. Porque, toda figura sería vicio si fuese casual y no buscada con estudio.
Pero por lo común se defiende por la autoridad, antigüedad, costumbre y muchas veces también por cierta razón; y por tanto, apartándose del modo de hablar sencillo y claro, es virtud si contiene alguna cosa probable que seguir. No obstante, en sola una cosa es útil sobre todo, y es que disminuye el fastidio que causa el modo de hablar diario y que se forma siempre de un

mismo modo, y nos aparta del estilo vulgar de hablar. La cual si alguno usare con moderación y cuando el caso lo pida, será más gustosa la oración por estar como aderezada con cierta salsa; mas el que usare de ella con demasiada afectación, perderá aquella misma gracia de variedad. Sin embargo de que hay algunas figuras recibidas que casi ya este mismo nombre han perdido, las cuales, aunque fueren más frecuentes, ofenderán menos los oídos acostumbrados ya a ellas. Pues las escogidas y las que están fuera del vulgar estilo y por lo tanto son más excelentes, así como por su novedad excitan la atención, así fastidian con el mucho número, y ellas mismas muestran que no le han ocurrido de pronto al que está hablando, sino que por todos los lados han sido buscadas, sacadas y recogidas de todos los escondrijos. Así que las figuras se forman en los nombres por lo respectivo al género, porque Virgilio dice: *oculis capti talpæ*. (*Georg.*, I, v. 183.) y *timidi damae*. (*Eclog.*, VIII, v. 28.); pero es la razón porque uno y otro sexo se dan a entender con el uno de los dos. Porque cosa cierta es que tan masculinos son *talpa* y *dama* como femeninos. Y en los verbos, como *fabricatus est gladium*, y *inimicus punitus est*. Lo cual es menos de admirar, porque es de la naturaleza de los verbos expresar muchas veces de un modo que denota pasión lo que nosotros hacemos, como *arbitror, suspicor*; y por el contrario, de un modo que da a entender acción lo que nosotros padecemos, como *vapulo*; y por lo tanto es frecuente la variedad y los más se explican de uno y otro modo: *luxuriatur, luxuriat: fluctuatur, fluctuat: assentior, assentio: revertor, reverto*. Hay también figura en el número o cuando un plural se pone después de un singular, como: *Gladio pugnacissima gens romani*. Porque una nación se compone de muchos; o al contrario, como:

Quoi non risere parentes[1],
Nec deus hunc mensa, dea nec dignata cubili est.
(*Eclog.*, IV, v. 62.)

Porque entre aquellos que no le halagaron, no admitió el dios a éste a su mesa ni la diosa a su lecho. Y por mutación de partes, como Persio en la sátira 10, del lib. I.

Y este
Nuestro vivir triste veía.

usando del infinitivo en lugar del nombre, porque quiere que por *nuestro*

vivir se entienda *nuestra vida*. Usamos también del verbo en lugar del participio, como:
Magnum dat ferre talentum. —(*En.*, V, 248.)
En lugar de *ferendum*. Y del participio en lugar del verbo como *volo datum*.
Estas figuras y las que les son semejantes, que se cometieren por mutación, aumento, disminución y orden, no sólo llaman la atención del que oye, sino que después que está movido por alguna notable figura, no le permiten que se entibie y tienen una cierta gracia por aquella semejanza que tienen con el vicio del lenguaje, a la manera que en las viandas algunas veces el agrio suele ser gustoso. Lo que se verificará si no fueren de un número excesivo ni de una misma especie o juntas o frecuentes, porque así como no causan fastidio cuando se ponen con variedad, así tampoco le causan cuando son raras las que se ponen.

II. Aquel género de figuras es más nervioso que no consiste precisamente en el modo de hablar, sino que da no sólo gracia, sino también fuerza a los conceptos.
1.º De los cuales sea el primero el que se hace por adición. Hay muchos géneros; porque las palabras se duplican, o para amplificar, como: *Quité, quité la vida, no a Spurio Melio* (*Pro Mil.*, núm. 72.); porque lo uno indica el hecho y lo otro lo afirma, o para compadecerse, cómo:

¡Ah Corydón, Corydón! —(*Eclog.*, I, 69.)

Esta misma figura se convierte alguna vez en ironía para disminuir. Tal es la repetición de semejante duplicación después de alguna interjección, pero aun algo más vehemente: *Los bienes ¡ay de mí! (porque apuradas las lágrimas, está el dolor, sin embargo, atravesado en el corazón), los bienes, vuelvo a decir, de Cneo Pompeyo sujetos a la voz cruelísima de un pregonero.* (*Fil.*, II, núm. 64.) *Vives, y vives no para deponer, sino para confirmar tu atrevimiento.* (*Catilina.*, I, núm. 4.)
Y muchas comienzan con vehemencia e instancia por unas mismas palabras[2]: *¿Ningún cuidado te ha dado ni la tropa que está de guardia por la noche en el monte Palatino, ni las centinelas de la ciudad, ni el temor del pueblo, ni el concurso de todos los hombres de bien, ni este lugar, el más fuerte, en donde se tienen las juntas del Senado, ni la vista y semblantes de los presentes?* (*Cat.*, I, núm. 1.)

Y acaban con las mismas[3]. *¿Quién los pidió? Apio. ¿Quién los publicó? Apio.* (*Pro Mil.*, 59.) Aunque este ejemplo pertenece también a otra figura, cuyos principios y fines son entre sí los mismos: *¿Quién?* y *¿Quién? Apio y Apio*[4]. Cual es lo que Cicerón dice en el lib. IV de su *Retór.*, núm. 20: *¿Quiénes son los que frecuentemente quebrantaron la alianza? Los cartagineses. ¿Quiénes son los que en la Italia hicieron una cruel guerra? Los cartagineses. ¿Quiénes son los que han desfigurado la Italia? Los cartagineses. ¿Quiénes son los que piden se les perdone? Los cartagineses.*
También en las contrapuestas o comparativas suele corresponder una mutua repetición de las primeras palabras[5]: *Tú velas por la noche, para dar respuesta a los que te consultan; él, para llegar a tiempo con el ejercito adonde intenta. A ti te pone en movimiento el canto de los gallos; a él el sonido de las trompetas. Tú entablas un pleito; él pone en orden de batalla el escuadrón. Tú cuidas de que los que van a consultarte no sean engañados; él de que las ciudades ni el campamento sean tomados.* (*Pro Mur.*, 22.) Pero no se contentó el orador con esta gracia, sino que mudó al contrario la misma figura, diciendo: *Él sabe y entiende cómo se han de rechazar las tropas enemigas; tú cómo se han de evitar las aguas que caen del cielo. Él se halla ejercitado en defender los términos; tú en gobernarlos.* Las palabras que ocupan el medio pueden corresponder también, o a las primeras, como:

Te nemus Angitiæ; vitrea te Fucinus unda, etc.
(*En.*, VII, v. 759.)

O a las últimas, como: *Esta nave cargada del saqueo de Sicilia, siendo también ella misma parte del pillaje,* etc. (*Verres*, VII, 43.) Y ninguno ha dudado que lo mismo puede hacerse repitiendo por una y otra parte las palabras del medio.
Corresponde también las últimas a las primeras, como: *Muchos y graves tormentos se han inventado para los padres, y para los parientes muchos.* (*Verr.*, XVII, 118.)[6]
También es especie de repetición aquella que repite lo que una vez ha propuesto, y lo divide, v. gr.:

Llevé a Pelias y a Ifito a mi lado:
De los cuales, Ifito
Estaba ya pesado por los años;

Pelias entumecido
Por la herida fatal del duro Ulises. —(*En.*, II, v. 435.)

A la *epanodos*, así llamada en griego, dan los latinos el nombre *de regressio*[7]. En ella se toman unas mismas palabras no solamente en un mismo sentido, sino también en el contrario, v. gr.: *La dignidad de los caudillos era casi igual: no era tal vez igual la de aquellos que los seguían.* (Cic. *Pro Lig.*, núm. 19.)
A veces se varía esta repetición por casos y por géneros[8]; v. gr.: *Magnus est labor dicendi, magna res est! Pater hic tuus? patrem hunc appellas? patris tu hujus filius es?* De este modo se hace por casos la figura que llaman poliptoton.
La última palabra de sentencia que antecede y la primera de la que sigue son frecuentemente una misma[9]: De la cual figura usan los poetas con más frecuencia: v. gr.:

Haréis vosotras, musas,
Los versos más magníficos a Galo;
A Galo, cuyo amor tanto en mi crece,
Por horas, etc. —(*Eclog.*, X, v. 72.)

Pero no pocas veces la usan los oradores; v. gr.: *Este no obstante vive. ¿Vive digo? Antes bien vino al Senado.* (Cic. *in Catilina.*, I, 2.)
Júntase también palabras que significan una misma cosa[10]; v. gr.: *Lo cual siendo así, prosigue ¡oh Catilina! lo comenzado: sal alguna vez de la ciudad. Abiertas tienes las puertas; marcha.* (*Cat.*, I, 10.) Y contra el mismo en otra parte. *Marchó, salió, se abrió paso, se escapó.* (*in Cat.*, II, número 1.)
Y no solo se amontonan las palabras, sino también los conceptos, que vienen a ser unos mismos[11]; v. gr.: *La ofuscación del entendimiento y ciertas tinieblas originadas de los delitos, y las encendidas hachas de las furias le han excitado a éste.* (Cic. *Pro Mil.*) También se juntan las que significan unas mismas cosas y diversas; v. gr.: *Preguntó a mis enemigos si se ha hecho pesquisa de esto; si se ha averiguado, descubierto, quitado, destruido, aniquilado por mí.* (*Cat.*, II.)
Este ejemplo forma también otra figura[12], la cual, por carecer de conjunciones, se llama disolución, y es muy del caso cuando hacemos mayor instancia, pues se inculcan las cosas de una en una y se hacen como muchas. Y, por lo tanto, hacemos uso de esta figura no sólo en cada una de las pa-

labras, sino también en las sentencias, como Cicerón dice contra la junta de Metelo: *Mandé llamar, asegurar y presentar al Senado a los que eran acusados; en el Senado se hallan presentados.* Y todo este lugar. Contraria a ésta es la figura que abunda en conjunciones[13].
Aquella otra se llama *asíndeton*, ésta *volisíndeton*.

Consigo el africano pastor lleva
Su casa, y su hogar, también sus armas,
Y perros de Laconia, y la cretense
Aljaba, etc. —(*Georg.*, III, v. 344.)

Una y otra de estas dos figuras vienen a ser un amontonamiento de palabras. El principio es uno solo, porque da más fuerza y eficacia a lo que decimos, y hace que lleve consigo una cierta vehemencia, como de afecto, que con frecuencia se excita vivamente.
La gradación, que se llama *climax*, tiene más claro y afectado el artificio, y, por lo tanto, debe ser más rara. Y esta misma es también de las de adición, porque repite lo que se lleva dicho y, antes de pasar a otra cosa, se detiene en las primeras. Sáquese el ejemplo de ella del muy conocido griego[14]:*Y no sólo no he dicho esto, pero ni aun lo he escrito; y no sólo no lo he escrito, pero ni aun he desempeñado la comisión de mi embajada; y no sólo no la he desempeñado, pero ni aun he persuadido a los tebanos.* Hay, sin embargo, ejemplos latinos eruditos: *Africano virtutem industria, virtus gloriam, gloria æmulos comparavit.* (*Rhet.*, 4.)
2.º Mas las figuras que se hacen por disminución tienen principalísimamente su origen de la brevedad y novedad; de las cuales una es la sinécdoque[15], cuando alguna palabra que se ha quitado se entiende bien por las demás, como cuando dice Celio contra Antonio: *Stupere gaudio græcus*, porque al mismo tiempo se entiende *cœpit*.
Otra figura hay por disminución[16], de la que poco se ha hecho mención, a la que se le quitan las conjunciones.
La tercera se llama *sinezeugmenón*, esto es, *adyunción*, en la cual hacen relación a solo un verbo muchos conceptos, cada uno de los cuales, si se pusiese solo, echaría menos el verbo. Esto sucede, o poniéndole delante de manera que a él se refiera lo demás, como: *Venció la liviandad a la vergüenza, la osadía al temor, la sinrazón a la razón.* (*Pro Cluent.*, núm. 15.)
O sacándole por ilación, de manera que se comprendan en él muchos conceptos, como: *Neque enim is es, Catilina, ut te aut pudor unquam a turpi-*

tudine, aut metus a periculo, aut ratio a furore revocaverit. (*Catil.*, I, núm. 22.) Puede también el verbo ocupar el lugar medio de manera que se refiera a las primeras palabras y a las siguientes.

3.º El tercer género es de aquellas figuras que, o por alguna semejanza de las palabras, o por tenerlas iguales o contrarias, se llevan tras sí la atención y mueven los ánimos.

Tal es la que llaman *paronomasia*, que en latín se dice *agnominatio*[17]. Semejante a ésta es la *antanaclasis*, que es la contraria significación de una misma palabra. Quejándose Proculeyo de un hijo suyo, que *le deseaba* la muerte, y el hijo se excusase, diciendo que no la deseaba: *Antes bien te suplico*, respondió, *que la desees*[18]. Cosa semejante a esta se entiende, no del mismo, sino de diverso sentido, si dices que es *digno del suplicio* aquél a quien tú creíste digno de suplicio. De otra manera también unas palabras mismas se ponen o en diferente significación, o con la sola mutación de hacerlas largas o breves, lo cual, aun en las chanzas, es una cosa fría, y me maravillo a la verdad de que se ponga esto entre los preceptos; y así yo pongo ejemplos de ello más bien para evitarlo que para que se imite. *Amari jucundum est, si curetur nequid insit amari. Avium dulcedo ad avium ducit.*

Más elegante es lo que se pone para distinguir la propiedad de una cosa, como: *Hanc reipublicæ pestem paulisper reprimi, non in perpetuum comprimi posse.* (*Cat.*, I, 30.) y las que por las proposiciones pasan a significar lo contrario, como: *Non emissus ex urbe, sed immissus in urbem esse videatur.* (*Cat.*, I, 27.) Mejor es, y de más fuerza para la oración, aquello que no sólo hace gustosa la figura, sino que también de más alma al sentido, como: *Emit morte immortalitatem.* Con la muerte compró inmortalidad. Aquella otra expresión: *Non Pisonum, sed pistorum,* y *ex oratore orator,* son menos considerables; pero la más ruin de todas es esta: *Ne patris conscripti videantur circumscripti. Raro evenit, sed vehementer venit.* Así sucede que algún concepto vehemente y agudo recibe alguna hermosura, que no disuena, si se funda en una palabra distinta. ¿Y por qué me ha de impedir a mí el pudor usar de un ejemplo de dentro de casa? Mi padre, contra aquel que había dicho *se immoriturum legationi,* que había de morir en la embajada, o concluirla bien, y después de gastados pocos días había vuelto sin haber hecho cosa alguna, dijo: *Non exigo uti immoriaris legatione; immorare.* No te pido que mueras en la embajada, sino que te detengas. Pues el sentido mismo tiene fuerza, y en expresiones que tanto distan entre sí, hacen una gustosa consonancia una voz, con especialidad

si no es traída con violencia, sino que en cierto modo se ofrece naturalmente, haciendo uso de lo uno como de cosa propia y tomando lo otro del contrario.

Gran cuidado tuvieron los antiguos en ganarse el aplauso en el decir, por la igualdad de las palabras y por la contrariedad de ellas. Gorgias fue en esto desmesurado, e Isócrates afluente en la primera edad. Tuvo también en esto sus delicias Marco Tulio; pero no sólo moderó este gusto, nada ingrato (si no fuere con exceso redundante), sino que al asunto, que por otra parte era de poca consideración, le dio gravedad con el peso de las sentencias. Porque una afectación que por su naturaleza es fría y vana, si viene a parar en conceptos de agudeza, parece natural, no sobrepuesta.

Casi de cuatro maneras son las palabras iguales unas a otras. La primera es cuando se busca una palabra semejante a otra o no muy desemejante, como:

Puppesque tuæ, pubesque tuorum. —(*En.*, I, 403.)

Y Cicerón, en defensa de Cluencio (núm. 4.): *De esta manera en esta infeliz fama, como en alguna perniciosísima llama.* Y en otra parte: *Non enim tam laudanda spes, quam res est.* O cuando hay igualdad por la consonancia de las últimas sílabas, como: *Non verbis, sed armis.* Y siempre que esto ocurre en conceptos agudos causa hermosura, como: *Cuantum possis, in eo semper experire ut prosis.* Esto es lo que los griegos llaman *parison*, como los más han creído.

La segunda, llamada *omoyoteleuton*[19], consiste en que rematando de un mismo modo una cláusula, colocadas las palabras de un mismo sonido en la última parte, haga semejante el remate de dos o más sentencias, v. gr.: *Non modo ad salutem ejus extinguendam, sed etiam gloriam per tales viros infringendam.* (Cic. *Pro Mil.*, 5.)

La tercera es la que termina en unos mismos casos, y se llama *omoyoptoton*[20], como se halla en Afro: *Amisso nuper infelicis aulæ, si non præsidio inter pericula; tamen solatio vitæ inter adversa.* Aquellas parecen las mejores en las que los remates de las sentencias corresponden a los principios, como en este ejemplo: *præsidio, solatio.* Han de constar también de miembros iguales, que es el cuarto modo, el cual se llama *isocolon*, v. gr.: *Si quantum in agro, locisque desertis audacia potest, tantum in foro, atque judiciis impudentia valeret:* esta es isocolon, y contiene también la omoyoptoton: *non minus nunc in causa cederet Aulus Cæcina Sexti Ebu-*

tii impudentiæ, quam tum in vi facienda cesit audaciæ (Cic. *Pro Cæcin.*, I.), isocolon, omoyoptoton y omoyoteleuton. Júntase también a estas figuras aquella otra cuya gracia he dicho que consiste en repetir unos mismos nombres en casos diferentes: *Non minus cederet, quam cessit*[21].
La contraposición llamada antíteton se hace de varias maneras. Porque se hace cuando de una en una las palabras se oponen unas a otras, como: *Venció a la honestidad la liviandad, al temor el atrevimiento, y a la razón la locura.* (Cic. *Pro Cluent.*, núm. 15.) Y ya cuando de dos en dos se oponen a otras dos, como: *No es propio de nuestro ingenio: propio es de vuestra protección.* (*Pro Cluent.*, 5.), y cuando las sentencias se oponen a las sentencias, como: *Domine en las juntas, esté humillado en los tribunales. Aborrece el pueblo romano el privado lujo, y hace aprecio de la pública magnificencia.* (*Pro Murem.*, 76.) También se hace tomando aquella figura por la que se repiten los conjugados y se llaman antimetábole, como: *No vivo para comer, sino que como para vivir;* y la que en Cicerón está mudada de tal suerte, que teniendo mutación de caso remata aun de un mismo modo: *Ut in judiciis, et sine invidia culpa plectatur, et sine culpa invidia ponatur.* Lo cual termina con el mismo tiempo del verbo, como cuando Cicerón dice de Sexto Roscio: *Etenim cum artifex ejusmodi sit, ut solus dignus videatur esse, qui scenam introeat; tum vir ejusmodi est, ut solus videatur dignus, qui eo non accedat.*

III. Acerca de las figuras añadiré en breves palabras, que así como puestas a su debido tiempo adornan la oración, así también son la cosa más inútil si se usan sin moderación.
Algunos hay que no haciendo caso alguno del peso de las cosas y de la fuerza de las sentencias, se persuaden de que son muy consumados oradores con sólo corromper de esta manera aun las vanas expresiones, y por lo tanto no dejan de juntarlas; y es una cosa tan ridícula hacer uso de tales expresiones que carecen de concepto, como buscar vestido y ademán en lo que no tiene cuerpo.
Pero ni aun las figuras que dicen bien en la oración se han de usar con demasiada frecuencia. Porque el mudar de semblante y volver los ojos vale mucho en la acción; pero si alguno no cesase de poner el semblante de una manera extravagante y mover continuamente los ojos y la frente se le reirían. Y así la oración ha de tener un como semblante derecho[22], el cual así como no puede dar estupidez por falta de acción y movimiento, así

también se ha de contener con más frecuencia en aquel aspecto que le dio naturaleza.

Mas sobre todo se debe tener presente para perorar qué es lo que requiere el lugar, el tiempo y la persona. Porque la mayor parte de estas figuras sirven para deleitar. Mas cuando hay que pelear con las armas de la atrocidad, del odio y de la compasión, ¿quién sufrirá a uno que se irrita, que llora y que suplica con contraposiciones y con palabras que terminan de una misma manera y son en todo semejantes? ¿Y más cuando en estos casos el cuidado de las palabras desacredita a los afectos, y siempre que se ostenta el artificio se juzga que se falta a la verdad?

NOTAS

1. Es mucho lo que los gramáticos se atormentan en este lugar; porque muchos juzgan que en lugar de *quoi*, o qui, debe leerse *qui* en dativo del singular; mas Quintiliano lo entiende como nominativo del plural, e inmediatamente añade *hunc* en lugar de *hos*. Turn. (Véase la nota que sobre este lugar trae el P. Carlos Rueo en la interpretación del Virg. (*Eclog.*, IV, v. 62.)

2. Esta es la repetición o anáfora.

3. Epístrofe.

4. Simploce.

5. Repetición, la cual se hace de muchas maneras.

6. Esta es la figura llamada *epanalepsis*, que consiste en la repetición que se hace en el principio del concepto que precede, y en el fin del que se sigue, como cuando dice Cicerón en defensa de Marcelo (núm. 17): *Vidimus tuan victoriam prœliorum exitu terminatam: gladium vagina vacuum in urbe non vidimus.*

7. La epanodos consiste propiamente en repetir unas mismas cosas invirtiendo el orden de las palabras, como cuando dice Cicerón (*Pro L. Manil.*, núm. 67): *¿Qué ciudad pensáis ha estado en paz con ellos que fuese rica? ¿o qué ciudad rica, que estuviese en paz con los mismos?* Y Patérculo en el lib. II, c. 117, dice de Varo, gobernador de Siria: *El cual gobierno dejó rico habiendo entrado en él pobre, y le dejó pobre habiendo entrado rico.*

8. Esta es la figura llamada poliptoton.

9. Anadíplosis, o conduplicación.

10. Cuando se juntan muchas palabras que significan una misma cosa se llama sinonimia.

11. Esta es la expolición. (Véase a Cicerón *pro Lig.*, número 9, y *pro Mil.*, núm.

10.) Puede contarse esta figura entre las de sentencias.

12. La asíndeton.

13. La polisindeton.

14. Demóstenes en la oración que dijo en defensa de Ctesiphonte.

15. La sinécdoque parece ser la misma que la elipsis, a quien se opone el pleonasmo. *Hunccine hominem? Hanccine impudentiam? Hanccine audaciam?* (en donde se sobreentiende) *feremus.*

16. Esta esa la asíndeton.

17. La paronomasia, que se llama en latín *agnominatio*, es la que con sola la adición, substracción, transposición o mutación de una sola o muchas letras, hace diferente sentido. Por adición, como en Terencio (escena II del acto II de la comedia *Heautontimoramenos*, v. 115): *Tibi erunt parata verba, huic homini verbera.* Por substracción, como cuando Cicerón dice: *Res mihi invisæ, visæ sunt; y Oh fortunatam natam me consule Roman!* Por transposición, como: *Consul autem ipse parvo animo, et pravo; facie magis quam facetiis ridiculus.* (Cic. lib. I. *ad Att.*, epis. 10.) Por mutación, como: *Ex aratore orator factus.* (Cic. *Fil.*, III, 22.)

18. Decía Proculeyo a su hijo que le desease la muerte, porque mientras tuviese este deseo estaría él con vida.

19. *Omoyoteleuton* es lo mismo que *similiter desinens.*

20. *Similiter cadens.*

21. Según el ejemplo latino parece que debería añadir el autor y repetir un mismo verbo en diferentes tiempos, porque el *cedere* y el *cesit* no son nombres.

22. Por medio de esta semejanza tomada de la acción oratoria pretende Quintiliano demostrar que la oración, ni ha de componerse toda de expresiones ordinarias y sencillas, ni tampoco ha de ser toda ella una continuación de figuras, sino que debe guardar un buen medio, conforme a la naturaleza del asunto. Tomo II.

De las mujeres

Federico Nietzsche

En el apartado "La estructura de los mitos en la observación de la fobia de Juanito", cap. XXI, "Las bragas de la madre y la carencia del padre" de El Seminario, Libro 4, Las Relaciones de objeto, *Lacan destaca el papel esencial que juega la presencia del padre real para la asunción de la función sexual viril.*

"Para que el sujeto viva verdaderamente el complejo de castración, es preciso que el padre real juegue de verdad el juego. Debe asumir su función de padre castrador..."

"Aquí está todo el problema. Para Juanito, se trata de encontrar una suplencia para ese padre que se obstina en no querer castrar."

En cuanto a la "solución, o mejor dicho la suplencia, producida por Juanito", Lacan se detiene sobre el final de dicha lección en el modo en que Ana, "el otro término inasimilable de la situación", es "reintroducida bajo una forma completamente fantasmática".

"Todo el proceso de los fantasmas de Juan consiste en resituar este elemento intolerable de lo real en el registro imaginario en que puede ser reintegrado."

Describiendo las etapas a través de las que dicho proceso es llevado a cabo por el niño, Lacan dice: "Juanito le hace hacer algo que a él le permitirá empezar a dominar la situación. Cuando la pequeña Ana haya montado lo suficiente el temible caballo, luego, inmediatamente, entonces Juanito podrá fantasear que también él doma al caballo, e inmediatamente después, aparece el caballo fustigado.

De este modo Juanito empieza a experimentar la ver-

dad de la advertencia de Nietzsche –Si vas con mujeres, no te olvides el látigo."
Referencias... *reproduce de la Primera Parte de* Así hablaba Zaratustra, *en "Discursos de Zaratustra", el número XVIII titulado "De las mujeres".*

Nietzsche, Federico (1844-1900). Así hablaba Zaratustra. *Italia, Berlinghieri Hnos.*

DE LAS MUJERES
FEDERICO NIETZSCHE

Primera parte

(...)

XVIII

"¿Qué ocultas con tanta precaución debajo de tu manto, Zaratustra? ¿Es algún tesoro que te dieron? ¿Es un niño que te ha nacido? Amigo del mal ¿seguirías tú también ahora el camino de los ladrones?".
"Un tesoro llevo: una pequeña verdad" -respondió Zaratustra. -Pero es rebelde como un niño, y gritaría desaforadamente si no le tapase la boca.
Al andar hoy solitario mi camino, me topé al atardecer con una vieja, que habló así a mi alma:
"Zaratustra ha hablado mucho, aun con nosotras las mujeres, pero jamás nos ha hablado de la mujer".
Yo le contesté: "No hay que hablar de la mujer más que a los hombres".
"Háblame a mí también de la mujer. Soy bastante vieja para olvidar al momento lo que me digas".
Deferí a los deseos de la vieja, y le hablé así:
"Todo es un enigma en la mujer, y todo tiene una solución: se llama preñez.
Para la mujer el hombre es un medio, el fin es siempre el hijo. Pero ¿qué es la mujer para el hombre? El verdadero hombre quiere dos cosas: el peligro y el juego. Por eso quiere la mujer: el juguete más peligroso. El hombre debe ser educado para la guerra, y la mujer para solaz del guerrero. Todo lo demás es locura.
No le agradan los frutos demasiado dulces al guerrero. Por eso le gusta la mujer: la mujer más dulce tiene siempre algo de amargo. La mujer comprende mejor que el hombre a los niños; pero el hombre es más infantil que la mujer. En todo verdadero hombre se esconde un niño: un niño que quiere jugar.
Sea la mujer un juguete puro y fino como el diamante, abrillantado por las virtudes de un mundo que aun no existe. ¡Centellee en vuestro amor el ful-

gor de una estrella. Diga vuestra esperanza: "¡Que yo dé a luz al Superhombre!".
¡Haya valentía en vuestro amor! Con vuestro amor debéis afrontar al que os inspire miedo. Cífrese vuestro honor en vuestro amor. Generalmente, la mujer entiende poco de honor. Pero sea vuestro honor amar siempre más de lo que seáis amadas, y no ser nunca las segundas.
Que el hombre tema a la mujer cuando la mujer ama: entonces es cuando ella hace todos los sacrificios, y cualquier otra cosa le parece desprovista de valor. Que el hombre tema a la mujer cuando la mujer odia: porque, en el fondo, el hombre es simplemente malo, pero la mujer es aviesa.
La felicidad del hombre es: yo quiero; la felicidad de la mujer es: él quiere. "¡Ya nada falta en el mundo!", así piensa cada mujer cuando obedece de todo corazón. Y es preciso que la mujer obedezca y que encuentre una profundidad para su superficie. El alma de la mujer es superficie móvil y borrascosa. Pero el alma del hombre es profunda; su corriente ronca en grutas subterráneas: la mujer presiente su fuerza, pero no la comprende".
Aquí me interumpió la vieja, diciendo: "Zaratustra ha expresado cosas muy bonitas, sobre todo para las que son jóvenes. ¡Cosa singular! ¡Zaratustra conoce poco a las mujeres y, sin embargo, tiene razón en lo que dice de ellas! ¿Será porque en la mujer nada es imposible? Ahora como recompensa a tu atención, voy a darte una pequeña verdad. Soy bastante vieja para decírtela. Tápala y ciérrala la boca, porque si no, gritará demasiado alto".
Intrigado la respondí yo: "¡Venga tu verdad, mujer!"
Y la vieja habló así: "¿Vas con las mujeres? ¡No olvides el látigo!".
Así hablaba Zaratustra.

El duro deseo de durar

Paul Eluard

"El hombre hace siempre la experiencia de su deseo por algún franqueamiento del límite, benéfico. Otros antes que yo lo articularon. Es todo el sentido de lo que Jones produce cuando habla de afánisis, ligada a ese riesgo mayor que es simplemente no desear. El deseo de Edipo es saber la clave del deseo."

En el capítulo "La dimensión trágica de la experiencia analítica", perteneciente a El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis, *Lacan continúa esclareciendo la verdadera estructura de la articulación del complejo de Edipo, en el establecimiento del sujeto como deseante. Para ello explicita que la única función del padre es ser un mito, únicamente el Nombre-del-Padre, es decir que tal sujeto deseante tiene que haber logrado atravesar ese límite, como Edipo luego de cegarse, cuando prosigue su avance más allá. En efecto, asegura, sólo quien escapa a las apariencias puede llegar a la verdad. En relación con esto es que expresa: "Cuando les digo que el deseo del hombre es el deseo del Otro, surge en mi mente algo que canta Paul Eluard como* el duro deseo de durar. *No es otra cosa sino el deseo de desear."*

Publicamos algunos poemas de la colección de Paul Eluard El duro deseo de durar, *de 1946, que fue así citada por Lacan, y que reúne sus últimos poemas de amor. Se trata de los poemas* A Marc Chagall, Una sonrisa sola, Aún cuando dormimos *y* Cuerpo ideal.

Eluard, Paul (Eugéne Grindel, llamado) (1895-1952)

Derniers poémes d'amour, *Paris, Editions Seghers, 1989. Traducción: Alicia Bendersky.*

LE DUR DÉSIR DE DURER
PAUL ELUARD

A Marc Chagall

Âne ou vache coq ou cheval
Jusqu'à la peau d'un violon
Homme chanteur un seul oiseau
Agile danseur avec sa femme

Couple trempé dans son printemps

L'or de l'herbe le plomb du ciel
Séparés par les flammes bleues
De la santé de la rosée
Le sang s'irise le coeur tinte

Un couple le premier reflet

Et dans un souterrain de neige
La vigne opulente dessine
Un visage aux lèvres de lune
Qui n'a jamais dormi la nuit.

Un seul sourire

Un seul sourire disputait
Chaque étoile à la nuit montante
Un seul sourire pour nous deux

Et l'azur en tes yeux ravis
Contre la masse de la nuit
Trouvait sa flamme dans mes yeux

J'ai vu par besoin de savoir
La haute nuit créer le jour
Sans que nous changiones d'apparence.

Même quand nous dormons

Même quand nous dormons nous veillons l'un sur l'autre
Et cet amour plus lourd que le fruit mûr d'un lac
Sans rire et sans pleurer dure depuis toujours
Un jour après un jour une nuit après nous.

Corps idéal

Sous le ciel grand ouvert la mer ferme ses ailes
Aux flancs de ton sourire un chemin part de moi

Rêveuse tout en chair lumière tout en feu
Aggrave mon plaisir annule l'étendue

Hâte-toi de dissoudre et mon rêve et ma vue.

EL DURO DESEO DE DURAR
PAUL ELUARD

A Marc Chagall

Asno o vaca gallo o caballo
Hasta la piel de un violín
Hombre cantor un solo pájaro
Bailarín ágil con su mujer

Pareja bañada en su primavera

El oro de la hierba el plomo del cielo
Separados por las llamas azules
De la salud del rocío
La sangre se irisa el corazón tiñe

Una pareja el primer reflejo

Y en un subterráneo de nieve
La viña opulenta dibuja
Un rostro con labios de luna
Que nunca durmió de noche.

Una sonrisa sola

Una sonrisa sola disputaba
Cada estrella a la noche ascendente
Una sonrisa sola para nosotros dos

Y el azul en tus ojos encantados
Contra la masa de la noche
Encontraba tu llama en mis ojos

He visto por necesidad de saber
La alta noche crear el día
Sin que cambiemos de apariencia.

Aún cuando dormimos

Aún cuando dormimos velamos el uno al otro
Y este amor más pesado que el fruto maduro de un lago
Sin reír y sin llorar dura desde siempre
Un día después de un día una noche después de nosotros.

Cuerpo ideal

Bajo el cielo abierto de par en par el mar cierra sus alas
En los flancos de tu sonrisa un camino parte de mí

Soñadora toda de carne luz toda de fuego
Agrava mi placer anula la extensión

Apresúrate a disolver mi sueño y mi visión.

Indice General de la Colección

Referencias en la obra de Lacan *1*

El Axioma de Monsieur Fenouillard *Christophe*. Hécuba *Eurípides*. Lo Bello *Martin Heidegger*. El asno de oro *Apuleyo*. Sistema del papa Pío VI *Marqués de Sade*. A Una Razón Arthur Rimbaud.

Referencias en la obra de Lacan 2

San Giorgio Combattente *Carpaccio*. La Cosa Martin *Heidegger*. Mimetismo y Psicastenia Legendaria *Roger Caillois*. Epístola a los Romanos *San Pablo*. Por medio de la ley... *Lutero*. Dafnis y Cloe (I) *Longo*. Booz Endormi *Victor Hugo*.

Referencias en la obra de Lacan *3*

Bacco *Caravaggio*. El sueño de Chuang-Tzu *Chuang-Tzu*. Laocoonte *Gotthold Efraim Lessing*. Un rajá que se aburre *Alphonse Allais*. Pensamientos Pascal. Dafnis y Cloe (II) *Longo*. Los pequeños justos *Paul Eluard*.

Referencias en la obra de Lacan *4*

Teatro olímpico *Palladio*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*. La voluntad determinada *Martín Lutero*. Antes del nacimiento del sol *Friedrich Nietzsche*. El asesinato... *Thomas de Quincey*. Pater Noster *Jacques Prévert*.

Referencias en la obra de Lacan 5

El bibliotecario *Arcimboldo*. La divina comedia *Dante Alighieri*. La Eneida *Virgilio*. El psicoanálisis y la estructura... *Daniel Lagache*. La pesca de la Ballena *Jacques Prévert*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*.

Referencias en la obra de Lacan 6

Estampa japonesa *Harundsu*. El niño y los sortilegios *Colette*. El amor loco *André Breton*. Mito de Pandora *Hesíodo*. Noche oscura *San Juan de la Cruz*.

Referencias en la obra de Lacan 7

El grito *Edvard Munch*. Temor, culpa y odio *Ernest Jones*. El libro de Mencio *Meng Tsé*. Ubú Rey *Alfred Jarry*. Acerca de las pasiones del amor *Pascal*. Odas *William Wordsworth*.

Referencias en la obra de Lacan *8*

Sobre Tiresias *Apolodoro, Hesíodo*. Diálogos de los muertos *Luciano de Samosata*. Las metamorfosis *Ovidio*. Las tetas de Tiresias *Guillaume Apollinaire*. El sermón del fuego *T.S. Eliot*.

Referencias en la obra de Lacan 9

El sueño de la razón... *Francisco de Goya*. Apólogo de las palabras heladas *François Rabelais*. Sobre las magnitudes negativas *Immanuel Kant*. Cuadros de viaje *Heinrich Heine*. El mito de Albertina *Marcel Proust*. Tres poemas *Guillaume de Poitiers*.

Referencias en la obra de Lacan 10

El encantador pudriéndose *Guillaume Apollinaire*.

Referencias en la obra de Lacan 11

El sacrificio de *Isaac Caravaggio*. La Mirada *Jean-Paul Sartre*. El tonel de las Danaides *Horacio, Ovidio y otros*. Acerca del Obispo John Wilkins *J. L. Borges, M. Pobers*. Apólogo de Menenio Agripa *Tito Livio*. La camisa del hombre contento *Italo Calvino*. Sobre la naturaleza de los dioses *Marco Tulio Cicerón*.

Referencias en la obra de Lacan 12

El rostro de Harpo Marx. El Oráculo de Delfos *Plutarco, Heráclito*. Teoría General de la Magia *M. Mauss*. Máximas y Sentencias *La Rochefoucauld*.

Referencias en la obra de Lacan *13*

Santa Agata, Santa Lucía *Zurbarán*. La Fábula de las Abejas *Bernard Mandeville*. Gargantúa *François Rabelais*. Signos *Maurice Merleau-Ponty*.

Referencias en la obra de Lacan 14

La Condición Humana *René Magritte*. Viaje a Montbard *Hérault de Séchelles*. Acerca del Estilo *Conde de Buffon*. Discurso ante la Academia *Conde de Buffon*. La "humanización" del hombre *Louis Bolk*. La belleza será convulsiva *André Breton*. El Extasis *John Donne*.

Referencias en la obra de Lacan *15*

Semíramis construyendo Babilonia *Edgar Degas*. Tragedia *Aristóteles*. Diario de un escritor *Fedor Dostoyevski*. Antígona *Aristóteles*. Los Nueve Libros de la Historia *Herodoto*. Esbozo de una serpiente. *Paul Valéry*.

Referencias en la obra de Lacan *16 El Amor cortés*

Los Cátaros *René Nelli*. Libro de los dos Principios *Juan de Lugio*. Consolamentum Acerca del Gay Saber *Gérard de Sède*. Trovadores Occitanos *Marcabrú y Arnaut Daniel*. Arnaldo Daniello *Dante Alighieri*. Minnesinger

Referencias en la obra de Lacan *17*

El juicio de un loco *Imaginería de Epinal*. Del Arte de conversar *Montaigne*. La verdad de parto *Baltasar Gracián*. Cogito *Descartes*. Rondels Stéphan Mallarmé. Noches Aticas *Aulo Gelio*.

Referencias en la obra de Lacan *18*

Erótica India. Epicuro y sus dioses *A. J. Festugière*. La propiedad es el robo *Pierre-Joseph Proudhon*. El Deseo atrapado por la cola *Pablo Picasso*. Leyes de Manú. Rig Veda. Himno de la Creación.

Referencias en la obra de Lacan *19*

Bocca di leone. Anfitrión *Plauto, Molière*. Santo Tomás *Gilbert K. Chesterton*. La vida nueva *Dante Alighieri*. Miedos *Anton Pávlovich Chéjov*. El loco por *Elsa Louis Aragon*.

Referencias en la obra de Lacan *20*

Grotescos *Francisco de Goya*. Ondina *Jean Giraudoux*.

Referencias en la obra de Lacan *21*

Eros y Psyché *Iacopo Zucchi, André Masson*. Carta sobre los ciegos... *Denis Diderot*. Un drama muy parisino *Alphonse Allais*. La gravedad y la gracia *Simone Weil*.

Ulises y el cíclope *Homero, Luciano*. El círculo de *Popilio Thodor Mommsen*. Historia de medio pollo.

Referencias en la obra de Lacan 22

La develación del falo. Heptamerón *Margarita de Navarra*. Alrededor del Heptamerón *Lucien Febvre*. Griselidis *Boccaccio*. Bundling *Stendhal*. Poemas *Catulo*.

Referencias en la obra de Lacan 23

Iconos. Dios ha muerto *Martin Heidegger, Friedrich Nietzsche*. Si Dios ha muerto *Fedor Dostoievski*. El Misántropo *Molière*. De la naturaleza de las cosas *Lucrecio*. Las despiojadoras *Arthur Rimbaud*.

Referencias en la obra de Lacan 24

Naturaleza muerta holandesa *Osías Beert*. El hombre se divide en veintidós partes... *M. M. Griaule*. La naturaleza tiene horror al vacío *Blaise Pascal*. El manzano *John Galsworthy*. Artémis *Gérard de Nerval*.

Referencias en la obra de Lacan 25

La Virgen María y la serpiente. La más bella historia de amor *Abelardo, Eloísa*. La proposición particular y las pruebas de no-conclusividad en Aristóteles *Jacques Brunschwig*. Moesta et errabunda *Charles Baudelaire*.

Referencias en la obra de Lacan 26

El Gran Vidrio *Marcel Duchamp, André Breton, Octavio Paz*. Alcibíades *Plutarco*. Satiricón *Petronio*. Noches Aticas *Aulo Gelio*. Tratado de las sensaciones *Condillac*. La Ronda alrededor del Mundo Paul Fort.

Indice de la colección por autor

Autor	Título	Vol.
Abelardo, Pedro	Historia de mis desventuras	25
Abelardo y Eloísa	Cartas de amor	25
Alighieri, Dante	Arnaldo Daniello	16
Alighieri, Dante	La Divina Comedia	5
Alighieri, Dante	La vida nueva	19
Allais, Alphonse	Un rajá que se aburre	3
Allais, Alphonse	Un drama muy parisino	21
Anónimo	Bocca di leone	19
Anónimo	Consolamentum	16
Anónimo	El rostro de Harpo Marx	12
Anónimo	Historia de medio pollo	21
Anónimo	Iconos (Cristo Triunfante de la bóveda de Dafnis-Mosaicos bizantinos)	23
Anónimo	La develación del falo	22
Anónimo	Leyes de Manu	18
Anónimo	Rig Veda (Himno de la creación. X)	18
Anónimo	Perfumed Garden	18
Apollinaire,Guillaume	Las tetas de Tiresias	8
Apollinaire, Guillaume	El Encantador pudriéndose	10
Apolodoro	El tonel de las Danaides	11
Apolodoro	Sobre Tiresias	8
Apuleyo	El Asno de Oro	1
Aragon, Louis	El Loco por Elsa	19
Arcimboldo	El Bibliotecario	5
Aristóteles	Tragedia	15
Aristóteles	Antígona	15
Arnaut Daniel	Trovadores Occitanos	16
Aulo Gelio	Noches Aticas	17, 26
Baudelaire, Charles	Moesta et errabunda	25
Beert, Osías	Naturaleza muerta holandesa	24
Bolk, Louis	La "humanización" del hombre	14
Borges, Jorge Luis	Acerca del Obispo John Wilkins	11
Boccaccio	Griselidis	22
Breton, André	El Amor Loco	6
Breton, André	El Gran Vidrio	26

Breton, André	La belleza será convulsiva o no será	14
Brunschwig, Jacques	La proposición particular y las pruebas de no-conclusividad en Aristóteles	25
Buffon, Conde de	Acerca del Estilo	14
Buffon, Conde de	Discurso ante la Academia	14
Caillois, Roger	Mimetismo y Psicastenia Legendaria	2
Calvino, Italo	La camisa del hombre contento	11
Caravaggio	Bacco	3
Caravaggio	El sacrificio de Isaac	11
Carpaccio	San Giorgio Combattente	2
Catulo	Poemas	22
Chesterton, Gilbert K.	La verdadera vida de Santo Tomás	19
Chéjov, Anton Pávlovich	Miedos	19
Christophe	El axioma de M. Fenoulliard	1
Chuang-Tzu	El sueño de Chuang-Tzu	3
Cicerón, Marco Tulio	Sobre la naturaleza de los dioses	11
Colette	El niño y los sortilegios	6
Condillac	Tratado de las sensaciones	26
Degas, Edgard	Semíramis construyendo Babilonia	15
De Nerval, Gérard	Artémis	24
De Sède, Gérard	Acerca del Gay Saber	16
Descartes, René	Cogito	17
Diderot, Denis	Carta sobre los ciegos...	21
Donne, John	El Extasis	14
Dostoievski, Fedor	Diario de un escritor	15
Dostoievski, Fedor	Si Dios ha muerto	23
Duchamp, Marcel	El Gran Vidrio	26
Eliot, T. S.	El sermón del fuego	8
Eluard, Paul	Los pequeños justos	3
Eurípides	Hécuba	1
Febvre, Lucien	Alrededor del Heptamerón	22
Festugière, A. J.	Epicuro y sus dioses	18
Fort, Paul	La Ronda alrededor del Mundo	26
Galsworthy, John	El manzano	24
Garzo, Maite	Acerca del Manuscrito de Manesse	16
Giraudoux, Jean	Ondina	20
Goethe	Fausto	6
Goya, Francisco de	El sueño de la razón produce monstruos	9
Goya, Francisco de	Grotescos	20
Gracián, Baltasar	La verdad de parto	17
Griaule, M. M.	El hombre se divide en...	24

Harundsu	Estampa japonesa	6
Heidegger, Martin	Dios ha muerto	23
Heidegger, Martin	Lo Bello	1
Heidegger, Martin	La Cosa	2
Heine, Heinrich	Cuadros de viaje	9
Heráclito	El Oráculo de Delfos	12
Herodoto	Los nueve libros de la Historia	15
Hérault de Séchelles	Viaje a Montbard	14
Hesíodo	Mito de Pandora	6
Hesíodo	Sobre Tiresias	8
Homero	Ulises y el cíclope	21
Horacio	El tonel de las Danaides	11
Hugo, Víctor	Booz Endormi	2
Imaginería de Epinal	El juicio de un loco	17
Jarry, Alfred	Ubú Rey	7
Jones, Ernest	Temor, culpa y odio	7
Juan de Lugio	Libro de los dos Principios	16
Kant, Immanuel	Ensayo sobre las magnitudes negativas	9
Lagache, Daniel	El Psicoanálisis y la Estructura de la Personalidad	5
La Rochefoucauld	Máximas y Sentencias	12
Lessing, Gotthold Efraim	Laocoonte	3
Longo	Dafnis y Cloe, I	2
Longo	Dafnis y Cloe, II	3
Luciano de Samosata	El tonel de las Danaides	11
Luciano de Samosata	Diálogos de los muertos	8
Luciano de Samosata	Ulises y el cíclope	21
Lucrecio	De la naturaleza de las cosas	23
Lutero, Martin	Por medio de la ley...	2
Lutero, Martin	La voluntad determinada	4
Macé, Jean	La mitad de pollo	21
Magritte, René	La Condición Humana	14
Mandeville, Bernard	La Fábula de las abejas	13
Manesse, Manuscrito de	Minnesinger	16
Margarita de Navarra	Heptamerón	22
Masson, André	Eros y Psyché	21
Mauss, Marcel	Teoría general de la Magia	12
Meng-Tsé	El libro de Mencio	7
Merleau-Ponty, Maurice	Signos	13
Montaigne	Del arte de conversar	17
Mallarmé, Stéphan	Rondels	17

Molière	Anfitrión	19
Molière	El Misántropo	23
Mommsen, Theodor	El círculo de Popilio	21
Munch, Edvard	El grito	7
Nelli, René	Los Cátaros	16
Nerval, Gérard de	Artémis	26
Nietzsche, Friedrich	Antes del nacimiento del sol	4
Nietzsche, Friedrich	Dios ha muerto	23
Ovidio	El tonel de las Danaides	11
Ovidio	Las Metamorfosis	8
Palladio, Andrea	Teatro Olímpico	4
Pascal, Blaise	Pensamientos	3
Pascal, Blaise	Discurso acerca de las pasiones del amor	7
Pascal, Blaise	La naturaleza tiene horror al vacío	24
Paz, Octavio	El Gran Vidrio	26
Petronio	Satiricón	26
Picasso, Pablo	El Deseo atrapado por la cola	18
Picasso, Pablo	No busco, encuentro	4, 5
Plauto	Anfitrión	19
Plutarco	Alcibíades	26
Pobers, M.	Acerca del Obispo John Wilkins	11
Poitiers, Guillaume de	Tres poemas	9
Prévert, Jacques	Pater Noster	4
Prévert, Jacques	La Pesca de la Ballena	5
Proudhon, Pierre-Joseph	La propiedad es el robo	18
Proust, Marcel	El mito de Albertina	9
Quincey, Thomas de	El asesinato considerado como una de las bellas artes	4
Rabelais, François	Apólogo de las palabras heladas	9
Rabelais, François	Gargantúa	13
Rimbaud, Arthur	A una razón	1
Rimbaud, Arthur	Las despiojadoras	23
Sade, Marqués de	Sistema del Papa Pio VI	1
San Juan de la Cruz	Noche oscura	6
San Pablo	Epístola a los Romanos	2
Sartre, Jean-Paul	La Mirada	11
Séchelles, Hérault de	Viaje a Montbard	14
Stendhal	Bundling	22
Tiépolo, Juan Bautista	La Inmaculada Concepción	25
Tito Livio	Apólogo de Menenio Agripa	11
Tola, Fernando	Erótica india	18

Valéry, Paul	Esbozo de una serpiente	15
Vatsyayana Mallinaga	Kama Sutra	18
Virgilio	La Eneida	5
Weil, Simone	La gravedad y la gracia	21
Wordsworth, William	Odas	7
Zucchi, Iacopo	Eros y Psyché	21
Zurbarán	Santa Agata, Santa Lucía	13

Se terminó de imprimir en Laf Gráfica, Loyola 1654, Buenos Aires.
Marzo 2000.

Las manzanas *Paul Cézanne*
Dioniso *Sófocles, Homero, Heráclito...*
Instituciones Oratorias *Quintiliano*
De las mujeres *Federico Nietzsche*
El duro deseo de durar *Paul Eluard*

ISSN 1514-0768

FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO EN LA ARGENTINA